



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES**

**CENTRO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA**

TESIS

**FAMILIA Y SIMBOLIZACIÓN CULTURAL DE LA DIFERENCIA SEXUAL
EN EL CUENTO ESCRITO POR MUJERES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA**

PRESENTA

Paola del Rocío Villalobos Cárdenas

**PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTORA EN ESTUDIOS SOCIOCULTURALES**

TUTORA

Dra. Consuelo Meza Márquez

COMITÉ TUTORAL

Dra. María Rebeca Padilla de la Torre

Dra. María Cristina Recéndez Guerrero

Dra. Emilia Recéndez Guerrero

Dra. Adriana Sáenz Valadez

Aguascalientes, Ags., 30 de noviembre de 2017

DICTAMEN DE REVISIÓN DE LA TESIS / TRABAJO PRÁCTICO

DATOS DEL ESTUDIANTE	
NOMBRE: Paola del Rocío Villalobos Cárdenas	ID (No. de Registro): 53631
PROGRAMA: Doctorado en Estudios Socioculturales	ÁREA: Procesos Socioculturales
TUTORA: Dra. Consuelo Meza Márquez Comité Tutoral: Dra. María Rebeca Padilla de la Torre Dra. María Cristina Recéndez Guerrero	
TESIS (<input checked="" type="checkbox"/>)	TRABAJO PRÁCTICO (<input type="checkbox"/>)
OBJETIVO: El objetivo general de esta investigación es explicar cómo son y de qué manera se interioriza la jerarquización dada por la simbolización cultural de la diferencia sexual dentro de la familia en cuentos escritos por mujeres de México y Centroamérica.	
DICTAMEN	
CUMPLE CON CRÉDITOS ACADÉMICOS:	(<input checked="" type="checkbox"/>)
CONGRUENCIAS CON LAS LGAC DEL PROGRAMA:	(<input checked="" type="checkbox"/>)
CONGRUENCIA CON LOS CUERPOS ACADÉMICOS:	(<input checked="" type="checkbox"/>)
CUMPLE CON LAS NORMAS OPERATIVAS:	(<input checked="" type="checkbox"/>)
COINCIDENCIA DEL OBJETIVO CON EL REGISTRO:	(<input checked="" type="checkbox"/>)

Aguascalientes, Ags. a 27 de noviembre de 2017

FIRMAS


 Dr. Genaro Zalpa Ramírez
 CONSEJERO ACADÉMICO DEL ÁREA


 Dr. Salvador De León Vázquez
 SECRETARIO TÉCNICO DEL POSGRADO


 Dr. Francisco Javier Pedroza Cabrera
 SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN
 Y POSGRADO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

Asunto: Voto Aprobatorio

DRA: GRISELDA ALICIA MACÍAS IBARRA

DECANA DEL CENTRO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

PRESENTE

Estimada Decana:

Hacemos de su conocimiento que el estudiante **PAOLA DEL ROCÍO VILLALOBOS CÁRDENAS** con ID: **53631** del Doctorado en Estudios Socioculturales, realizó la tesis titulada: : **"FAMILIA Y SIMBOLIZACIÓN CULTURAL DE LA DIFERENCIA SEXUAL EN EL CUENTO ESCRITO POR MUJERES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA"** y con fundamento en el artículo 175, Apartado II del Reglamento General de Docencia, nos permitimos emitir el **VOTO APROBATORIO**.

La tesis incorpora los elementos teóricos y metodológicos que le permiten ser defendida en el examen de grado reglamentario, por ello se solicita que se proceda a los trámites correspondientes para la presentación de dicho examen.

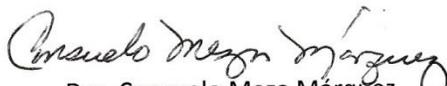
Ponemos lo anterior a su digna consideración y sin otro particular por el momento, nos permitimos enviarle un cordial saludo.

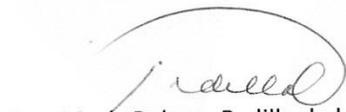
ATENTAMENTE

"SE LUMEN PROFERRE"

Aguascalientes, Ags. 27 de noviembre de 2017.

Por el Comité Tutorial


Dra. Consuelo Meza Márquez


Dra. María Rebeca Padilla de la Torre

**MTRA. PAOLA DEL ROCIO VILLALOBOS CÁRDENAS
P R E S E N T E.**

Con base en lo que establece el Reglamento de Docencia en el artículo 173, le informo que se autoriza el Tema de Tesis: **“FAMILIA Y SIMBOLIZACIÓN CULTURAL DE LA DIFERENCIA SEXUAL EN EL CUENTO ESCRITO POR MUJERES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA”**. Así mismo se le designa como asesora a la doctora **Consuelo Meza Márquez**, a fin de asignarle fecha para la verificación del Examen de Grado para la obtención del Título del Doctorado en Estudios Socioculturales, deberá cumplir con lo establecido en los artículos 161, 162, 174 y 175.

Con el Objeto de dar cumplimiento a este reglamento el paso siguiente será autorizar la impresión de su Tesis, toda vez que presente la carta de liberación y/o acuerdo señalado en la Fracc. II del artículo 175.

Sin más por el momento, aprovecho la oportunidad para enviarle un cordial saludo.

A T E N T A M E N T E
“SE LUMEN PROFERRE”
Aguascalientes, Ags. A 23 de Noviembre del 2017


DRA. GRISELDA ALICIA MACÍAS IBARRA
DECANA

c.c.p. Dr. Francisco Javier Pedroza Cabrera. Secretario de Investigación y Posgrado del Centro de Ciencias Sociales y Humanidades
c.c.p. Dr. Salvador de León Vázquez. Secretario Técnico del Doctorado en Estudios Socioculturales
c.c.p. Archivo



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES**
CENTRO DE CIENCIAS SOCIALES
Y HUMANIDADES

Asunto: Conclusión de Tesis
Oficio CCS y H N°. 286

DRA. MARÍA DEL CARMEN MARTÍNEZ SERNA
DIRECTORA GENERAL DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADOS
P R E S E N T E.

Por medio del presente me permito comunicarle a usted que el documento final de la tesis titulado: **“FAMILIA Y SIMBOLIZACIÓN CULTURAL DE LA DIFERENCIA SEXUAL EN EL CUENTO ESCRITO POR MUJERES DE MÉXICO Y CENTROAMÉRICA”**, de la **MTRA. PAOLA DEL ROCÍO VILLALOBOS CÁRDENAS**, egresada del Doctorado en Estudios Socioculturales, respeta las normas y lineamientos establecidos institucionalmente para su elaboración y su autor cuenta con el voto aprobatorio de su tutor y comité tutorial.

Sin más por el momento, aprovecho la oportunidad para enviarle un cordial saludo.

A T E N T A M E N T E
“SE LUMEN PROFERRE”
Aguascalientes, Ags. A 23 de Noviembre del 2017

DRA. GRISELDA ALICIA MACÍAS IBARRA
DECANA

c.c.p. Dr. Salvador de León Vázquez. Secretario Técnico del Doctorado en Estudios Socioculturales
c.c.p. Dr. Francisco Javier Pedroza Cabrera. Secretario de Investigación y Posgrado del CCS y H.
c.c.p. Mtra. Paola del Rocío Villalobos Cárdenas. Egresada del Doctorado en Estudios Socioculturales
c.c.p. Archivo

Índice

Prefacio

Introducción 6

Capítulo I 13
Estado de conocimientos actuales

Capítulo II 26
Simbolización cultural de la diferencia sexual

Teoría de género e identidad de género 27
 Pierre Bourdieu: la identidad de género y la violencia simbólica 33
 Victoria Sau y el aprendizaje de la feminidad 36
 Estructuras de subordinación propuesta por Juliet Mitchell 39
 Resistencia al establecimiento jerárquico en las relaciones de género 41

Capítulo III 44
Estrategia interpretativa de análisis literario

Elementos de análisis en la crítica literaria feminista 45
 Criterios de selección 47
 Clasificación de estereotipos y roles en las esferas de subordinación 48
 Propuesta de corpus 55

Capítulo IV 59
Análisis de los cuentos

Una mujer llamada Carmela 60
 La libertad 63
 Mina 70
 Cabecita blanca 80
 El domingo y los otros días 86
 Rosario 94
 Señorita en la cuadra 99

Conclusiones 105

Referencias bibliográficas 115

Anexos 118

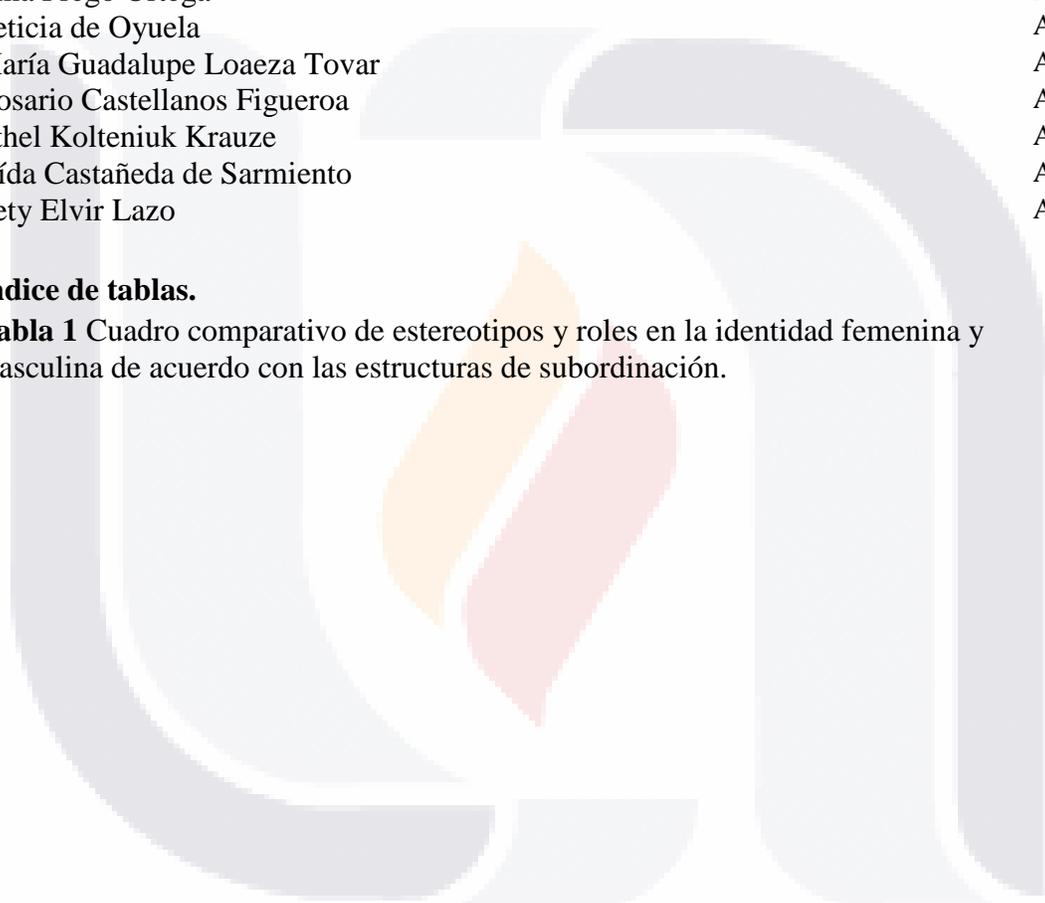
Anexo 1. Cuentos analizados.

<i>Una mujer llamada Carmela</i> de Irma Prego	A-3
<i>La libertad</i> de Leticia de Oyuela	A-6
<i>Mina</i> de Guadalupe de Loeza	A-16
<i>Cabecita blanca</i> de Rosario Castellanos	A-28
<i>El domingo y los otros días</i> de Ethel Krauze	A-36
<i>Rosario</i> de Aida Castañeda	A-46
<i>Señorita en la cuadra</i> de Lety Elvir	A-51

Anexo 2. Información biográfica sobre las autoras	A-55
Irma Prego Ortega	A-57
Leticia de Oyuela	A-58
María Guadalupe Loeza Tovar	A-60
Rosario Castellanos Figueroa	A-62
Ethel Kolteniuk Krauze	A-63
Aída Castañeda de Sarmiento	A-64
Lety Elvir Lazo	A-65

Índice de tablas.

Tabla 1 Cuadro comparativo de estereotipos y roles en la identidad femenina y masculina de acuerdo con las estructuras de subordinación.	52
-------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------	----



RESUMEN

Esta investigación tiene como objetivo explicar de qué manera se lleva a cabo la simbolización cultural de la diferencia sexual dentro de la familia representada en la literatura así como los medios a través de los cuales se interioriza y asume de manera natural la diferencia jerárquica entre mujeres y hombres. A través de la dinámica de relación que se establece entre los personajes que conforman a la familia representada en cuentos escritos por mujeres de México y Centroamérica se detectan las estrategias de resistencia que se manifiestan ante la perpetuación de dicha simbolización.

Se retoma la teoría de género como principal marco de interpretación ya que visibiliza las prácticas materiales y simbólicas que establecen el deber ser femenino y masculino a través de los roles, estereotipos, normas y valores, tomando la propuesta de violencia simbólica, de Pierre Bourdieu, como complemento al considerar que las características propias de cada identidad tienden a mantener el binomio poder-sumisión, el cual se asimila de manera naturalizada porque al no cuestionarse se reproduce y legitima constantemente.

En esta investigación se muestra la manera en que las protagonistas y otros personajes se resisten a la imposición de los mandatos culturales encontrando los resquicios a través de los cuales se pueden apreciar alternativas de identidad femenina y masculina.

ABSTRACT

This research aims to explain how the cultural symbolization of sexual difference within the family represented in literature is carried out, as well as the means through which the hierarchical difference between women and men is internalized and assumed in a natural way. Through the relationship dynamic that is established between the characters that make up the family represented in stories written by women from Mexico and Central America, resistance strategies are detected that manifest themselves before the perpetuation of this symbolization.

The Gender theory is the main interpretation framework because of it makes visible the material and symbolic practices that establish the way how it must be feminine and masculine through the roles, stereotypes, norms and values; taking the proposal of symbolic violence, by Pierre Bourdieu, as a complement to consider that the characteristics of each identity tend to maintain the binomial power-submission, which is assimilated in a naturalized way because by not questioning is constantly reproduced and legitimized.

This research shows the way in which protagonists and other characters resist the imposition of cultural mandates by finding the slits through which alternatives of feminine and masculine identity can be appreciated.

Prefacio

El interés por estudiar la simbolización cultural de la diferencia sexual en la familia, representada en la literatura contemporánea, surge a partir de dos aspectos que han sido parte de mi vida, por un lado, mi experiencia en el ámbito laboral como psicóloga que desempeñé durante más de una década, y por el otro, el reconocimiento de la representación de las relaciones humanas en el arte, específicamente en la literatura. La alternativa de llevar a cabo dicho análisis a través de la producción literaria fue una decisión que encuentra sus raíces en el gusto por la literatura desde temprana edad.

La investigación es una actividad que requiere compromiso. El compromiso que se identifica no solamente en los aspectos técnicos sino también éticos. La ética en el ejercicio de la investigación debe incluir el reconocimiento de la historia personal de quien investiga y la manera en que esta toca sus decisiones. La comprensión del sitio desde donde se interpreta la realidad que se observa brinda a su vez elementos para identificar el sesgo. Es por esto que, dentro del marco de la investigación planteada, resulta esencial realizar un ejercicio de reflexividad que permita dar elementos de contextualización a las y los lectores.

En el año dos mil egresé de la carrera de psicología en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Ese mismo año comencé a trabajar en instancias de gobierno dedicadas al servicio público. Durante catorce años estuve desempeñando mi labor como psicóloga, ocho de ellos como terapeuta y seis más como perita evaluadora.

En estos años pude constatar que la solicitud de ayuda de mujeres que vivían violencia familiar era cotidiana. La intervención que como psicóloga se me requería era brindar terapia psicológica o bien la peritación para proceder con un trámite legal. Es decir, el trabajo desempeñado se ubicaba en el nivel reactivo y superficial, dando por sentado que la violencia hacia la mujer es una parte ineludible de la sociedad.

La intervención que realizaba era metafóricamente como si se apagarán fuegos aislados, mientras que el almacén del queroseno seguía proveyendo el combustible por la noche sin que nadie lo evitara, ya que atender los casos aislados no permitía que se diera

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

solución efectiva a un problema que tiene sus raíces en cuestiones culturales que se transmiten de generación en generación, en primer lugar, dentro de la familia.

A pesar de la cotidianeidad de este fenómeno, nunca pude normalizarlo, al contrario, su alta incidencia me despertó curiosidad de indagar por qué las mujeres acuden diariamente a las instancias gubernamentales de Aguascalientes (por situar el fenómeno en mi experiencia profesional) a solicitar ayuda, denunciando haber sido víctimas de algún tipo de violencia sin que disminuya su incidencia.

La primera respuesta que de manera empírica me explicaba, tomaba en cuenta que la violencia hacia las mujeres (física, psicológica, sexual, económica, patrimonial) es un problema de causas multifactoriales, entre las cuales podemos encontrar una que está directamente relacionada con el constructo del ejercicio del poder.

Entendía que la forma de pensar en la manera de relacionarse, dentro de la relación de pareja incluían opiniones, valores, creencias, así como introyectos del deber ser, que determinan el comportamiento y que son transmitidas tanto explícita como implícitamente en todas las instituciones que nos rodean: Familia, escuela, iglesia, Estado a través de sus instituciones.

Así la pregunta inicial comenzó a desencadenar muchas más: ¿Cómo se transmiten? ¿Cómo se reproducen estas creencias y valores? ¿De qué manera se entienden estas formas de deber ser y quién las dicta?

Los conocimientos que hasta el momento había adquirido tenían aplicación efectiva en la intervención del fenómeno para apoyar en el momento de crisis, pero había algo que aún faltaba y que no me lo podía explicar con lo que hasta el momento sabía. La teoría de género fue una de las principales teorías que me permitió comprender la importancia que tiene la conformación de las identidades de género en un contexto de ejercicio de poder naturalizado.

El tiempo que trabajé en el servicio público me brindó la oportunidad de escuchar a muchas mujeres que denunciaban violencia. Ellas expresaban frases como: “No sé porque

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

mi esposo me pegó, si le pedí permiso para salir y él me lo dio”, “Me pidió que borrara a los amigos de mi Facebook para evitar problemas, pero me sigue celando”, “Me puse implantes de seno para darle gusto y ahora me dice que me veo gorda”, “No me deja trabajar, dice que yo no necesito nada más aparte de lo que él me da”.

Estas frases me ayudaron a comprender que el común denominador de esta problemática está dado por una relación de subordinación de la mujer hacia el hombre que se detecta a partir de los hechos de pedir permiso, obedecer indicaciones, modificar su cuerpo para darle gusto, limitar su potencial delimitándose al espacio doméstico. En otras palabras, da cuenta de la manera en que se concibe el ser mujer y el ser hombre, conjugados dentro de la dinámica de relación de pareja que se modela y moldea al principio de la vida dentro del entorno familiar.

La teoría de género explica la forma en que el ejercicio de poder atraviesa la construcción social de un deber ser femenino y masculino. Esta teoría, aunada a la propuesta de violencia simbólica de Pierre Bourdieu respecto a la asimilación natural e incuestionable de que hay alguien que domina y alguien que es dominado, constituyen la base teórica desde la cual interpreto la simbolización cultural de la diferencia sexual y la manera en que se presenta una resistencia a la imposición del poder.

La decisión de investigarlo en la representación de la familia, que se plasma en la literatura, surgió a partir de la posibilidad de observar la forma en que culturalmente se representan a los miembros de una familia y la forma en que se relacionan entre sí, a través de la narración de los acontecimientos que dan forma a la historia descrita.

La literatura ha sido y es una excelente compañera en mi vida desde que era una niña. En mi memoria tengo varios recuerdos en donde tanto mi mamá como mi papá me leían cuentos antes de dormir. En la escuela, mis materias favoritas estuvieron relacionadas con la literatura, y ahora que me encuentro con la posibilidad de investigar la simbolización de la diferencia sexual en la familia, representada en la literatura, tengo la impresión de que todo embona de manera perfecta para mí, desde lo personal, lo profesional y lo académico.

Introducción

La simbolización cultural de la diferencia sexual se refiere al fenómeno por medio del cual, a partir de la diferencia anatómica entre mujeres y hombres, se crea un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que influyen y condicionan la conducta objetiva y subjetiva de las personas en una dinámica jerarquizada.

El género, decodifica el significado que las culturas otorgan a la diferencia de sexos por lo que esta investigación se inserta dentro de los estudios de género, tomando en cuenta las prácticas culturales y las relaciones de poder en el ámbito familiar, donde el papel de los actores y su relación con las estructuras sociales construyen las identidades de mujeres y hombres.

La teoría de género, como teoría central a través de la cual se aborda el objeto de estudio, es idónea ya que, desde una postura crítica y antiesencialista, señala que las diferencias entre los sexos no son sinónimos de desigualdad y reconoce el carácter de construcción cultural de las identidades de género, a través de normas, valores, roles y estereotipos.

Esta teoría desarrolla conceptos que son clave dentro de la investigación propuesta. Del concepto de género se despliega el eje articulador de identidad de género que integra a los roles y estereotipos que se conforman a partir de las normas y los valores que impone la sociedad como mandatos culturales.

A partir del género se crea una imagen, una idea, un estereotipo reforzado por diferentes grupos sociales que logra que cada individuo perteneciente a un grupo social interiorice las creencias, expectativas y atribuciones sobre el comportamiento que cada quien debe tener conforme a su sexo.

El conocimiento social y colectivo acerca de los sexos deriva en representaciones estereotipadas según los rasgos que poseen en virtud de su constitución biológica, es decir, se convierten en estereotipos de género. A partir de estos estereotipos se asignan roles. Los roles son comportamientos esperados provenientes de los modelos de mujer y hombre de

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

acuerdo con lo que se atribuye tradicionalmente para cada sexo, dando como resultado la identidad de género.

En la identidad de género se distinguen componentes dicotómicos que posicionan a mujeres y hombres en una desigualdad jerárquica que implica necesariamente una relación de dominación. Esta articulación de poder se legitima bajo la explicación de ser una cuestión natural, biológica.

El ejercicio de poder, asumido de manera naturalizada, comienza desde los primeros años de vida dentro del ámbito familiar a través de mediaciones simbólicas. Las mediaciones simbólicas se entienden como el conjunto de símbolos que “median” entre el individuo y el contexto sociocultural. Estas son agencias de socialización que construyen el imaginario del “deber ser” femenino y masculino en una dinámica jerarquizada.

La diferencia jerárquica, al ser naturalizada, orilla a quien se concibe como inferior a adherirse a un esquema de dominación sin cuestionar su posición ya sea de dominado o de dominador. Esta relación jerárquica se legitima socialmente consolidando lo que Pierre Bourdieu denomina violencia simbólica (Bourdieu, 1998). Es por esto por lo que se retoma su propuesta como teoría complementaria para el desarrollo de esta investigación.

La violencia simbólica es producto de la asimilación de clasificaciones dicotómicas, las cuales, como señala Victoria Sau (1993), suelen ser una operación mental instantánea en la que coinciden prácticamente todos los miembros de una sociedad. Este fenómeno dicotómico tiene la particularidad de asignar a mujeres y hombres características polarizadas que conforman su identidad femenina y masculina. Esta construcción identitaria otorga al género masculino la posición de superioridad sobre el género femenino, asumida por ambos géneros de manera natural.

En el plano de las relaciones entre mujeres y hombres, esta desigualdad resulta en violencia de género, sin embargo, no se debe confundir con la violencia simbólica. La Organización de las Naciones Unidas (1993), describe la violencia de género, como todo acto intencional que tenga o pueda tener como resultado un daño, sufrimiento físico, sexual

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

y psicológico para la mujer, inclusive las amenazas de tales actos, la coacción o la privación arbitraria de la libertad, tanto si se produce en la vía pública como en la privada.

Bourdieu (1998), define la violencia simbólica como el ejercicio permanente de imponer un sistema simbólico de un grupo dado sobre otro de manera que, tanto quien ejerce el poder como quien lo recibe, dan por hecho que esa forma de orden o realidad social es la única posible. La violencia simbólica no opera en el orden de las intenciones conscientes, esta subyace a cualquier otro tipo de violencia porque es la imposición de dominación sobre el dominado de una manera que se acepta como algo natural desde los primeros años de vida, dentro de la familia, y mediado por el amor en la relación de pareja.

Esta aceptación natural es el medio a través del cual se establece un deber ser femenino y masculino envuelto en el binomio de subordinación y poder, que no es posible transformar a menos que se dé una modificación radical de las estructuras sociales, sin embargo, desde los estudios de género, la capacidad de reflexión y cuestionamiento lleva a quienes viven en esta subordinación a resistirse a dicha imposición para superarla. La superación de esta subordinación está relacionada con el rechazo a las determinaciones establecidas, es el principio que rompe con el monopolio de interpretación de los símbolos que conforman la identidad genérica.

La resistencia a las imposiciones de un deber ser femenino y masculino, se analiza en esta investigación retomando la aportación de Teresa de Lauretis¹, ya que a diferencia de otras teorías sobre resistencia², ella se enfoca en la resignificación de los símbolos que desnaturalizan el discurso social androcéntrico y la negociación de los nuevos sentidos con el contexto social.

¹ Teresa de Lauretis es una teórica feminista de nacionalidad italiana conocida internacionalmente por ser autora de "Alice Doesn't" (Alicia ya no) y "Technologies of Gender" (Tecnologías del género)

² La teoría de la resistencia desde la pedagogía crítica propuesta por Henry Giroux señala que la resistencia es la manera en que la gente responde a la interacción entre sus propias experiencias vividas y las estructuras de dominación y opresión resultando en la propia apropiación y muestra de poder. La resistencia tiene que ser situada en una perspectiva o racionalidad que tome la noción de emancipación como su interés guía el cuyo valor esencial de la noción de resistencia tiene que ser mediado no solo por el grado en que promueve el pensamiento crítico y la acción reflexiva sino de manera más importante por el grado en el que contiene la posibilidad de estimular la lucha política colectiva alrededor de problemas de poder y determinación. Otro autor que habla sobre resistencia es Michel de Certeau, él analiza el término de resistencia como un poder disruptivo, inesperado, fundante y afirmativo. Piensa en resistencias individuales practicadas en la cotidianeidad a las que nombra "microresistencias".

El concepto de resistencia de Lauretis es útil para abordar esta oposición que, junto con los conceptos señalados anteriormente pueden ser observados de manera dinámica y estática a través de la literatura ya que el espacio de las letras es el espacio de la utopía donde las personas, en un proceso de identificación con los personajes protagónicos, pueden desafiar el orden simbólico sin temor a las consecuencias.

La aportación de esta investigación en la literatura como espacio de reconfiguración, permite identificar el ejercicio de poder y resistencia al mismo tiempo que da la pauta para revisar la propuesta desde la crítica literaria feminista de una manera que ha sido abordada de manera escueta.

Este estudio pretende contribuir de manera teórica al terreno poco estudiado de la violencia simbólica en la familia, visibilizando la forma en la que dentro de las relaciones familiares se simbolizan las diferencias sexuales que derivan en la aceptación del ejercicio del poder del hombre sobre la mujer.

Como proyecto intelectual, esta investigación tiene la ambición de contribuir a la preocupación actual por la equidad de género, más allá del análisis de la estructura social a través de la cual se reproduce el deber ser femenino y masculino, ya que centra el interés en el aspecto de la vida privada al interior de la familia³ representada en la literatura como producto cultural.

La familia, es el espacio de socialización primaria donde se enseña y aprende la violencia, el poder y la subordinación, pero paradójicamente la intervención en este núcleo por parte de las políticas públicas e investigaciones no están presentes o se encuentra limitada. La intención de centrarse en el aspecto familiar surge a raíz de identificar la

³ La familia es un grupo social que determina las respuestas de sus miembros a través de estímulos desde el interior, que se refleja en la protección psico-social de sus miembros y desde el exterior donde se permite la acomodación a una cultura y la transformación de esa cultura. La familia como matriz de identidad destaca el sentido de pertenencia y el sentido de identidad. En el primero, la pertenencia de acompañar con una acomodación por parte del niño a los grupos familiares y con sustitución de pautas transaccionales (interacción familiar que regula la conducta de cada miembro de la familia) en la estructura familiar que mantienen a través de los diferentes acontecimientos de la vida (Minuchin, 1977). Para el caso de esta investigación, se elige la representación de la familia compuesta por una pareja heterosexual.

escasez de investigaciones que analicen la forma en que desde los primeros años de vida se integra de manera naturalizada la diferencia jerárquica entre mujeres y hombres.

Victoria Sau (1993), es una de las autoras que desarrolla este tema. Ella determina que la naturalización de esta jerarquía entre mujeres y hombres se da a través de la internalización de los estereotipos de género en las niñas y los niños por medio de componentes afectivos y cognitivos los cuales, desde los primeros años de vida, permiten la asimilación de un orden simbólico incuestionable que determina la organización social en función de la diferencia jerárquica.

La posibilidad de identificar en los textos literarios la forma en que, a través de las relaciones familiares, se va simbolizando la diferencia sexual en la lógica de poder dentro de las esferas de producción, reproducción, socialización y sexualidad que propone Juliet Mitchell, así como las formas de oposición a este, aportará conocimiento a un ámbito hasta ahora poco analizado de la vida privada, como es la violencia simbólica en la familia y las expresiones de resistencia.

La selección de los cuentos que se analizan es el resultado de una ardua búsqueda. Es importante señalar que, en un primer momento, el interés investigativo se centró en los cuentos de autoras y autores mexicanos, sin embargo, los cuentos escritos por hombres no se construyen alrededor de las preocupaciones de lo que ocurre puertas adentro de la dinámica en un hogar, sino más bien se centran en las hazañas de la vida pública, por lo que no cumplían con los criterios necesarios para el desarrollo de esta investigación.

Las historias relatadas en los cuentos escritos por autores mexicanos no se centran en el ámbito familiar, o si lo hacen estos representan a los personajes femeninos de acuerdo a los estereotipos tradicionales sin mostrar inconformidad. El personaje masculino suele ser el protagonista y el destino de la mujer que desafía los mandatos culturales es el castigo, ya sea con la muerte o el desprecio. La mujer continúa construyéndose en su condición de “otredad”.

Algunos ejemplos los encontramos en cuentos escritos a principio del siglo XX por autores que nacieron en diferentes años: Mariano Azuela (1873), Gerardo Murillo (1875),

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

José Vasconcelos (1882), Julio Torri (1889), Sergio Pitól (1933) y René Áviles Fabila (1940). Los cuentos fueron compilados en la antología de Jaime Erasto en 1991. En el cuento *De como al fin lloró Juan Pablo*, Mariano Azuela, desarrolla una historia en el contexto de la época revolucionaria en la que el protagonista desafía las reglas, usa armas, mata gente y se aguanta las ganas de llorar incluso hasta el momento de su fusilamiento.

Gerardo Murillo (Dr. Atl), en su cuento *El soldado y su mujer*, el protagonista es un soldado que golpea y mata a su mujer preso de los celos que siente cuando ella intenta dejarlo. José Vasconcelos que, en *Topilejo*, cuenta la historia de un par de hombres que son capturados por conspiración y son llevados a un paraje para ser asesinados por los militares, sin embargo, le dan a uno la oportunidad de que mate al otro y se salve. A pesar del miedo que sienten, uno de ellos le pide a su compañero que lo mate y se salve para que pueda contar lo ocurrido, y este así lo hace. Julio Torri, en *El celoso*, muestra el grado extremo de celos que siente un hombre hasta el punto de no quererle dar sepultura a su esposa fallecida porque espera que llegue el amante, el cual es imaginario.

La emoción que los personajes masculinos muestran en estas historias es la ira, emoción que culturalmente les es permitida en la construcción identitaria. El miedo y la tristeza de perder a su mujer, en el cuento de *El soldado y su mujer*, es manifestada a través de los celos en una expresión iracunda, en el cuento de *El celoso*, su emoción es representada con indiferencia emocional ante el cadáver de su esposa. Las emociones de tristeza y miedo, que experimentan los personajes masculinos de cuentos escritos por hombres, son mostradas como un signo de debilidad que debe ser reprimido como en el caso de *De como al fin lloró Juan Pablo* y *Topilejo*.

A lo largo del siglo XX, la temática de los cuentos escritos por autores masculinos no es muy distinta, si bien el escenario bélico va desapareciendo gradualmente, la representación de los personajes femeninos y masculinos permanece en la interacción atravesada por los estereotipos de género. Ejemplo de esto lo encontramos en cuentos como *La casa del abuelo* de Sergio Pitól, en el que se repiten frases relacionadas con el deber ser masculino de que los hombres no deben llorar y que deben ser valientes; los personajes femeninos son controlados a través del aislamiento.

La otra dimensión o la dama del cuadro, es un cuento de ficción escrito por René Avilés Fabila en el que el protagonista es masculino. Se identifica desde las primeras líneas la manera en que los personajes femeninos llevan a cabo acciones alineadas con el deber ser femenino tradicional de servir al hombre de la casa que sale a trabajar, es decir, lleva a cabo los quehaceres domésticos y sirve al marido. La lista de los autores consultados puede continuar, sin embargo, el común denominador de las historias relatadas permanece.

Los cuentos de las autoras mexicanas consultadas se vieron limitados solamente a tres, por lo que el criterio de búsqueda amplió sus fronteras a la producción literaria de Centroamérica, dónde se encontraron cuentos que reflejan la experiencia y la subjetividad femenina dentro del entorno familiar mostrando alternativas de identidad a través de la resistencia.

Esta investigación llevó a cabo el análisis de siete cuentos escritos por mujeres que, de manera gradual, van mostrando en sus personajes aquellos resquicios a través de los cuales se desafían los mandatos culturales del deber ser femenino, que son transmitidos de manera imperceptible dentro de la dinámica familiar. Es importante hacer notar que, en esta selección, la figura protagónica es el personaje femenino.

Capítulo I

Estado de conocimientos actuales

Una de las preocupaciones sociales que se contemplan en la agenda pública es la de garantizar una vida libre de violencia para las mujeres. Los legisladores han propuesto y aprobado leyes en donde se contemplan las distintas formas en que se manifiesta, así como la consecuencia para quien la lleve a cabo⁴.

El Estado destina una serie de recursos para lograrlo. A través de sus instituciones promueve campañas de prevención, se brinda atención médica, psicológica y legal de manera gratuita para las víctimas, además de tener espacios habilitados para albergarlas en caso de extrema violencia entre otras medidas. Sin embargo, la violencia hacia la mujer es una problemática que permanece y la pregunta inevitable es ¿Por qué esto continúa?

La teoría de género proporciona elementos que ayudan a responder esta interrogante. El problema es mucho más complejo de lo que se ve en la superficie. La violencia hacia la mujer es la manifestación de un poder que social y culturalmente se ha legitimado sobre ella. Existe una estructura social en la que cada ser humano que se incorpora al nacer es educado conforme los preceptos que la rigen.

En el caso de la construcción de género, la estructura social contiene una simbolización cultural de la diferencia sexual en donde se esperan ciertos atributos físicos, psicológicos y de comportamiento para cada uno de los que se desenvuelven en ella. Estos atributos incluyen la expectativa de control que los hombres ejercen sobre distintas formas de poder, fomentando entre otras, la creencia de dominio sobre la mujer.

Esta creencia instaura imaginarios culturales que legitiman el poder y lo reproducen de cualquier forma, ya sea a través del convencimiento de que así debe ser, lo que constituye una violencia invisible, o bien a través de la violencia explícita que puede ser física, psicológica, sexual, económica o patrimonial.

⁴ Estas leyes se derivan de los convenios internacionales establecidos en la Convención Interamericana para Prevenir, Sancionar y Erradicar la Violencia contra la Mujer y la Declaración de las Naciones Unidas sobre la eliminación de la violencia contra la Mujer, que se convirtió en la guía de los esfuerzos nacionales, estatales y municipales para enfrentar la problemática de la violencia de género.

En 1975, la antropóloga cultural norteamericana, Gayle Rubin publicó un estudio, pionero para su época, llamado *El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo*, en el que señaló que en la niñez cada quien descubre las diferencias entre los sexos y cómo se tiene que llegar a ser de un género u otro, de acuerdo a la concepción binaria que predomina culturalmente. Victoria Sau (1993) se refiere a esto como el aprendizaje de la feminidad, el cual se establece a través de un sistema de representaciones por el que cada sociedad educa a los grupos humanos desde el nacimiento a través de palabras, gestos e imágenes que de manera imperceptible logra la perpetuación de este sistema.

Es por esto que Judith Butler filósofa contemporánea explica en su obra *Deshacer el género* (2006) que este proceso no se lleva a cabo en soledad, siempre se está haciendo con o para otro, incluso aún si el otro es imaginario. Ella afirma que a través de la sanción social y el tabú se va construyendo una identidad de género que es el resultado performativo de la repetición de actos en el tiempo. El establecimiento del deber ser que corresponde a la niña y al niño se asume de manera cotidiana e intensa por lo que se vive como si fuera algo natural.

Esta aceptación naturalizada que se justifica en las diferencias anatómicas entre los órganos sexuales la retoma Pierre Bourdieu en su libro *La dominación masculina* (2008). El autor apunta que la diferencia socialmente establecida entre los sexos y en especial de la división del trabajo, coloca al hombre en un estatus de jerarquía sobre la mujer a través del convencimiento incuestionado de que así es natural.

A esto Bourdieu lo llama violencia simbólica, la describe como una violencia invisible que consiste en la aceptación naturalizada de dominación, la cual está duramente inscrita en lo más íntimo del cuerpo, bajo formas de disposiciones de acción y esquemas de percepciones y pensamientos que se van adquiriendo en el transcurso de la vida.

La división del trabajo se refiere a los dos ámbitos de producción que tienen las mujeres y los hombres dentro de la sociedad, por un lado, el desempeño de labores dentro del hogar sin una remuneración económica y por el otro el espacio de lo público donde se desempeñan labores orientadas a recibir dinero por llevarlas a cabo.

Juliet Mitchell (1985) considera que esta desigualdad en la esfera de la producción subordina a la mujer ya que está dada en función del papel ideológico y socioeconómico como madre y ama de casa que le ha sido asignada por la capacidad biológica de gestar. Esta situación deriva en la construcción de un deber ser que subordina a la mujer no solo en las esferas de producción y reproducción sino también de la socialización y la sexualidad. La identidad femenina se conforma carente de poder para nombrarse a sí misma y a los procesos que la rodean. A partir de su propia experiencia, en esta asignación cultural, se va consolidando la identidad de “ser un ser para otros”.

Estas aportaciones dejan claro que las diferencias anatómicas en el cuerpo humano son el punto de partida para la diferenciación social entre los sexos. Dicha diferenciación social se manifestará a través de expectativas entre las que se exige al hombre un posicionamiento superior al de la mujer tanto en la esfera pública como en la privada.

Pero, si esta condición ha sido internalizada como algo natural en la sociedad, podría desnaturalizarse para concebir la relación entre mujeres y hombres de una manera distinta, que no esté en función de la jerarquía. Las preguntas serían: ¿cuál es el camino para lograrlo? ¿cómo se rompe con esta dinámica en el espacio de socialización primaria donde se aprende?

Gayle Rubin (1975), no es optimista ante esta probabilidad, ella menciona que la opresión de las mujeres es muy profunda, que ni la igualdad de salario o de trabajo, ni las mejores políticas del mundo extirparán las raíces del sexismo; lo cual es cierto porque no es en el terreno de las condiciones laborales donde se origina el cambio, es donde se refleja. El cambio está en la forma en que de manera individual y colectiva se integra la identidad de género durante los primeros años de vida en el núcleo familiar.

Las normas, valores, roles y estereotipos que se dictan culturalmente para diferenciar a las mujeres y a los hombres de manera polarizada y jerarquizada, están tan arraigadas que se considera como algo natural, lo cual Butler afirma que es un error. Ella argumenta que naturalizar lo que uno asume como género impide la posibilidad de transformación ya que esta posibilidad se encuentra en las diferentes maneras de repetición subversiva o en la ruptura de los actos que indican cómo ser mujer u hombre (2006), es

decir en la resistencia al seguimiento de los mandatos culturales sobre el deber ser femenino y masculino.

Para Bourdieu (1998), los factores de cambio más importantes están vinculados a la función de la institución escolar como el acceso de las mujeres a niveles escolarizados superiores, con el fin de que puedan obtener independencia económica y por ende la transformación de las estructuras familiares, alejándolas de las labores domésticas y de las funciones de procreación.

Estos planteamientos han atraído interés investigativo a nivel internacional. Estudios publicados por universidades mexicanas, estadounidenses, españolas, italianas y pakistaníes, citadas más adelante en esta investigación, dan cuenta de esto. La mayoría de las investigaciones actuales que se interesan por el tema se centran en el análisis de estructura social a través de la cual se reproducen los estereotipos esperados y asumidos para mujeres y hombres.

Algunos de estos estudios se insertan en la lógica de la teoría de género, otros en la línea del concepto de violencia simbólica propuesto por Pierre Bourdieu. Se enfocan principalmente en la escuela y los medios de comunicación. Los que toman a la familia como objeto de estudio lo hacen desde el punto de vista de la inculcación de estereotipos.

En ninguno de ellos se estudia la manera en que se internaliza la diferencia jerárquica dentro de la interacción familiar ni tampoco la oposición o resistencia que se encuentra a dicho proceso.

Lo que sucede dentro de la familia, específicamente la forma en cómo sucede es el primer elemento que se debe indagar para responder en esta investigación. No se puede ignorar que la estructura social influye fuertemente en lo que la familia reproduce, así como tampoco que cada integrante de la familia tiene la capacidad de resistirse u oponerse a lo que la misma estructura social marca.

Silvia Baeza (2005), señala en *Familia y género: Las transformaciones en la familia y la trama invisible del género*, que una de las funciones de la familia es atender y contener a sus miembros con el objetivo de transmitir valores y esquemas de comportamiento a las

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

hijas y los hijos. Tiene responsabilidad social por la conducta de sus miembros ya que dentro de ella se establecen normas que provienen de la esfera pública. Dentro de la familia interactúan los procesos psicológicos de cada uno de sus miembros junto con intereses sociales y aspectos más amplios de la cultura.

Baeza señala que la familia es el “aula primordial” donde se aprende lo que significa la femineidad o la masculinidad, pero condicionada por una cultura más amplia que es la que determina cómo la pensamos, sentimos y vivimos.

Adriana Sáenz Valadez (2011), en su libro *Una mirada a la racionalidad patriarcal en México*, coincide en que es en la casa donde las formas de ser mujer y hombre se interiorizan. Es en el espacio privado donde se aprenden las implicaciones del rol que se esperan para cada uno: ser viril para el hombre y femenina para la mujer. Este aprendizaje se obtiene a través de la caricia paterna, la sonrisa de aprobación, en la amonestación, así como a través de los medios masivos de comunicación, la literatura y la ciencia.

Un estudio realizado en el año 2015 por Muhammad Hussain, Arab Naz, Waseem Khan, Umar Daraz y Qaisar Khan, investigadores de la Universidad de Malakand en Pakistán, llamado *Gender stereotyping in family: An institutionalized and normative mechanism in Pakhtun society of Pakistán*, indica que la familia, como fuente básica y primaria de socialización del género asigna roles, transmite etiquetas y mensajes de raíces profundas para considerar femeninas a las mujeres y masculinos a los hombres.

Los investigadores detectaron que los estereotipos de género son formados durante el proceso de aprendizaje y comunicación en la familia desde muy temprana edad con el objetivo de socialización. La socialización entendida como el proceso a través del cual las niñas y los niños llegan a ser individuos respetados por las leyes, normas y costumbres de su entorno.

Ellos concluyeron que los elementos esenciales para la construcción de los estereotipos de género se encuentran dentro del núcleo familiar. Un ejemplo de esto es el trato diferente que madres y padres dan hacia las hijas e hijos en la demostración afectiva. Las niñas suelen ser abrazadas y besadas con mayor frecuencia que sus hermanos. Otro elemento que constataron fue el de las propias características estereotipadas bajo las que se

desenvuelven frente a ellos, como la división del trabajo entre el espacio privado y el público.

En las relaciones familiares se impone la construcción y reconstrucción de identidades, cuerpos y trayectorias de vida. Estas se reproducen de manera práctica por medio de una estructura de recompensas, ganancias o sanciones que se reproducen todos los días, fundamentalmente a través del lenguaje, según lo sostiene Selene Álvarez-Larrauri (2009) en *Intersubjetividad, violencia simbólica y campo familiar*.

Otra investigación sobre expresiones de violencia simbólica fue realizada en el arte por Héctor Serrano, Martha Zarza Delgado y Carolina Serrano Barquín (2013), en su artículo *El consumo del cuerpo femenino en imágenes y música como expresión de violencia simbólica*, coincide en que desde los primeros años de vida existe una fuerte coacción por representar las características de género como esferas de actuación y de conductas genéricamente opuestas.

Las niñas aprenden los roles domésticos a partir de hábitos inculcados, expresiones corporales y actitudes que la diferencian de modo antagónico de sus hermanos o padres a quienes, en ocasiones, tiene que servir o atender. Estos hábitos formulan un pensamiento dicotómico entre mujeres y hombres.

La mujer aprende que el sexo fuerte está representado por el hombre y asume un papel de subordinada ante él. La jerarquía como elemento constitutivo del orden simbólico regula, establece límites y organiza la construcción del sujeto y del orden cultural (Serrano, Zarza y Serrano, 2012).

Marta Lamas (1996) en *Problemas sociales causados por el Género* explica que el orden cultural produce percepciones específicas sobre mujeres y hombres, percepciones que se erigen en prescripciones sociales con las cuales se intenta normar la convivencia. La simbolización cultural de la diferencia sexual toma forma en un conjunto de prácticas, ideas, discursos y representaciones sociales que influyen y condicionan la conducta objetiva y subjetiva de las personas en función de su sexo.

Posteriormente Lamas (1999) en su artículo *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género*, señala que mediante el proceso de constitución del orden simbólico en una sociedad se fabrican las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres, en una lógica de poder que se estructura y reproduce socialmente.

Dichas ideas son categorías cognitivas que no pueden ser creadas de otra manera, más que a través de la interacción entre los miembros de la familia, como lo señala Massimo Ragnedda (2012), en *Medios de comunicación masiva y la mujer en Italia: de la violencia simbólica a la violencia física*, ya que es en esta interacción, donde se aprende a confundir las diferencias entre mujeres y hombres con el juego de las desigualdades entre inferiores y superiores.

La dinámica de un orden patriarcal, de acuerdo con Griselda Gutiérrez (2008) en su artículo *Violencia sexista, de la violencia simbólica a la violencia radical*, ha consistido en cosificar la posibilidad de autodeterminación de la mujer, la de su afirmación íntegra como persona, al punto de apropiarse de sus percepciones y la posibilidad de nombrar sus experiencias del mundo social y de las agresiones de que se les hace objeto.

En el universo patriarcal donde se impone el orden del deber ser; las mujeres deben cumplir con la parte que les corresponde para la prosperidad, la seguridad y el bien común. Es el ámbito donde cada quien aprende las formas permitidas para los roles (Sáenz, 2011).

La revisión de estos artículos permite identificar como común denominador que el patriarcado o sistema social androcéntrico mantiene una lógica lineal de solo dos lugares existenciales: dominante/dominado, superior/inferior, ganador/perdedor, pero la base objetiva sobre la que descansa el sistema social androcéntrico, es fundamentalmente el control que los hombres ejercen sobre distintas formas de poder, tanto el poder de control sobre los bienes materiales, como el que se aplica para moldear las ideas, los valores, las formas de subjetividad, las organizaciones, los conceptos científicos, hasta los proyectos de vida y sociedad.

Serrano y colaboradores (2012), añaden que esta estructura social androcéntrica incluye una formación cultural identitaria religiosa, educativa (ya sea formal o informal), que conlleva una orientación sexista generalizada que como forma de poder deriva en

sumisión, dominio, explotación o inaccesibilidad de las mujeres a ciertas condiciones de equidad y a múltiples oportunidades de desarrollo personal.

En esta formación cultural se asumen espacios y deberes que provienen de categorías simbólicas y cuya representación se convierte en una forma de vivir lo social como natural a través de los roles (Sáenz, 2011).

Sobre esta línea, Magdalena Romera (2015) en *The transmission of gender stereotypes in the discourse of public educational spaces*, menciona que el aprendizaje de la distribución de roles juega un papel muy importante en la caracterización del género por el establecimiento de estereotipos porque son los principales componentes de la ideología sexista, que aseguran la supervivencia de las inequidades de género.

Ella aborda la forma en que los estereotipos clásicos de género se transmiten en el espacio público de las instituciones de educación superior y cómo esto contribuye a mantener una visión social en la que persiste una distribución desigual de género. La autora refiere que, en varios estudios, se muestra que la empatía, capacidad emocional y cuidado a otros son atribuidos a estereotipos femeninos, mientras que la ambición, el poder y la acción son atribuidos a estereotipos masculinos.

Estas creencias permiten que los miembros de una sociedad regulen su comportamiento, permitan ciertas acciones, castigos o restricciones sobre otros y definan que es aceptado o censurado en una comunidad. En otras palabras, ellos dictan y legitiman que significa ser mujer u hombre, como se deben comportar y que deben esperar cada uno del comportamiento del otro de modo que si no se cumple sean castigados o relegados (Romera, 2015).

La transmisión de estos estereotipos de género se da en el discurso de los espacios escolares públicos. Es en los centros educacionales donde las personas jóvenes son entrenadas e instruidas rutinariamente sobre qué decir, cómo entender y clasificar lo que les rodea, así como en qué pensar, y sobre lo que debe saber.

Los estereotipos de género que se presentan en el discurso público mantienen un conocimiento social colectivo acerca de los sexos. El poder del discurso institucional es

creativo, porque crea y recrea el conocimiento de cómo la sociedad debe ser estructurada (Romera, 2015), al punto de naturalizar e institucionalizar las diferencias de género en términos de desigualdad (Serrano, 2012).

Yolanda Fandiño Barros (2013), en su artículo sobre *La violencia de género y el pensamiento patriarcal* explica que el proceso de socialización y la formación de la identidad genérica producen una identificación con los valores, normas y comportamientos; por tanto, los seres humanos se convierten en hombres y mujeres que responden a las características femeninas y masculinas establecidas por la cultura.

Pero esta cultura, como dice Marta Lamas (1996, 1999), es una creación humana que se transforma con la intervención humana. La simbolización cultural de la diferencia sexual se puede conformar en términos de equidad. Para ello se requiere una revolución simbólica que cuestione los propios fundamentos de la producción y reproducción del capital simbólico.

Consuelo Meza Márquez (2000), en *La utopía feminista: Quehacer literario de cuatro narradoras mexicanas contemporáneas*, especifica que lo que se requiere es una deconstrucción en el plano de lo simbólico, desaprender los contenidos previos, desimbolizar los mitos fundantes de la identidad femenina y resistirse a dar por sentada la subordinación como algo natural. Esta resistencia puede identificarse en aquellos espacios simbólicos privilegiados del arte como la literatura en donde las relaciones sociales, como las que se dan dentro de la familia, son plasmadas en dos dimensiones: lo que es y lo que puede ser.

La literatura representa el espejo y la interpretación del estado de la sociedad en un momento determinado de su evolución histórica. El elemento significativo del cuento reside en su tema, en el hecho de escoger un acontecimiento real o fingido que se convierta en el resumen implacable de una cierta condición humana, o en el símbolo de un orden social o histórico (Erasto, 1991).

En cuanto al texto escrito por una mujer, la profesora de literatura alemana, Sigrid Weigel (1986), menciona, desde la crítica literaria feminista, lo interesante que es en el sentido de que permite saber más sobre como las mujeres se enfrentan en una forma

literaria a su situación actual, las expectativas vinculadas a su rol como mujeres, sus temores, deseos y fantasías, así como las estrategias que adoptan para expresarse públicamente a pesar de su confinamiento en lo personal y lo privado.

La literatura ofrece un amplio campo de investigación, sin embargo, la mayoría de las investigaciones consultadas, no se realizaron en este sentido. Los distintos artículos de investigación revisados concluyeron que la asignación de roles es un proceso social que se justifica en una diferencia sexual transmitida desde los primeros años de vida, pero ninguno explica la manera específica o la forma en que estos se transmiten dentro de la familia ni tampoco la resistencia que se opone al seguimiento de los preceptos establecidos culturalmente.

La investigación de Muhammad Hussain y colaboradores (2015), muestran elementos de mayor coincidencia con la propuesta de esta investigación al estudiar los estereotipos de género en la familia como un mecanismo institucionalizado y normativo, sin embargo, la fuente de obtención de la información consistió en entrevistar a estudiantes universitarios sobre el recuerdo de su experiencia de cómo aprendieron los roles.

La investigación de Silvia Baeza (2005), centra el análisis de su objeto de estudio en las transformaciones que el sistema familiar ha sufrido en los últimos cincuenta años, describe las configuraciones familiares actuales conceptualizando el feminismo, y analizando los supuestos patriarcales, pero no aborda la manera en que estos se transmiten, refuerzan o resisten.

Se encuentra un vacío explicativo que permite dirigir esta investigación esencialmente a responder: ¿De qué manera se lleva a cabo la simbolización cultural de la diferencia sexual dentro de la familia representada en la literatura? ¿Cuáles son los medios a través de los cuales se interioriza y asume de manera natural la diferencia jerárquica entre mujeres y hombres? y ¿Existe resistencia a la perpetuación de dicha simbolización y si así fuera el caso, cómo se manifiesta esta resistencia?

Las respuestas obtenidas pretenden contribuir a un mejor conocimiento del tema de la simbolización cultural de la diferencia sexual y proponer nuevas opciones identitarias

que incidan positivamente en la sociedad. La intención es resignificar nuevos contenidos simbólicos que pudieran considerarse dentro de las relaciones familiares representadas en la literatura, por supuesto que la aplicación de los mismos en la vida cotidiana rebasa los fines de esta investigación, pero pudieran servir como elementos para el diseño de políticas públicas en el futuro. Contribuir a la utopía, no como sueño imposible, sino como lo inédito posible.

Para ello, se identificarán los rasgos y atributos que conforman las identidades de género en cada personaje de siete cuentos, tres escritos por autoras mexicanas y cuatro centroamericanas, nacidas en diferentes momentos: Rosario Castellanos en 1925, Guadalupe Loaeza en 1946 y Ethel Krauze en 1954; dos hondureñas: Aida Castañeda en 1940 y Lety Elvir en 1966; y una nicaragüense: Irma Prego nacida en 1933.

La elección de estas autoras está relacionada con la temática que establecen en sus cuentos, se representa en ellos una dinámica familiar, reproducción de los estereotipos tradicionalmente asociados a la identidad femenina y masculina, así como la respuesta de las protagonistas a dichas imposiciones.

Los cuentos seleccionados cumplen con los criterios de esta investigación para analizar las relaciones entre los géneros que se entablan entre los integrantes de la familia, así como la expectativa del rol revelando los aspectos donde se manifieste el ejercicio del poder, así como la aceptación desapercibida, es decir la violencia simbólica en las relaciones familiares, el conflicto que se establece y cómo se resuelve.

Por último, se identificarán las manifestaciones que muestren roles y estereotipos alternativos, así como aquellos actos que den muestra de la resistencia a la subordinación en el ejercicio del poder dentro de cada una de las estructuras de producción, reproducción, socialización y sexualidad.

Esta investigación se considera relevante porque al identificar la forma en que a través de las relaciones familiares se va simbolizando la diferencia sexual en la lógica de poder, así como las formas de oposición a este, se aportará conocimiento a un ámbito hasta ahora poco analizado como es la violencia simbólica en la familia y la posible resistencia.

Contribuirá a la preocupación actual por la equidad de género al visibilizar la forma en que, dentro de las relaciones familiares, se simbolizan las diferencias sexuales que constituyen el binomio “poder-sumisión”. Dará la pauta para la promoción de cambios en la educación familiar, que derive a su vez en un cambio social tendiente al reconocimiento de la equidad, que pueda ser considerado dentro de las campañas y políticas públicas dirigidas a la disminución del fenómeno de la violencia de género.

El objetivo general de esta investigación será explicar cómo son y de qué manera se interioriza la jerarquización dada por la simbolización cultural de la diferencia sexual dentro de la familia representada en la literatura, así como aquellos procesos de resignificación que dan cuenta de la manera de mostrar resistencia a las imposiciones que se perpetúan a través de dicha simbolización.

Este objetivo se planea alcanzarlo a través de la identificación de los roles y estereotipos en el deber ser femenino y masculino que se representa en los cuentos seleccionados.

Cada uno de estos cuentos muestra la manera en la que se presenta la relación entre los miembros de una familia, por lo cual se analizarán las relaciones entre los géneros que se entablan entre los integrantes de la familia, la expectativa de rol y cómo se transmite dicha expectativa. Esto permitirá revelar los aspectos donde se manifiesta el ejercicio de poder, así como la aceptación desapercibida, naturalizada, en las relaciones familiares.

La resistencia será analizada a partir de las manifestaciones que muestren roles y estereotipos alternativos a la identidad femenina y masculina tradicionalmente impuesta a través de mandatos culturales, así como en aquellas acciones que se describan en el cuento como rechazo a la subordinación en el ejercicio de poder.

El espacio clave que se plantea en el objetivo de esta investigación es la representación de la familia en la literatura. La forma en que por medio de las relaciones entre sus miembros se simbolizan las diferencias sexuales naturalmente jerarquizadas, bajo la hipótesis de que se resiste dicha naturalización.

La literatura tiene una función cognoscitiva al indagar y recrear situaciones humanas que necesariamente se refieren a sujetos individuales y sociales en circunstancias temporales y espaciales concretas (Domecq, 1999).

La literatura ordena, articula e interpreta la experiencia; explora los límites de lo inteligible y permite ilustrar y elaborar la crítica de la vida cotidiana proporcionando los elementos para explicar el origen de la opresión de las mujeres. El análisis de la literatura desde una visión feminista toma forma como crítica literaria feminista que, independientemente de que sea realidad o ficción, recupera “los aspectos simbólicos mostrados en el espejo ofrecido por ese discurso literario particular” (Meza, 2000 p.28).

El análisis de los siete cuentos seleccionados, fueron escritos desde una mirada femenina que permite dar cuenta de la forma de simbolización cultural de la diferencia sexual en el ámbito familiar contemporáneo.

Cada uno de los cuentos seleccionados deberá contener los elementos planteados en esta investigación, es decir, que la historia se desarrolle dentro del ámbito familiar y que refleje la manera en que se da la simbolización cultural de la diferencia sexual, la presencia de la violencia simbólica y la respuesta a dicha situación por parte de los personajes ya sea en la aceptación tácita incuestionable o bien la no aceptación y resistencia.

Capítulo II

Simbolización cultural de la diferencia sexual

Este capítulo tiene como objetivo la delimitación teórica de la simbolización cultural de la diferencia sexual. Para ello se retoma la teoría de género como eje central de esta investigación ya que visibiliza las prácticas materiales y simbólicas que establecen el deber ser femenino y masculino. Estas prácticas se estructuran culturalmente a través de roles, estereotipos, normas y valores que establecen una diferenciación jerárquica que forma parte esencial de la identidad de género.

La teoría de género como marco teórico de interpretación se complementa con la propuesta de Pierre Bourdieu, al considerar que las características propias de cada identidad tienden a mantener el binomio poder-sumisión, el cual se asimila de manera naturalizada que al no cuestionarse se reproduce y legitima constantemente en lo que él denomina: violencia simbólica.

En esta investigación se asume que dentro de este binomio poder-sumisión, presente en la relación entre mujeres y hombres, las mujeres tienen la capacidad de reflexionar sobre sí mismas y su posición en el contexto social y cultural, encontrando así los resquicios a través de los cuales se va reformulando el “deber ser” proponiendo nuevas alternativas de identidad. Estas alternativas de identidad están mediadas por la experiencia y la subjetividad que permite reflexionar, cuestionar y resistirse a las relaciones jerárquicas naturalizadas entre mujeres y hombres.

El estudio de la resistencia en el ámbito de la simbolización cultural de la diferencia sexual se llevará a cabo a partir de la propuesta de Teresa de Lauretis quien directamente propone la desnaturalización de un discurso social androcéntrico y propone nuevos discursos basados en relaciones sociales construidas desde una subjetividad femenina.

Estas nuevas construcciones cobran forma a través de dos cambios: en primer lugar, el fortalecimiento de la identidad de la mujer al tomar conciencia sobre las estructuras que mantienen su condición de desigualdad y subordinación (estructuras propuestas por Juliet Mitchell: producción, reproducción, socialización y sexualidad); y, en segundo lugar, los

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

cambios que se realizan en la cotidianeidad. Para ello se debe reconstruir otro orden simbólico ya que es en el nivel simbólico donde se encuentra el poder de cambio social.

La instauración de un orden simbólico, que surja de la propia subjetividad de la mujer, puede ser representada libremente a través del arte, especialmente en la literatura escrita por mujeres, como espacio de la utopía en el que las mujeres se imaginan y se reinventan en la centralidad, rompiendo con la visión de otredad que el reflejo de la cultura androcéntrica le devuelve.

Teoría de género e identidad de género

La teoría de género es un marco conceptual que permite analizar la producción social de las diferencias entre mujeres y hombres para comprender como opera la simbolización de la diferencia sexual en las prácticas, discursos y representaciones culturales. Se integra por los planteamientos teóricos, filosóficos, éticos y políticos enfocados a la comprensión del complejo de las relaciones de poder que determina la desigualdad entre mujeres y hombres (Meza, 2013).

El planteamiento fundamental de esta teoría es que no hay nada biológico ni natural que explique la subordinación de las mujeres, ya que esta es producto de la forma en que la cultura establece el deber ser y la manera de comportarse de una mujer y un hombre por medio de las agencias de socialización que transmiten el orden simbólico cultural en torno a las identidades genéricas.

En otras palabras, a partir de la diferencia sexual se crea una imagen, una idea, un estereotipo reforzado por diferentes grupos sociales: familia, escuela, religión y sociedad que logra que cada individuo perteneciente a un grupo social interiorice las creencias, expectativas y atribuciones sobre cómo es y cómo se comporta cada género.

El concepto de género es una categoría de análisis necesaria para el estudio de la simbolización cultural de la diferencia sexual. Joan Scott explica que la definición de género está compuesta de dos proposiciones que a su vez se componen de varias partes que operan de manera conjunta:

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Mi definición de género tiene dos partes y varias subpartes. Están interrelacionadas, pero deben ser analíticamente distintas. El núcleo de la definición reposa sobre una conexión integral entre dos proposiciones: el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y, el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder. (Scott, 1996 p. 289)

De la primera proposición, Joan Scott determina que el género comprende cuatro elementos interrelacionados: símbolos y mitos, conceptos normativos, instituciones y organizaciones, y la identidad subjetiva.

El primer componente se establece en función de los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones múltiples y a menudo contradictorias. La autora ejemplifica este componente con los símbolos de la mujer en la tradición cristiana occidental: Eva y María relacionándolos con los mitos de luz y oscuridad, de purificación y contaminación, inocencia y corrupción.

Estos símbolos, opina Marta Lamas, delimitan la manera en que se construye la idea de ser mujer y de ser hombre, ya que “Lo que define al género es la acción simbólica colectiva. Mediante el proceso de constitución del orden simbólico en una sociedad se fabrican las ideas de lo que deben ser los hombres y las mujeres”. (Lamas, 1999, p.340)

El segundo componente está integrado por los conceptos normativos que manifiestan las interpretaciones de los significados de los símbolos. Estos conceptos se expresan en doctrinas religiosas, educativas, científicas, legales y políticas que, a diferencia del arte, afirman categóricamente y unívocamente el significado de ser mujer u hombre, de lo femenino y de lo masculino.

El tercer componente constitutivo de las relaciones basadas en las diferencias que distinguen los sexos lo constituyen las instituciones y organizaciones sociales de las relaciones de género: la familia (donde se inserta esta investigación) centrándose en la casa como base de la organización social, el mercado de trabajo, las instituciones educativas, la economía y la política.

El cuarto y último componente que Scott señala es la identidad subjetiva, que, desde su visión de historiadora, está directamente relacionada con la forma en que las identidades genéricas se relacionan con la serie de actividades, organizaciones sociales y representaciones culturales históricamente específicas que impactan de manera individual y colectiva.

En este sentido, la identidad subjetiva o identidad de género se establece a partir de la experiencia que construye el saber de qué se pertenece a uno de los dos grupos genéricos: femenino o masculino. Estos dos grupos genéricos se distinguen uno de otro a partir de roles y estereotipos que se manifiestan a través de las actividades que realizan los modelos de mujeres y hombres que tienen relación directa con la niña o el niño desde los primeros años de vida.

Victoria Sau, establece que, a partir de los tres años de edad, el ser humano va descubriendo en la figura del padre la conexión con el mundo exterior además de darse cuenta de que la madre, de quien provienen los cuidados y las órdenes, es también quien las recibe de parte de su padre, además de que tiene que solicitar permisos, dar explicaciones, aplacarlos si se altera y tenerle listas las cosas que necesita (Sau, 1993).

Esta desigualdad le da la pauta a la hija y al hijo para identificar que es la figura masculina la que ostenta el mando y la libertad de ser. Simone de Beauvoir lo nombra jerarquía de los sexos. La filósofa explica cómo desde los primeros años de vida se descubre y se confirma, en la experiencia familiar, dicha diferencia jerárquica que coloca a la figura masculina en una posición de privilegio por medio de la cultura histórica, literaria, canciones y leyendas que son una exaltación del ser masculino, donde la mujer necesita ser amada y protegida por un hombre (Beauvoir, 1995).

El aprendizaje de esta dinámica de poder desde los primeros años de vida es un modelo de discriminación que no solo se reproduce en las relaciones de género sino también en cualquier otro tipo de imposiciones sociales, tal como lo expresa Sau, al identificar que lo que se vive como dominación social tiene su origen en la dominación de género, en la opresión de la mujer.

La opresión de la mujer, de acuerdo a Celia Amorós, hay que situarla siempre dentro de un orden simbólico ya constituido que redefine culturalmente los papeles del macho y de la hembra humana. Este orden simbólico se establece a partir del establecimiento de categorías que relacionan al hombre con la cultura y a la mujer con la naturaleza debido a su capacidad de gestación y a la manifestación periódica de los procesos fisiológicos (Amorós, 1985).

La dominación de la naturaleza como tarea cultural, se traduce en la dominación naturalizada de la mujer en un sistema social androcéntrico a través de normas, valores, roles y estereotipos. Amorós explica que lo que en un principio era naturaleza se culturaliza y lo que no es más que cultura se naturaliza, dando como resultado el establecimiento de un “deber ser” femenino y masculino que al ser alcanzado tiene siempre el deber de ser lo que es, es decir se consolida la identidad de género como elemento intrínseco de la naturaleza humana.

La identidad de género, señala Teresa de Lauretis, se explica a partir de la experiencia como proceso a través del cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales (Lauretis, 1992). La identidad está atada a nociones de experiencia.

El género tiene pues, una vertiente colectiva que presupone la adaptación de los sujetos a las expectativas de la cultura en la que ha nacido y crecido; y otra vertiente individual que consiste en cómo y en qué medida vive cada cual su género, como mujer o como hombre que puede mantener y afirmar su individualidad sobre las demás personas (Sau, 1993).

El ser humano experimenta la vida de distinta forma si lo hace en cuerpo de mujer que si lo hace en cuerpo de hombre. La experiencia vital se estructura a partir de la noción de pertenencia al género, entre los dos y los tres años. Esta noción va dirigiendo todas las manifestaciones del ser: sentimientos, actitudes que se consideran de niña o de niño, comportamientos, juegos, formas de hablar, palabras utilizadas que serán integradas en la psicología repetidamente a lo largo de la vida.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Este proceso de integración y apropiación no sería posible sin un marco cultural cuya regulación tiene lugar a través de las demandas simbólicas que se plantean en las psiques desde su origen estableciendo la identidad de género.

En el sistema de representaciones sociales, la identidad de género entra en un juego dicotómico, esto es, en un fenómeno universal donde los seres humanos organizan y clasifican sus conocimientos del mundo de forma dual, de modo que cada dimensión tiene su opuesta con la que constituye una organización en polos positivos y negativos, de los cuales surge un conjunto de valores y normas que rigen el deber ser femenino y masculino (Lamas, 1999; Sau, 1993; Lagarde, 1990).

La identidad de género también se refiere a un conjunto de prácticas, materiales y simbólicas estructuradas culturalmente y organizadas desde una posición social particular que permiten establecer un sentimiento de pertenencia a un grupo sexuado y generar la noción de un nosotras o nosotros inserta en un sistema de normas y valores (Meza, 2000).

Estas normas van definiendo la identidad femenina y masculina de acuerdo con cada época y lugar geográfico, sin embargo, diversas autoras exponentes de la teoría de género como Juliet Mitchell, Celia Amorós, Victoria Sau, Marcela Lagarde y Marta Lamas han coincidido en que a la mujer se le educa para que se considere a sí misma como madre y esposa, produciendo una condición de dependencia, egoísmo competitivo con otras mujeres, posesividad, pasividad, falta de visión y conservadurismo.

A esta condición de la mujer en la sociedad y en la cultura Marcela Lagarde le da la categoría de *madresposa*. Ser madre y esposa son dos de los principales componentes asociados a la identidad femenina, incluso aún sin tener hijos se espera una conducta maternal o de esposa centrada hacia las funciones reproductivas y al cuidado de un marido estableciendo relaciones de servidumbre voluntaria (Lagarde, 2011).

Las características propias que forman parte del concepto de maternidad se manifiestan en conductas tales como perdonar incondicionalmente, ser paciente, nutricia biológica y afectivamente, no ser egoísta con la familia, satisfacer las necesidades de sus

hijas e hijos por encima de sus propios deseos, es decir: “ser para otros”, ser un complemento.

Esta condición de *madresposa* que Lagarde refiere permite la comprensión de la manera en que la sexualidad es condicionada para las mujeres con el propósito de procrear para conformar una familia y proporcionar placer al hombre. El ejercicio de su sexualidad⁵ para el propio goce es rechazado, incluso desde la infancia se reprimen sus sensaciones sexuales estableciendo tabúes sobre la masturbación y el encuentro sexual placentero sin la legitimación que le da el matrimonio. Desde la niñez, se le enseña a la mujer a contenerse mostrando decoro durante toda su vida.

Es decir, la sexualidad femenina siempre ha sido conceptualizada en términos de parámetros masculinos que, incluso le asignan a la actividad del clítoris un atributo masculino, mientras la vagina se mantiene como lo pasivo. Estos parámetros mutilan su sexualidad, la reducen al clítoris visto como un pene atrofiado y a una vagina cuya función es ser el albergue del pene (Guerra, 2007) además de esperar, como parte de la identidad femenina, que en el encuentro sexual la mujer sea pasiva y sin iniciativa (Meza, 2000).

El cuerpo, el deseo y el erotismo femenino son vistos en el imaginario colectivo como un aspecto que no debe ser estimulado ni expresado a menos que tenga una orientación de entrega amorosa hacia el hombre que la instruye en el arte del amor y que tiene como destino final la procreación. Marta Lamas nombra a este proceso la expropiación del cuerpo femenino, y explica cómo lo más íntimo y propio de la mujer queda al servicio del otro, ya sea para proporcionar placer o bien para ser conducto de reproducción.

Al mismo tiempo de que atribuyen estos rasgos en el campo sexual, hay otros que se le adjudican a la mujer en relación con la dependencia económica, social, jurídica,

⁵ Hablar de sexualidad es hablar del ser humano integral en su totalidad. Es hablar del ser biológico, psicológico y social en todas las dimensiones que lo conforman de manera entrelazada. Para efecto de esta investigación, la sexualidad será entendida como la experimentación corporal y psicológica del deseo erótico, es decir de la sensualidad y el placer que está vinculada con la experimentación de las sensaciones percibidas por los sentidos que genera en una sensación subjetiva de satisfacción en las necesidades particulares de cada persona.

ideológica y emocional que se identifican a través de las decisiones que ella delega a fin de recibir protección o manutención (Lagarde, 2011).

En la identidad masculina, el ejercicio de la sexualidad tiene un estatus de libertad dentro del marco de la heterosexualidad. Se estimula al hombre a que conozca su cuerpo a través de la masturbación y la satisfacción abierta de su deseo sexual, incluso teniendo tolerancia hacia las relaciones pre y extramaritales. La paternidad no es un elemento clave como en el caso de la identidad femenina lo es la maternidad (Meza, 2000). El punto clave es el ejercicio del poder, aun aquel hombre que se encuentre al margen de una posición de poder en el espacio público de manera general, lo ostenta en el ámbito familiar.

El ejercicio de poder en el ámbito familiar se observa en las decisiones y acciones que se llevan a cabo sobre los hechos, la vida, y de manera particular sobre las mujeres a través de proveer amparo, protección y seguridad (Lagarde, 2011). El cumplimiento de estas acciones justifica cualquier clase de prohibición hacia la persona que se intenta proteger, así como la imposición de órdenes que se deben obedecer.

El aspecto esencial en el ejercicio del poder que consolida la identidad masculina es mandar y ser obedecido. Pierre Bourdieu (1998), desarrolla este tema en *La dominación masculina*, que tiene su lógica en función de un principio simbólico conocido y admitido tanto por el dominador como por el dominado de una manera naturalizada, es decir a través de la violencia simbólica.

Pierre Bourdieu: la identidad de género y la violencia simbólica

Pierre Bourdieu (1998), profundizó en el análisis sociológico de los mecanismos de reproducción de jerarquías sociales, estableció que “la división entre los sexos parece estar en el orden de las cosas” (p. 21), donde tanto el orden masculino como femenino se inscribe a través de los cuerpos por medio de disposiciones que se imponen en tareas definidas para cada uno, así como de enseñanzas propias de comportamiento.

Los rasgos que caracterizan la identidad de género han sido asumidos como parte intrínseca de la propia naturaleza biológica, cuando en realidad, es la diferencia biológica

de la anatomía corporal el fundamento sobre el que culturalmente ha valido para perpetuar la jerarquía entre mujeres y hombres.

Esta perpetuación se encuentra directamente relacionada con las prácticas cotidianas, los roles y estereotipos que se reproducen en todos los ámbitos en que se desarrollan las personas. Bourdieu señala que tanto mujeres como hombres han asumido un deber ser que conforma su identidad femenina o masculina caracterizada por diferentes rasgos.

Los rasgos que conforman la identidad femenina tienen que ver con una actitud sumisa que se observa cuando baja la mirada, acepta interrupciones, sonrío, es abnegada y está callada. Emocionalmente se espera que sea tímida y se avergüence sobre todo en lo que respecta a situaciones de índole sexual, que presente ansiedad o culpabilidad si no tiene una intuición femenina efectiva. La intuición femenina se entiende como la obligación de tener atención y atenciones para el otro, es la vigilancia necesaria que permite adelantarse a los deseos o presentir los disgustos de los demás.

El aspecto corporal, es uno de los más significativos para determinar la identidad femenina. El autor señala que la postura y la vestimenta también distinguen el concepto de feminidad ya que se espera que mantenga la espalda erguida, que disimule el vientre y que sus piernas no estén abiertas ni al sentarse ni al estar de pie. La vestimenta con falda, zapatos de tacón y bolsa suele asociarse a feminidad, pero a la vez limita la libertad de movimientos.

La vestimenta masculina, en cambio, les permite tener una postura relajada, balancearse en la silla o subir los pies al escritorio en actitud de poder, la cual es parte esencial de la identidad masculina junto con la virilidad. La virilidad consiste en la capacidad reproductora, sexual y social, así como la aptitud para el combate y el ejercicio de la violencia con indiferencia emocional.

Ser viril es aprender a ser duro respecto a su propio sufrimiento, pero sobre todo respecto al sufrimiento del otro. La fuerza y la valentía forman parte de la virilidad, así como la represión de emociones que muestren vulnerabilidad como el miedo y la tristeza.

El autor señala que incluso cuando la actitud de un hombre sea caballerosa hacia la mujer, puede contribuir también a mantener a las mujeres al margen de cualquier contacto con todos los aspectos del mundo real para las cuales, históricamente se les ha negado la posibilidad de participar.

Bourdieu expresa que, en estas diferencias, la posición del hombre es de privilegio. Las mujeres y los hombres presentan esquemas mentales que son el producto de la asimilación de estas relaciones de poder. La creencia de que esto es producto de una condición natural de orden biológico que no tiene que pensarse ni afirmarse crea la violencia simbólica.

El concepto de violencia simbólica está directamente relacionado con la naturalización de la diferencia de poder que se asimila como la única realidad social posible:

La violencia simbólica se instituye a través de la adhesión que el dominado se siente obligado a conceder al dominador (por consiguiente, a la dominación) cuando no dispone, para imaginarlo o para imaginarse a sí mismo o mejor dicho, para imaginar la relación que tiene con él, de otro instrumento de conocimiento que aquel que comparte con el dominador y que, al no ser más que la forma asimilada de la relación de dominación, hacen que esa relación parezca natural. (Bourdieu, 1998, p. 51)

Los efectos y las condiciones de la eficacia de la violencia simbólica están inscritos en los cuerpos bajo formas de disposiciones que son producto de un trabajo de eternización dado a través de la familia, la iglesia, el Estado y la escuela. La ruptura de esta relación de dominación simbólica no puede transformarse a partir de la conciencia y la voluntad, sino de una transformación radical de las condiciones sociales que la reproducen en las esferas de producción, reproducción, socialización y sexualidad.

La resignificación simbólica en cada una de estas esferas de subordinación, no se llevan a cabo de manera estratificada, ya que se pueden encontrar distintas formas de resignificación, de acuerdo a la manera en que la experiencia de cada mujer de la pauta para

el cuestionamiento de la historicidad de las determinaciones genéricas que, al ser negociados con el contexto incorpore nuevos sentidos al concepto de ser (Meza, 2000).

En otras palabras, proponer nuevas identidades que propicien relaciones sociales autónomas, que permitan resignificar gradualmente con esos símbolos, que jerarquizan la relación entre mujeres y hombres, dependerá de la experiencia que impulse el desarrollo de la capacidad de agencia y de negociación en cada una de las estructuras de subordinación dando paso a la resignificación de la idea cultural que se tiene sobre el género.

Victoria Sau y el aprendizaje de la feminidad

Victoria Sau (1993) explica la manera en que se lleva a cabo el aprendizaje de la feminidad desde los primeros años de vida a través de un sistema de representaciones que educa permanentemente a los individuos en cada sociedad a través de palabras, gestos e imágenes. Esta educación es sutil, y permite aprender de manera gradual cómo hay que hacer las cosas si se es mujer o si se es hombre. El establecimiento de este deber ser se integra de manera específica a nivel individual y colectivo para actuar sin que nada fundamental cambie, pero lo más importante para que no se perciba la posibilidad de cambio.

Las diferencias en el trato que la sociedad reproduce entre el sexo femenino y masculino son menores cuando aún son bebés, pero desde antes de aprender a hablar ya se identifican diferencias en el trato hacia la o el recién nacido. Por ejemplo, si es niña, los adultos que la miren seguramente expresarán adjetivos como: “bonita”, “graciosa”, “menudita”, pero si es niño se utilizarán frases como: “grande”, “fuerte”, “activo”. Estas palabras, son estímulos verbales que reproducen los estereotipos de género y preparan el camino para que vayan aprendiendo lo que se esperará de cada uno de ellos.

Al llegar a la primera infancia, el juego se convierte en la actividad más sobresaliente del desarrollo humano. A través del juego representan de manera simbólica lo que van aprendiendo del medio en el que se desenvuelven imitando lo que ve y poniéndose en el lugar de otra persona.

El juego, en la infancia, resulta una forma de anticipación de los roles probables a desempeñar en la adultez. El juego no solo es un ejercicio lúdico -correr, saltar, balancearse, golpear una pelota o hacer volar una cometa- sino también un sistema de aprendizaje de normas sociales. Así los juegos que suponen “leyes” a las que se someten dos o más jugadores de fútbol hasta el ajedrez, desde el juego de la oca hasta al parchís. Y luego están los juguetes. Estos determinan en buena medida la clase del juego, y cómo su fabricación, distribución y venta son asunto económico-social, su influencia en la socialización que van a experimentar niñas y niños es muy significativa. (Sau, 1993, p. 12)

La dicotomía de género está representada en los juegos y en los juguetes. La clasificación de los juguetes que se consideran socialmente masculinos se divide en juguetes inspirados en la vida militar y la guerra, los que imitan medios de transporte, competitividad deportiva, dedicados a la construcción y de aventura. Los juguetes que son considerados para uso de las niñas consisten en muñecas, casitas, cocinas, electrodomésticos, estuches de maquillaje o de enfermería.

El análisis de cada uno de estos juegos y juguetes, lleva a la conclusión de que mientras que a los niños se les motiva para expresar rivalidad intra grupal y enfrentamiento físico, estimulando y reforzando positivamente el logro de objetivos individuales, a las niñas se les alienta para evitar la confrontación y desarrollar sentido de protección y empatía hacia los otros, rasgos de las identidades genéricas que se empiezan a ensayar desde la niñez y prepara a cada género a comportarse de la misma manera en la edad adulta.

En el caso de la mujer, se consolida en la esfera de la producción en el espacio privado. El trabajo del hogar se ha asignado de manera casi universal a las mujeres. Sau explica que esto es debido a su facultad de procrear, ya que los cuidados de supervivencia que requiere un recién nacido son asociados a su función dentro del sistema familiar, incluso de manera atemporal para los demás miembros que lo conforman como el marido, la pareja, las hijas y los hijos, ya que, aunque tengan la edad para cubrir por sí mismos sus necesidades de protección, alimentación e higiene, se espera que sea la mujer quien las cubra.

La asignación del deber de satisfacer las necesidades básicas en el núcleo familiar se asigna al colectivo femenino de manera arbitraria, de modo que las mujeres desempeñan estas labores la mayoría de las veces en el hogar, pero si son llevadas a cabo en el campo laboral, por lo regular los puestos que se ocupan son los de: maestra de primaria, enfermera, azafata, secretaria, es decir, actividades que están relacionadas con los cuidados, la atención y el servicio.

El destino que se marca culturalmente al ser humano que ha nacido con sexo femenino, puede ser asimilado por algunas mujeres como si fuera una profesión y la lleva a cabo como tal, pero para otras, este destino cultural es una carga que incluso llega a manifestarse a través de dolores corporales.

Victoria Sau se pregunta el motivo por el que las mujeres se adhieren a este rol. Ella señala que no es nada más para que la vistan y la mantengan como pago en especie, o para saberse útil y necesaria enfundada en un modelo tradicional que evitaría la marginación. Sau, determina que el verdadero motivo es mantener las relaciones de poder encubiertas bajo un velo ideológico-sentimental que alude a que lo que se hace por amor es gratuito.

El amor, forma parte de los atributos femeninos. Los hombres que lo manifiestan son ridiculizados ya que dentro de la conformación de su rol se encuentra claramente la necesidad de ser amados sin tener que corresponder al sentimiento. El amor en la identidad masculina se asume como amor sexual que tiene la finalidad de satisfacer sus propias necesidades fisiológicas, garantizar la reproducción y mantener a la mujer subordinada a su deseo.

El convencimiento de que la capacidad fisiológica de la mujer para gestar y amamantar la dota para proveer de dichos cuidados y servicio, para aquellos que conforman su núcleo familiar, y que esta es la manera de demostrar amor y ser amada, hace más difícil que rechace su rol ya que, aunque la mujer llegue a trabajar, continúa siendo responsable de las labores domésticas llevando a cabo lo que se considera la doble jornada y el acceso al crecimiento profesional se hace más complicado.

La capacidad reproductiva y su delimitación productiva al espacio de lo privado son parte del aprendizaje de la feminidad, que coloca a la mujer dentro de las estructuras de

subordinación que plantea Juliet Mitchell (1985), ya que es dentro del desarrollo de su psique femenina y de su papel ideológico y socioeconómico como madre y ama de casa que la mujer encuentra su propia opresión.

Estructuras de subordinación propuestas por Juliet Mitchell.

La capacidad fisiológica de gestar coloca a la mujer en una posición social de subordinación que se deduce de manera inevitable como si fuera una vocación bio-histórica insuperable que se manifiesta en cuatro estructuras claves: producción, reproducción, socialización y sexualidad. (Mitchell, 1985)

La diferencia biológica de los sexos en cuanto a desarrollo muscular excluyó a la mujer de tareas en la industria o la agricultura ya que implicaban fuerza física, relegándola a la producción dentro del hogar. A medida que las maquinarias prescindían de esta fuerza muscular queda inoperante la premisa sobre la división del trabajo, sin embargo, sigue siendo una idea compartida por ambos sexos que, por la capacidad de procrear de la mujer, se le identifica con el espacio de la naturaleza y se le asignan la maternidad, la crianza de los hijos y las tareas domésticas como espacio de realización personal.

Mitchell (1985), argumenta que el papel de la mujer dentro de la reproducción se ha convertido en el complemento espiritual del papel representado por el hombre en la producción. “Dentro de esta ideología, el parir a los hijos, su crianza y el mantenimiento del hogar, constituye la esencia de la vocación natural de la mujer. Esta creencia ha alcanzado gran fuerza debido a la universalidad aparente de la familia como institución humana” (p. 130).

La colocación en la esfera de reproducción le da a la mujer una valoración inferior en relación al hombre ya que como complemento espiritual se olvida de sí misma y se sacrifica para que los otros miembros de la familia se desarrollen; siempre está dispuesta a actuar en función de los pensamientos, deseos y necesidades de los otros miembros de la familia sin ejercer poder y sin tener acceso a las condiciones para desarrollar su capacidad creativa (Meza, 2007).

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

A partir de esta ideología, el mandato cultural de la maternidad se convierte en el destino que consolidará su identidad femenina. La mujer deberá hacer entrega de sus derechos como humana, es decir, del ejercicio de su voluntad, razonamiento y libertad, en función del bienestar emocional y correcta adaptación y desenvolvimiento social de sus hijas e hijos. La mujer alcanza su definición social principal en esta entrega y sacrificio que se transforma en una mística femenina que es utilizada como opresión.

En esta demanda la mujer se va construyendo como “un ser para otros” (Lagarde, 2011), cuyo cuerpo es utilizado como medio de procreación y objeto de producción de placer para el otro. Su sexualidad es expropiada por lo que el contacto con el propio placer es evitado. El erotismo y la sensualidad se contraponen a la experimentación emocional producto de su represión.

La sexualidad es donde se manifiestan los procesos de la problemática individual y social que presentan las mujeres (Meza, 2000), por lo que esta esfera es el principio de la recuperación de la posición de la mujer de su existencia como humana, aunque Juliet Mitchell sostiene que la modificación debe darse de manera simultánea en las cuatro esferas, ya que si en una de ella no hubiera un cambio, se reforzarían los contenidos de los símbolos tradicionalizados de las otras esferas perpetuando así su acción de violencia simbólica.

El espacio de la sexualidad es un espacio de resistencia a la opresión real que la sociedad y la cultura ejercen. A través del reencuentro de su cuerpo y de las sensaciones que se dan en él, las mujeres inician un proceso que va desde la apropiación de su deseo erótico al deseo de protagonizar su propia resistencia en la sociedad, impugnando los contenidos de las otras tres estructuras (Meza, 2007). En este sentido, la autora expresa que el elemento importante de recuperación es la aceptación de la sensualidad femenina entendida como la capacidad de experimentar las sensaciones que percibe por medio de los sentidos y agrega:

La finalidad de este espacio desaparece cuando las mujeres dejan de regirse por los mandatos culturales, puesto que los símbolos, lenguajes y metáforas mediante los

cuales se reproducía su sometimiento pierden legitimidad ante sus ojos y han sido dotados de nuevos significados. Ésta es una de las principales aportaciones a la teoría: colocar la esfera de la sexualidad como un espacio privilegiado, desde el cual la mujer rebelde impulsa los procesos de resistencia que la fortalecen para generar transformaciones en las tres esferas restantes. (p. 240)

La recuperación de su sexualidad en un sentido propio y no al servicio del otro permite en la mujer la experimentación de la vida en primera persona, es decir, incorpora sin filtro lo que percibe por medio de sus sentidos sin contrastarlo con la escala de valoración impuesta por el sistema social androcéntrico, al contrario, lo asimila de manera legítima y lo acepta.

Esta aceptación de su sensualidad femenina le brinda la capacidad de distinguirse en su calidad humana por sí misma, no desde una posición de complementariedad sino de protagonismo que le brinda el poder de decisión sobre su cuerpo en la expresión afectiva, el placer erótico y en la acción. Este poder de decisión sobre el propio cuerpo se extiende hacia las demás decisiones sobre su existencia porque le permite desarrollar la autoconciencia y la individualidad a través de la reflexión.

A partir de la reflexión de la mujer el discurso simbólicamente impuesto en las cuatro esferas de subordinación, puede ser modificado. Cuando las mujeres reconstruyen su propia subjetividad al pensar, nombrar, criticar y alterar su comportamiento en el aspecto de la producción, la reproducción, la socialización y la sexualidad surgen actos de resistencia que lo desarticulan y dan vida a nuevas identidades. Estas nuevas identidades al ser negociadas consigo misma, con la pareja, la familia y la sociedad propician el surgimiento de cambios en el ordenamiento social, político y cultural.

Resistencia al establecimiento jerárquico en las relaciones de género

El rechazo a las explicaciones tradicionales de la diferencia entre mujeres y hombres en las prácticas cotidianas encuentra en la teoría de género un amplio campo de análisis. La resistencia se da justamente en la resignificación de los símbolos que desnaturalizan el discurso social androcéntrico desafiándolo desde dentro y en sus propios

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

términos con la finalidad de proponer nuevos discursos basados en relaciones sociales imaginadas desde una subjetividad femenina.

Teresa de Lauretis (1992), señala que la resistencia se conforma de prácticas micropolíticas de la vida diaria, ya que según lo explica, es en las resistencias cotidianas en donde se encuentra la capacidad de agencia y la obtención de estrategias de empoderamiento que llevan a una construcción diferente de género que desafíen la dinámica de poder asumida entre mujeres y hombres a la vez que resignifican los símbolos tradicionalizados al ser negociados con el contexto.

La resistencia es la capacidad de autodeterminación en aquellos procesos que involucran el poder de decisión sobre el cuerpo femenino: el contacto y la sensualidad del propio cuerpo, así como la expresión del erotismo. Al tomar conciencia de su calidad de objeto sexual se potencializa el proceso de autorreflexión que transforma las estructuras sobre la que descansa la condición de desigualdad y subordinación de la mujer (Meza, 2007).

La transformación de las estructuras se identifica a través del ejercicio del derecho de disfrutar de los frutos del propio trabajo, del dominio sobre la capacidad reproductiva y la manera de experimentar la maternidad, del derecho sobre el propio cuerpo y el ejercicio de una sexualidad para el placer (no necesariamente heterosexual) así como la redefinición de los contenidos e instituciones de los procesos de socialización que reproducen la ideología de la feminidad y masculinidad (Meza, 2007).

La clave para conseguirlo es una revolución simbólica. Instaurar otro orden simbólico requiere desaprender los contenidos previos, desimbolizar los mitos fundantes de la identidad femenina porque es en el nivel de lo simbólico donde se encuentra el poder de trastrocamiento y de cambio social (Amorós, 1985; Lagarde, 1990; Meza, 2007), sin embargo la estructura social y la redefinición de papeles sociales de mujer y hombre puede no estar aún construida de manera fáctica, pero encuentra eco en el universo simbólico que se refleja en el campo de las artes, particularmente en la literatura, espacio rico en

simbolismos, donde se plasman las relaciones sociales, entre géneros así como las expectativas del rol y resistencias.

En efecto, el espacio de la creación literaria escrita por mujeres representa un esfuerzo fecundo para el análisis de aquellas acciones de ruptura y resistencia al sistema social androcéntrico. Lucía Guerra explica que representarse a sí misma significa transgredir las sólidas construcciones culturales para incursionar en lo no representado y lo no legítimamente representable (Guerra, 2007).

Es en este sentido que el espacio literario se construye como uno en el que se puede observar las resignificaciones de las y los personajes, así como los actos que dan lugar a nuevas configuraciones identitarias, ya que como menciona Lauretis (1992): “Las estrategias de la escritura y de la lectura son formas de resistencia cultural” (p. 17).

En la literatura, la observación de la resistencia remite a los procesos simbólicos que los personajes femeninos elaboran a partir de la resignificación de los conocimientos, normas y valores que las instituciones imponen a través de diferentes discursos respecto a un deber ser. Esta resignificación está en relación con la posición de la mujer en ciertos contextos de interacción a lo largo de su vida ya que, al ser negociados socialmente, le ayudan a cimentar una relación consigo misma que propicie nuevas construcciones simbólicas.

La resistencia de las mujeres y las transformaciones tanto en el plano de la subjetividad femenina como en el de las condiciones objetivas representan en sí mismas otra forma de sociedad basada en principios de equidad, respeto y tolerancia. Es en este sentido que el espacio literario se construye como uno en el que se pueden observar las resignificaciones de las y los personajes, así como los actos de resistencia que dan lugar a nuevas configuraciones identitarias y la negociación con el contexto social.

Capítulo III

Estrategia interpretativa de análisis literario

El objetivo general de esta investigación es explicar cómo son y de qué manera se interioriza la jerarquización dada por la simbolización cultural de la diferencia sexual dentro de la representación de la familia en la literatura escrita por mujeres, así como la resistencia al ejercicio del poder que ejercen los personajes masculinos o bien que es validada y reproducida por personajes femeninos.

Para alcanzar este objetivo, se pretende identificar los rasgos y atributos que conforman las identidades de género, analizar las relaciones entre mujeres y hombres que se entablan con los integrantes de la familia así como las expectativas del rol, revelar los aspectos donde se manifieste el ejercicio del poder y la aceptación desapercibida en las relaciones familiares además de identificar las manifestaciones que muestren roles y estereotipos alternativos como expresión de resistencia a la subordinación en el ejercicio de poder.

El espacio clave que se plantea en el objetivo de esta investigación es la representación de la familia en la literatura. Identificar la manera en que se relacionan los personajes de cada uno de los cuentos, permitirá a su vez detectar la forma en que se simbolizan las diferencias sexuales naturalmente jerarquizadas, bajo la hipótesis de que las mujeres se resisten a dicha naturalización.

A través de la literatura se ordena, articula e interpreta la experiencia de los personajes; se exploran los límites de lo inteligible y permite ilustrar y elaborar la crítica de la vida cotidiana. La situación social, política y simbólica que rodea al texto literario como producto cultural tiene una función cognoscitiva y afectiva que recrea situaciones humanas.

El análisis de los textos literarios se enfoca a las creencias, conocimientos y prohibiciones que se producen y reproducen dentro de un universo de símbolos organizando la identidad de género a partir de las vivencias de la diferencia sexual.

Los elementos de análisis que se proponen se encuentran en relación con las cuatro esferas de subordinación: producción, reproducción, socialización y sexualidad a partir del

concepto de género como categoría teórica y de análisis; así como del concepto de violencia simbólica aplicado en el contexto de las identidades genéricas por Pierre Bourdieu⁶.

Las identidades genéricas, femenina y masculina, se caracterizan por medio de estereotipos y roles los cuales son señalados por la teoría de género y Bourdieu detalla minuciosamente en su obra. Esta caracterización se convierte en los elementos de análisis para los textos literarios propuestos en el corpus.

Elementos de análisis en la crítica literaria feminista

El análisis de un texto literario como objeto de estudio de la crítica literaria feminista tiene como eje de análisis la desigualdad social tomando el concepto de género como elemento clave e identificando en los textos literarios escritos por mujeres, la construcción de las identidades genéricas, y las propuestas identitarias alternativas que al ser negociadas con el contexto social dan lugar a nuevas formas de sociedad.

Para el caso de esta investigación, la identidad genérica se observa a través de estereotipos y roles, normas y valores de las y los personajes que se revelan a través de la trama del cuento. Esos rasgos se pueden clasificar en cada una de las cuatro esferas de subordinación propuestas por Juliet Mitchell.

Los elementos de análisis en la crítica literaria feminista propuesta como estrategia metodológica e interpretativa se concentran en las relaciones entre los miembros de la familia representada en el cuento, el proceso de reflexión de cada personaje identificado a través del diálogo o pensamientos, la expresión del poder androcéntrico, y el rechazo o gestos de ruptura de las y los integrantes de la familia respecto a esa expresión del poder vertical y arbitraria.

⁶ El concepto de violencia simbólica aplicado en el contexto de las identidades genéricas lo desarrolla Pierre Bourdieu en su libro *La dominación masculina*. El autor señala que la dominación masculina y la manera en que se ha impuesto y soportado la sumisión femenina es consecuencia de una violencia amortiguada, insensible e invisible para sus propias víctimas ya que se ejerce a través de caminos puramente simbólicos de la comunicación y el conocimiento a partir de una característica corporal absolutamente arbitraria e imprevisible (Bourdieu, 1998).

Interesa, asimismo, fijarse en la capacidad de agencia de las mujeres representadas en el personaje de la madre o las hijas, en principio, y los procesos de resignificación de los símbolos que generan esa subordinación y de negociación al interior de la familia como agencia primaria de socialización; y al exterior de la familia como espacio utópico.

En el nivel epistemológico se parte del concepto de experiencia tal como la concibe el discurso feminista, este concepto es crucial para la teoría porque incide sobre los grandes temas de discusión: la subjetividad, la sexualidad, el cuerpo y la actividad política feminista:

La experiencia es el proceso por el cual se construye la subjetividad para todos los seres sociales. A través de ese proceso uno se ubica o es ubicado en la realidad social y de ese modo percibe y comprende como subjetivas (referidas a y originadas en uno mismo) esas relaciones –materiales, económicas e interpersonales- que de hecho son sociales y, en una perspectiva más amplia, históricas (Lauretis, 1992, p. 253).

En el nivel metodológico se pretende construir conocimiento científico a partir de la identificación de las estructuras de mediación y la huellas de lo social en la experiencia individual, tal como lo sugiere Rossana Reguillo cuando señala que la narrativa es el relato a través del cual los actores articulan instituciones, valores y creencias en un tiempo y en un espacio (Reguillo, 2000).

En el texto literario, visto como relato, hay evidencia de un conocimiento discursivo histórico que se va sedimentando en la sociedad, de tal manera que se vuelve natural y se articula con instituciones, valores y creencias, que no solamente tiene una capacidad expresiva sino un poder constructivo en el orden social. En esta investigación, esas huellas o anclajes se refieren a los roles, normas y valores que prevalecen en los símbolos tradicionalizados que expresan las cuatro esferas de subordinación.

Los elementos que se pretende identificar son los gestos de ruptura respecto a los mandatos culturales de la femineidad y la masculinidad. La identificación de estos gestos de ruptura tiene la finalidad de visibilizar aquellos indicios de reapropiación del cuerpo y del deseo relacionados con la experiencia de una sexualidad subjetiva en los personajes

femeninos y los cambios que genera en las esferas de la producción, reproducción y socialización, así como en la afectividad y sensibilidad de los personajes masculinos que permita la transición a construcciones alternativas de las identidades de género en mujeres y hombres.

Criterios de selección

El tema de la presente investigación es “Familia y simbolización cultural de la diferencia sexual en el cuento escrito por mujeres de México y Centroamérica” Por ello, la selección de los textos que integran el corpus de análisis obedece a los siguientes criterios:

El primer criterio de selección de los textos literarios consistió en la delimitación literaria del género narrativo, en este caso se eligió el cuento por las características de brevedad en la historia que cuenta y el número reducido de personajes.

El criterio de selección respecto a la autoría se centró en escritoras y escritores mexicanos, sin embargo, en la búsqueda de producción literaria de diversas antologías se encontró que los resultados tenían como foco principal temáticas distintas a la interacción familiar. La revisión de antologías que contenían cuentos de escritoras centroamericanas permitió identificar cuentos que se desarrollan en el ámbito familiar, por lo que se decidió elegir aquellos que fueron escritos en español por autoras nacidas en Centroamérica durante el siglo veinte.

La historia contada en cada cuento debía contextualizarse dentro de una dinámica familiar y contener personajes que conformaran la representación de una familia, es decir que hubiera una relación de parentesco consanguíneo que mostrara la interacción entre las y los personajes.

La característica de la interacción entre los miembros de la familia representados en el cuento debía mostrar mandatos culturales de un deber ser femenino y masculino, así como una respuesta por parte de las y los personajes a la imposición tácita o implícita de dichos mandatos conforme al concepto de violencia simbólica de Bourdieu.

Clasificación de estereotipos y roles en las esferas de subordinación

Como se mencionó con anterioridad, la propuesta de análisis se desarrolla dentro del marco de las cuatro esferas de subordinación (producción, reproducción, socialización y sexualidad), en función de la identificación de los roles y estereotipos que representan el deber ser femenino y masculino plasmado en los personajes de cada cuento seleccionado.

Las esferas de la producción y de la reproducción caracterizan a la identidad femenina por la expectativa de ser madre y/o esposa empleando su tiempo en labores del hogar no remuneradas, tomando una actitud de servicio y atención hacia los miembros de su familia.

Esta atención y servicio consiste en tener dispuestas las cosas que necesitan como hacer la comida, lavar y planchar la ropa, limpiar la casa, mantener la higiene de las y los hijos. Estas actividades la orillan a mantener una dependencia económica, social, jurídica, ideológica y emocional.

En este ámbito se espera de la mujer que satisfaga las necesidades de los demás antes que las propias haciendo uso efectivo de su intuición femenina. La intuición femenina se puede identificar a través de la forma en que se adelanta a los otros o bien de la forma en que presiente las emociones de los demás con el objetivo de dar una respuesta de atención.

El estereotipo de proveedor que se establece culturalmente como parte de la identidad masculina en la esfera de la producción, se constituye a partir de ciertos roles entre los cuales destaca el trabajar en el espacio público recibiendo un sueldo, es decir, emplea su tiempo en labores remuneradas fuera del hogar lo que le permite gozar de independencia económica, social, jurídica, ideológica y emocional.

La capacidad biológica que tiene la mujer de gestar es utilizada culturalmente para referirse a la maternidad como elemento constitutivo del ser mujer, que implica no solamente gestar y parir, sino criar y sacrificarse para cubrir las necesidades físicas y psicológicas de las hijas y los hijos.

En la identidad masculina el aspecto de la paternidad no ocupa una posición central, sin embargo, sí la tiene el mostrar virilidad a través de distintos encuentros sexuales de tipo coital, ser servido y no servir, además de la indiferencia emocional que se fomenta desde

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

los primeros años de vida, no solo hacia el otro sino hacia sus propias emociones de temor o tristeza.

En el sistema social androcéntrico, el hombre es el que ostenta el poder en la familia, el poder de decisión, en los procesos familiares que tienen que ver con la esposa, las hijas y los hijos.

La esfera de la socialización debe entenderse como el proceso a través del cual se legitiman y reproducen los roles y estereotipos que le dan a las mujeres y hombres su identidad de género. Es el “deber ser” mostrado de diferentes formas por medio de los cuales se transmiten los valores y las normas de comportamiento a través del moldeamiento y modelamiento que se obtiene de la figura materna y paterna.

Esta socialización se da a través de verbalizaciones explícitas que contienen las expresiones directas de un deber ser, ya sea femenino o masculino, en función de los rasgos identitarios reconocidos culturalmente al momento o a través del modelamiento, es decir aquellas respuestas comportamentales que se observan cotidianamente en la interacción con los miembros de la familia.

Las expectativas de comportamiento varían en función del género. En la mujer se espera actitud sumisa que se manifiesta a través de la timidez, bajar la mirada, aceptar interrupciones, sonreír de manera sistemática (aun cuando no se corresponda a la emoción que experimenta), ser abnegada renunciando a los propios deseos, afectos o intereses personales, estar callada, mostrar paciencia, evitar emociones humanas como el enojo o disposiciones egoístas o envidiosas, pedir permisos y dar explicaciones sobre sus decisiones y sus actos.

En el hombre, se espera que muestre actitudes de poder como mandar a los miembros de su familia incluida la esposa, lo cual conlleva a no pedir permisos, imponer órdenes y prohibiciones; tomar decisiones que le corresponden a la pareja o a las y los hijos a cambio de brindar amparo, protección y seguridad. Se espera que obtenga pronto lo que desea, reprimiendo emociones como el miedo o la tristeza.

En esta investigación, se considera que la esfera de la sexualidad rebasa los límites del encuentro coital ya que comprende el cuerpo, la sensualidad y el erotismo. Es la piedra angular para la equidad social en las relaciones entre mujeres y hombres al considerar que el ejercicio pleno de la sexualidad dota a su vez de una conciencia autónoma que se contrapone a la subordinación.

Para el análisis de esta esfera, se propone una división esquemática en la que se identifiquen aspectos relacionados con la corporeidad por un lado y con el ejercicio propio de la sexualidad por el otro. Los elementos que caracterizan esta esfera se encuentran ubicados dentro de las estructuras de subordinación que, a su vez, al ser cuestionados y negociados con el contexto a partir de la propia experiencia, se convierte en un espacio de resistencia frente a los mandatos culturales impuestos.

De este modo se determina que en la esfera de la subordinación de la sexualidad que corresponde a la corporeidad, los indicadores (roles y estereotipos) que se esperan para la mujer están enfocados a su cuerpo, por ejemplo: mantener una postura corporal erguida, disimular el vientre, mantener las piernas juntas tanto al estar sentadas como al estar de pie, utilizar ropa que resalte su figura, maquillarse, así como utilizar accesorios que limitan su movilidad y la sensualidad del cuerpo.

En cuanto al ejercicio de su sexualidad, se centra la atención en la función reproductiva, rechazo al propio goce y placer obtenido del autoerotismo, sexualidad pasiva sin iniciativa, desconocimiento del propio cuerpo y de su funcionamiento, vergüenza al hablar de sexualidad, ejercicio de la sexualidad limitado dentro del campo del matrimonio, reproche a la pluralidad de compañeros sexuales que no garantice la pureza y la virginidad así como el reproche al ejercicio de la sexualidad extramarital.

En la identidad masculina, el aspecto de la sexualidad es considerablemente distinto ya que no solo tiene un estatus de libertad que se aprecia y fomenta el ejercicio con diversas compañeras sexuales sin que medie la exigencia del matrimonio, sino que también se esperan conductas de exploración sobre el propio cuerpo.

La restricción que se le impone es la heterosexualidad ya que el reproche por el ejercicio bisexual u homosexual tanto erótica como afectivamente se asocia con la falta de

virilidad. La virilidad se identifica por medio de la fuerza y la valentía, así como de la represión del miedo y la tristeza que muestren dureza ante el sufrimiento propio y de los demás.

La tabla que se muestra a continuación establece de manera comparativa estas diferencias y permite a su vez establecer los elementos de análisis en las estructuras de subordinación que propone Juliet Mitchell (Tabla 1).



Tabla 1.

Cuadro comparativo de estereotipos y roles en la identidad femenina y masculina de acuerdo con las estructuras de subordinación de Juliet Mitchell.

Estructuras	Indicadores (estereotipos y roles)	
	Identidad femenina	Identidad masculina
Producción	<ul style="list-style-type: none"> División del trabajo en la esfera privada/pública 	Emplear su tiempo en labores del hogar no remuneradas Actitud de servicio para los miembros de la familia. Hacer la comida Lavar y planchar la ropa Limpiar Dependencia económica, social, jurídica, ideológica y emocional.
Reproducción	<ul style="list-style-type: none"> Procreación 	Maternidad Referencia al ser madre como elemento constitutivo de ser mujer.
Socialización (La familia es la agencia de socialización primaria, entre otras agencias de socialización están la escuela, la iglesia, los grupos de pares y los medios de comunicación masiva).	<ul style="list-style-type: none"> Educación verbal (moldeamiento) 	Expresiones verbales del deber ser femenino Transmisión de valores y normas que caracterizan a la mujer a través de cuentos, canciones, chistes, refranes, películas, programas de televisión. Recibir ordenes
	<ul style="list-style-type: none"> Educación no verbal (modelamiento) 	Actitud sumisa (timidez, bajar la mirada, aceptar interrupciones, sonreír de manera sistemática) Abnegación (Renuncia voluntaria a los propios deseos, afectos o intereses en beneficio de otras personas). Intuición femenina (adelantarse a los deseos de los demás, presentir emociones de los demás) Mostrar paciencia Evitar muestras de enojo o disposiciones egoístas o envidiosas. Obedecer Pedir permiso Dar explicaciones

Estructuras	Indicadores (estereotipos y roles)	
	Identidad femenina	Identidad masculina
Sexualidad (Cuerpo, sensualidad y erotismo)	<ul style="list-style-type: none"> • Corporalmente: 	Espalda erguida y vientre disimulado Piernas cerradas al estar de pie o sentada Uso de ropa que resalte la figura Uso de accesorios que limitan movilidad Maquillaje que resalte los rasgos.
	<ul style="list-style-type: none"> • Ejercicio de la sexualidad 	Centrada en la función reproductiva Rechazo al propio goce y placer obtenido del autoerotismo Sexualidad pasiva sin iniciativa Desconocimiento del propio cuerpo y de su funcionamiento Vergüenza al hablar de sexualidad Ejercicio de la sexualidad limitado dentro del campo del matrimonio Reproche a la pluralidad de compañeros sexuales que no garantice la pureza y la virginidad Reproche al ejercicio de la sexualidad extramarital.
		Cuerpo fuerte Postura relajada Vestimenta que no limite el movimiento Centrada en la obtención de placer y para mostrar virilidad. Aceptación y estimulación al autoerotismo Sexualidad activa mostrando iniciativa Ejercicio de la sexualidad permitido dentro y fuera del campo matrimonial o prematrimonial. Exigencia del ejercicio de su sexualidad en el marco de la heterosexualidad.

Tabla comparativa de roles y estereotipos que caracterizan la identidad femenina y masculina. Elaboración del cuadro comparativo con base en las estructuras de subordinación propuesta por Juliet Mitchell en combinación con las características de identidad obtenidas de Marcela Lagarde, Consuelo Meza, Victoria Sau y Pierre Bourdieu.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

El elemento clave que se contrapone a esta concepción tradicional de los roles y estereotipos es la resistencia en cada una de las cuatro esferas. La resistencia se observa en los textos literarios, cuando las y los personajes rechazan los significados que la cultura otorga a los símbolos que establecen los mandatos sobre la forma de ser mujer y hombre que conducen al establecimiento de una relación jerárquica, las desafía y a la vez propone nuevos discursos que construyan identidades de género alternativas fuera de la dicotomía jerarquizante.

En otras palabras, la resistencia rechaza y desafía los mandatos tradicionales de cómo debe ser una mujer y un hombre, elaborando y resignificando los conocimientos, normas y valores en relación con la posición que culturalmente se le otorga a mujeres y hombres.

En los personajes femeninos se identifica por medio de la autodeterminación de aquellos procesos que involucran el poder de decisión sobre su cuerpo, el contacto y la sensualidad, así como la expresión del erotismo. La apropiación del cuerpo y del deseo conducen asimismo a la apropiación del deseo de protagonizar la propia historia y de la sociedad.

El poder de decisión sobre su cuerpo incluye el dominio sobre la capacidad reproductiva y la manera de experimentar la maternidad sin negarse al goce del placer producido por sí misma o en relación con otros personajes ya sean femeninos o masculinos.

Las estrategias de resistencia se reflejan en la cotidianeidad y se observa en la representación de los personajes femeninos que muestran la posibilidad de imaginar identidades alternativas autónomas y autodependientes que experimentan la vida en plenitud en la expresión literaria.

Esta resistencia muestra alternativas en el deber ser de mujer mostrando otras formas de ser en el mundo a partir de un proceso de resignificación de los conocimientos, normas y valores en relación con la posición que culturalmente se les otorga a mujeres y hombres. La decisión sobre su cuerpo, el contacto y la sensualidad, así como la expresión del erotismo permitiéndose el goce del placer producido por sí misma o en relación con otros personajes ya sea femeninos o masculinos. El dominio sobre la capacidad

reproductiva y la manera de experimentar la maternidad, así como la construcción de imágenes femeninas alternativas en la esfera de producción, reproducción, socialización y/o sexualidad.

Propuesta de corpus

La selección de cuentos propuesta para esta investigación tuvo como criterio principal la representación de una familia donde se plasmara la interacción entre sus miembros. Esta interacción debía tener como característica la reproducción de roles y estereotipos tradicionalmente asociados a la identidad femenina y masculina, así como las normas y valores que los reproducen en las cuatro esferas de subordinación: producción, reproducción, socialización y sexualidad.

Los personajes femeninos y masculinos de cada uno de los cuentos representan a personas de diferentes edades, desde la niñez hasta la edad adulta tardía en distintos contextos sociales. Las reacciones que las protagonistas de los cuentos muestran ante las imposiciones culturales del deber ser son interpretadas bajo la categoría de resistencia.

Se analizan cuentos de escritoras mexicanas y centroamericanas cuya trama gira alrededor de la interacción familiar. En un primer momento el interés investigativo se inclinó por analizar cuentos de escritoras y escritores mexicanos que cumplieran con el criterio señalado.

La búsqueda de los cuentos permitió identificar que aquellos escritos por mujeres eran los que coincidían con las características de representación familiar y que las preocupaciones de los escritos realizados por autores masculinos giraban en torno del protagonismo social por lo que se amplió el criterio tomando en consideración a escritoras centroamericanas que también representaban la interacción entre los miembros de la familia abordando rasgos de identidad femenina y masculina.

Es por esta razón que el corpus de análisis propuesto en esta investigación se compone de tres cuentos escritos por mujeres mexicanas, tres por hondureñas y uno por una nicaragüense. El orden en el que se presenta cada uno de estos cuentos para su análisis obedece al grado de rechazo a los mandatos culturales del deber ser femenino que muestran

las protagonistas, desde la mínima hasta la franca resistencia que propone alternativas en la configuración de la identidad femenina.

El análisis comienza con el cuento de la nicaragüense Irma Prego (n. 1993 m. 2000): “Una mujer llamada Carmela”. Este cuento fue publicado originalmente en el libro *Mensaje al más allá* en 1986. La protagonista es Carmela, una mujer casada con un hombre que es adicto al trabajo y con quien convive muy poco los fines de semana. Ella se esmera por agradar a su esposo desde el quehacer culinario, lleva a cabo las labores de limpieza y se encarga del cuidado de los hijos con la esperanza de que su esposo lo reconozca, pero cuando a cambio recibe malos tratos por parte de él, Carmela se sume en un estado depresivo que tiene como consecuencia la desesperanza y el aniquilamiento de su propia identidad. Carmela no cuenta con los elementos simbólicos y materiales que le permitan romper con el deber ser.

“La libertad”, de la hondureña Leticia de Oyuela (n. 1935 m. 2008), publicado en el año 2001, cuenta la historia de Bienvenida Quiñonez que desde pequeña es adiestrada en las labores del hogar. Cuando ella crece se casa con un abogado con quien tiene un hijo y una hija. Bienvenida se dedica a la atención total de su esposo, sus hijos y la casa durante muchos años y con el tiempo ella no obtiene satisfacción de estas labores, ni se siente valorada. Ella se da cuenta de que solamente vive para complacer a su marido lo que genera en ella un sentimiento de odio que no acepta. Ella desea liberarse de esta insatisfacción, deseo que representa un esbozo de resistencia. Con el tiempo, su marido se va de la casa y surge en la protagonista un sentimiento de ineficacia por no poder hacerse cargo de su familia que incluso la lleva a añorar la presencia de su esposo.

“Mina”, de la mexicana Guadalupe Loaeza (n. 1946) fue publicado en 1999. El nombre del cuento proviene del diminutivo del nombre de la protagonista: Guillermina. En esta trama, la autora cuenta la historia de una mujer desde la niñez hasta la adultez tardía. Desde el comienzo del cuento se establece un eje religioso que está presente en todas las etapas que se relatan en el cuento. El personaje del padre se muestra violento hacia los diferentes miembros de la familia. El miedo y la dependencia, infundado por el padre y la religión, van coartando su desarrollo. El personaje del padre funge como guardián de su

sexualidad prohibiéndole salir con muchachos, sometiéndola a su voluntad. Ella se resiste a esta condición, pero los preceptos religiosos y valores familiares que le inculcaron desde la infancia limitan el paso a la acción. Mina llega a la vejez con un profundo sentimiento de soledad.

“Cabecita blanca” de la mexicana Rosario Castellanos (n. 1924 m. 1974) publicado en el libro *Álbum de familia* en el año 1971, cuenta la historia de una mujer de edad avanzada, de cabecita blanca, que es viuda. Ella se llama Justina y contempla la forma en que sus dos hijas y su hijo en la etapa adulta se desenvuelven de manera distinta a las expectativas que tiene de cada uno de ellos. Justina recuerda como fue el inicio de su vida matrimonial, sus dudas respecto a la sexualidad, el sufrimiento de los embarazos, el alivio del alejamiento de su esposo y la aceptación de la relación extramarital que entabló con su secretaria después de que nacieron sus hijos. Durante el cuento se pueden distinguir aquellos preceptos que Justina tiene sobre el deber ser de una mujer y de un hombre, expectativas que no se cumplen por parte de ninguno de sus tres hijos. Luis, el hijo mayor nunca se casa y en cambio vive en su departamento con un compañero diferente cada vez. La segunda hija, Carmela se casa con un hombre que se desaparece luego de que nace su hijo y la tercera hija, Lupe no se casa, se queda a vivir en casa de Justina, aunque algunas noches no llega a dormir porque se queda con alguna amiga y no le da cuentas a nadie.

“El domingo y los otros días”, de la mexicana Ethel Krauze (1954) fue publicado en 1982. La protagonista es una niña que va describiendo la dinámica familiar que se desarrolla cada domingo con su mamá, papá, hermano mayor y hermana menor cuando van a visitar a las abuelas. En el cuento también aparecen dos personajes femeninos que llevan a cabo las labores domésticas en la casa. La niña que va describiendo los acontecimientos dominicales también relata lo que ocurre otros días de la semana, de ahí el título del cuento. En este cuento puede verse la representación violenta de un padre enojado que maltrata a su familia tanto física como psicológicamente, una madre dependiente económica y emocionalmente del esposo. La madre, a pesar de tener una carrera universitaria, se dedica al cuidado de sus hijas e hijo, a interceder por ellos para amortiguar el maltrato y a darle órdenes al servicio doméstico. La niña que relata la historia presenta un proceso de

reflexión sobre lo que observa, expresa aquellas cosas que no le gustan y que ella no quisiera hacer cuando sea grande, es decir, muestra resistencia.

“Rosario”, de la hondureña Aída Castañeda (1940) fue publicado en 1995. Este cuento recibe su nombre de la protagonista. La historia podría dividirse en dos momentos. El primero en el que se retrata a una mujer desposeída de valor como ser humano útil solamente para los quehaceres domésticos y el cuidado de sus hijos que ni siquiera la llaman mamá, víctima de maltrato emocional por parte de su esposo que es un general del ejército. La segunda fase, muestra a una mujer que ha decidido romper con esta situación. Rosario, con estudios académicos, encuentra un trabajo que la hace desarrollar su potencial, recibe dinero y se descubre sensual. Ella se recupera a sí misma. Sintiéndose segura exige respeto a su marido y a sus hijos quienes la ven admirados. El cuento de Rosario brinda elementos para apreciar la manera en que la protagonista rechaza el rol de esposa sumisa y madre abnegada al servicio de su familia y se convierte en una mujer autodependiente.

Por último, se analiza el cuento “Señorita en la cuadra” de la hondureña Lety Elvir (1966) escrito en el año 2005. La protagonista es una niña de once años. La historia comienza a partir de que ella tiene su primera menstruación y tanto su madre como su abuela empiezan a imponer una serie de restricciones a las que ella se resiste. La menarca, es la señal de que se ha convertido en señorita y por lo tanto debe ser instruida en el deber ser femenino. La madre se preocupa por enseñarle a cocinar para que en un futuro no la vaya a violentar un hombre por no saber hacerlo. La abuela insiste en la importancia del cuidado del cuerpo, sobre todo de la virginidad; además de prohibirle seguir con sus actividades normales en los días que la menstruación se presente ya que podría causar daño a sí misma o a la huerta. Pero la protagonista es curiosa y duda de lo que le dicen. Ella desafía los mandatos de su madre y de su abuela. Explora su cuerpo, come lo que quiere, camina por donde quiere, incluso hasta en los días de su menstruación. Descubre que ni su madre ni su abuela tienen razón. Puede verse en el desenlace de esta historia como la protagonista se apropia de su cuerpo, experimenta placer que expresa con gritos por lo que todos los vecinos descubren que hay señorita en la cuadra. Ella crece siendo una mujer autónoma que hace lo que quiere y que “no depende de un hombre para ser”.

Capítulo IV

Análisis de los cuentos

En este capítulo se realiza el análisis de los cuentos seleccionados a través de la identificación de aquellas características que coinciden con los roles y estereotipos que constituyen las identidades de género en la dinámica de relación familiar que las y los personajes llevan a cabo dentro de las estructuras de producción, reproducción, socialización y sexualidad; así como de los gestos de ruptura que muestran el proceso de resistencia a los mandatos culturales tradicionales sobre el deber ser femenino y masculino.

Los cuentos que se analizan son siete; tres de escritoras mexicanas y cuatro de escritoras centroamericanas. El recorrido de análisis comienza con el cuento: *Una mujer llamada Carmela*, de la nicaragüense Irma Prego; continúa con *La libertad*, de la hondureña Leticia de Oyuela; *Mina* de la mexicana Guadalupe Loeza; *Cabecita blanca*, de la mexicana Rosario Castellanos; *El domingo y los otros días*, de la mexicana Ethel Krauze; *Rosario*, de la hondureña Aída Castañeda y termina con *Señorita en la cuadra*, de la hondureña Lety Elvir.

Los cuentos de las escritoras mexicanas están disponibles en la antología *A través de los ojos de ella*, publicada en 1999 por Brianda Domecq. Los cuentos de las escritoras centroamericanas se encuentran en la antología *Penélope*, la cual fue publicada en el año 2017 por Consuelo Meza Márquez.

El orden en el que se presenta cada uno de estos cuentos está en función de la resistencia que muestran las protagonistas al sistema social androcéntrico, es decir, de la ausencia de expresiones de rechazo a las imposiciones tradicionales sobre el deber ser femenino hasta la franca resistencia. Cada uno de los cuentos analizados inicia mostrando un panorama general de la trama para dar paso a la identificación de aquellos episodios que ilustran las categorías de análisis.

Una mujer llamada Carmela

El análisis de los cuentos comienza con *Una mujer llamada Carmela* de la nicaragüense Irma Prego. Los personajes son Carmela y su esposo del que no se menciona nombre, solamente que era un hombre adicto al trabajo que constantemente entraba en reclamos y acaloradas discusiones con su esposa. También hace referencia a sus hijos sin que se sepa a cuántos se refiere ni el nombre o edad de cada uno de ellos.

La historia narra la manera en que un domingo, Carmela decide hacer de comer algo novedoso que no implique mucho tiempo: unos jitomates rellenos. Ella disfruta el proceso de preparación desde ir al mercado por los ingredientes hasta arreglarse y decorar la mesa, pero cuando llega el momento de comer, la respuesta de su esposo es contraria a lo esperado. Él menosprecia lo que ha preparado y le reclama que no toma en cuenta sus gustos generando un ambiente de silencio y de tensión.

A partir de esta experiencia, Carmela se descalifica e insulta a sí misma convenciéndose de que no vale nada. Este pensamiento se intensifica hasta el punto en el que se anula como persona para mimetizarse con los artículos domésticos con los que hace las labores de limpieza en el hogar, para convertirse en una carmela, es decir, en ese utensilio de cocina parecido a una parrilla con los bordes bajos y el fondo ondulado que sirve para tostar o asar. Carmela se convierte en un objeto al servicio de los demás.

En este cuento, se puede identificar como la identidad femenina de Carmela, está situada en el modelo tradicional del “deber ser femenino”, en la esfera de subordinación denominada: Producción. La protagonista de esta historia no trabaja. Ella se queda en el hogar cuidando a sus hijos, limpiando la casa, preparando la comida. Su esposo es el proveedor, que constantemente está trabajando y de quien Carmela depende económicamente del corto presupuesto que él le da.

El personaje de Carmela representa a una mujer sumisa, callada, que intenta cambiar la rutina desde el espacio culturalmente asignado: la cocina, específicamente a través de la comida.

La preparación de los alimentos en el hogar es considerada como una tarea propia de la *madresposa* y viene acompañada de acciones como la de buscar la receta, ir al mercado y arreglar la mesa en la que se servirá el alimento además de limpiar la casa, lavar y planchar la ropa y atender a sus hijos.

La vida de Carmela transcurre en función de estos quehaceres, siendo un ser para otros, para sus hijos y su esposo quien lejos de valorar la atención que ella brinda, le recrimina y descalifica con indiferencia emocional y falta de empatía que la hierde emocionalmente:

Sobre el mantel verde que había tejido ella misma puso los platos amarillos, los vasos cristalinos. Lo llamó regocijada: “Ya está servido”. [Él] ¡Cerró, displicente el periódico! ¡Se sentó con aire grave a la mesa! Con leve gesto amenazante sacudió la servilleta en el aire y miró al tomate como a un enemigo. Carmela percibió la proximidad de una gran inculpación de tormento. Con la mirada severa de un juez tutelar de menores, preguntó perentorio: “¿Qué es esta cosa pebeta?” Sacando fuerzas de flaquezas y fatigas, respondió con entereza: “¡Un tomate relleno!”. Sintió casi vergüenza con el pudor zaherido (Meza, 2017, p. 155).

La reacción displicente del esposo, devaluando la comida, ofendiendo a Carmela que con dificultad encuentra valor para defender su preparación, es una actitud que modela frente a sus hijos en una dinámica de relación jerarquizada entre esposos, donde su madre es la subordinada. Este modelamiento, reproduce la violencia simbólica ya que, de manera inconsciente, los hijos que lo presencian integran esta diferenciación como un hecho natural, de que le corresponde a la madre servir y ser reprendida por el padre ante su pobre desempeño en labores que le tocan.

El personaje de Carmela también asume que su función es la de servir, eso no lo cuestiona. La violencia simbólica, también es asimilada por ella debido a que se adhiere al esquema de subordinación en el que su esposo representa superioridad, que le otorga el derecho de maltratarla al no cumplir con sus expectativas. Carmela se adhiere al maltrato de su esposo reproduciendo para sí misma el esquema de violencia cuando también se

agrede con sus pensamientos. La ira que detona el momento vivido la vierte hacia ella, insultándose, mermando su autoestima, anulando su ser.

Estaba iniciando la siesta, cuando Carmela se empezó a insultar, a regañar, a increpar con verdadera furia. Evidentemente era un desastre, no acertaba una, la vida le pesaba demasiado, todo resultaba una cuesta arriba y ella, una pobre tonta, una inútil, una empecinada perdedora, una nadie. Un discurso interior hecho con furia y con fiebre, hasta llegarse a convencer que no valía un centavo, estaba construida con basura y desechos. No en vano nada le salía bien y nunca había merecido un elogio sincero, el más mínimo reconocimiento, ni siquiera el más leve cumplido (Meza, 2017, p. 155).

En este fragmento puede apreciarse un discurso de despersonalización que se cristaliza en la renuncia voluntaria a sus propios deseos, transformándose en una sombra de sí misma, su única labor es servir de manera abnegada a los demás difuminándose como persona.

Fue entonces cuando empezó a caminar por los rincones, lo más inadvertida posible, como si fuera invisible. Se integró a la escoba, a la plancha, a la cocina, a la olla mágica, al cepillo eléctrico. [...] Cuando algo se les perdía, alguna mano sin rostro se les acercaba, un trapo sin cuerpo secaba el baño, alguien sin alma hacía la comida, las camas se tendían por obra y gracia de la inercia, y la casa la limpiaban los aparatos eléctricos (Meza, 2017, p. 155).

Carmela representa el estado de mayor enajenación porque no rompe con las estructuras de subordinación impuestas. Ella, ante la dominación que experimenta se repliega en el espacio que culturalmente se la ha asignado por ser mujer: servir en el hogar. La protagonista de esta historia se queda aniquilada sin posibilidad de resistencia.

Ella no cuestiona, no rechaza los mandatos culturales sobre su identidad de servidora de los demás, especialmente a su marido, al contrario, se hunde en la abnegación y sumisión; se adhiere a la devaluación que su esposo hace de ella mostrando un discurso de despersonalización que deriva en la anulación de su ser.

La libertad

El análisis continúa con el cuento *La libertad* de la hondureña Leticia de Oyuela. El título engloba lo que la protagonista, Bienvenida Quiñonez, anhela. Ella se casa con don León Guardiola, un abogado a quien le dicen “Guardiolita” de cariño. Bienvenida y Guardiola son los personajes centrales del cuento. Los personajes periféricos que aparecen son la abuela de Bienvenida, la tía de su esposo llamada Amandita, el padre Matute que le enseña a leer, las niñas Moreira que tenían una sala de modas en donde Bienvenida trabajaba un tiempo.

En el desarrollo del cuento, sus amigas la invitan a pasar el fin de semana en una granja de provincia donde conoce a Guardiola. Él muestra interés en ella y con el paso del tiempo se casan. Bienvenida y Guardiola tienen dos hijos, el mayor de nombre Manuel y la menor Violeta.

Bienvenida es educada por su abuela en las artes del hogar con restricción en la educación formal de aprender a leer y escribir con el objetivo de que no pudiera comunicarse con los novios. Sin embargo, el sacerdote Matute le enseña y ella lee romances franceses y libros de devociones.

Cuando Bienvenida es mayor conoce a Guardiola, al principio ella no se siente atraída por su actitud ya que la trataba como si fuera una niña mostrando un temperamento despótico, pero su abuela y sus tías estaban encantadas con él ya que era abogado de familia reconocida en Honduras porque un antecesor había sido presidente. La abuela y las tías consideraban que era una suerte que él se mostrara interesado en Bienvenida y por lo tanto ella fue aceptando el cortejo y se casaron.

Después de la luna de miel, Bienvenida comenzó su vida, de ama de casa, dedicada a la limpieza y al cuidado del hogar que incluía preparar copiosas comidas servidas en manteles arreglados por ella, sirviendo y cuidando a su esposo, adivinando sus necesidades sin que él lo expresara para ella atenderlo.

El nacimiento de su primer hijo cambió la dinámica de Bienvenida, entre los cuidados y la educación que el niño demandaba, era más difícil mantener el orden de la

casa y eso molestaba a su esposo quien pasaba menos tiempo con ella. En una ocasión, el esposo de Bienvenida la invitó a salir a otra ciudad junto con otras parejas que él conocía. En este viaje, ella se da cuenta que los compañeros de su esposo ven a sus esposas solamente como una compañía. Bienvenida se siente profundamente triste cuando su esposo le pide que se ponga guantes para ocultar sus manos maltratadas por el quehacer de la casa.

Con el tiempo, Bienvenida tuvo a su segunda hija por lo que se cambian a una casa más grande e invitan a vivir con ellos a la tía Amandita que ayudaba con las tareas de la casa. El tiempo pasó y su esposo mostraba cada vez más su mal humor contra ella. Por otro lado, Bienvenida había recibido por parte de él desplantes en su emocionalidad y sexualidad, se daba cuenta que odiaba sus actitudes y ya no lo tenía como el centro de su vida, ahora eran sus hijos.

La historia finaliza cuando por cuestiones políticas el esposo de Bienvenida se va de la casa. Ella se queda con sus hijos, enfrentándose con la necesidad de tomar decisiones sintiéndose incapaz de hacerlo y extrañando a su esposo a pesar de haber experimentado en un primer momento la libertad, lo que le da nombre al cuento.

El personaje de Bienvenida Quiñonez representa a una mujer educada para servir y complacer a su marido. Huérfana desde la infancia fue educada por su abuela para aprender “todas las artes del hogar”, lavar, planchar, reparar la ropa, actividades propias de la subordinación en la producción. La protagonista de este cuento, en cuanto se casa, es bienvenida al mundo de la *madresposa*, en cambio, su marido Guardiola fue educado para estudiar, se recibe de abogado y trabaja en la esfera pública obteniendo compensación económica.

En el cuento, se muestra que Bienvenida trabajaba como costurera antes de casarse, oficio que resulta extensión de lo que ella aprendió como parte de su educación femenina desde que era niña, sin volver a trabajar de manera remunerada ya que después de la luna de miel:

Bienvenida tomó posesión de acuerdo a su costumbre, dedicada completamente a la limpieza y al cuidado amoroso del hogar. Por las mañanas preparaba aquellos

desayunos maravillosos que, cuando Guardiola se levantaba, ya estaban en la mesa sobre un mantel blanquísimo y primorosamente almidonado: los frijoles refritos, las tortillas calientes, la mantequilla escurrida y aquellas empanadas hebrasas de plátano, que al ser mordidas desleían el delicado atolillo que impregnaba el paladar, todo en derredor de la canasta “tumbía” donde se aglomeraban los famosos panes de yema, semitas y galletas recubiertas de la consabida capa de arroz, espejeadas con azúcar y canela molida. (Meza, 2017, p. 291-292)

Cuando su abuela o la tía Amandita llegaban a visitarla ella se sentía presionada por tener su casa immaculada y la preparación de los alimentos.

Ese día se sentía presionada para mostrar su casa immaculada, recién sacadas del horno las viandas que iba brindar con el consabido café o chocolate batido, aromático y espumoso en los días fríos o los jugos mezclados, acompañados de galletas o helado en las cálidas tardes (Meza, 2017, p. 293).

¿Por qué Bienvenida se siente presionada por tener limpia su casa y los alimentos preparados cuando llegan a visitarla la abuela o la tía? Porque las actividades que se esperan como parte del rol de ama de casa, no solo se requiere que las cosas estén hechas, sino que sean perfectas. Con esta tensión, Bienvenida muestra la exigencia que experimenta en la esfera de producción dentro del hogar mientras que Guardiola no tiene estas preocupaciones. Él, como abogado, trabajaba de manera remunerada en el gobierno, actividad que no combina con la cooperación en el desarrollo de las labores del hogar ya que cuando él se queda en casa pasa el tiempo leyendo o estudiando en su oficina:

En su escritorio donde parecía feliz, en medio de aquella multiplicidad de documentos antiguos y papeles del ministerio” [...] allí permanecía la mayoría de las noches, tal como era su costumbre, leyendo y repasando viejos documentos sobre las fronteras de Honduras [...] Bienvenida le cerraba la ventana cuando el viento soplaba, le servía el café, le cambiaba la lámpara de petróleo por candelabros (Meza, 2017, p. 292).

En este fragmento se puede apreciar la forma en que se reproduce la violencia simbólica. Se asume de manera naturalizada la distribución de roles donde Bienvenida sirve

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

y Guardiola es servido. El esposo de Bienvenida es reconocido en la ciudad como un símbolo de inteligencia y sabiduría con grandes responsabilidades políticas. Él representa al hombre que se desenvuelve en su trabajo siendo socialmente reconocido, participando del rumbo de la política de su país, reuniéndose con otros hombres con destino histórico.

Bienvenida en cambio se hace cargo del hogar y enfrenta a la maternidad bajo las expectativas culturales que exigen sacrificio y entrega por encima de los deseos de la mujer. Ella lo experimenta cuando nace su primer hijo. El bebé lloraba todas las noches y lo atendía desvelándose. Después del parto tuvo fiebres y malestar que hicieron que se cortara la leche por lo que tenía que alimentarlo con biberón, a pesar de estar cansada y fastidiada. Las actividades como madre crecían junto con su hijo y Bienvenida no se sentía ni feliz ni satisfecha, lo que a su vez le provocaba sentimiento de culpa:

Además, debía luchar toda la mañana con Manuelito para que no se ensuciara, repitiéndole tantas, pero tantas veces, cómo tenía que llamarlas, ensayando las preguntas y respuestas que debía dar para representar aquella farsa amorosa de la urbanidad y la perfección doméstica. Esas visitas semanales eran parte del sentimiento labrado y escondido dentro del pecho de Bienvenida y cuyo origen era incapaz de detectar. En ese momento sólo era un sentimiento general de opresión, que la hacía preguntarse si ahora que tenía todo para la felicidad ¿Qué era lo que la oprimía? La pregunta afloraba en su mente cuando su abuela y la tía Amanda insistían, diciéndole: “Tienes todo en la vida; un esposo digno y responsable que te quiere, y este niño primoroso ¿Qué más puedes pedir? (Meza, 2017, p. 293-294).

La culpa de no sentirse feliz a pesar de que su abuela y la tía de su esposo le decían que tenía todo en la vida, desviaba su proceso de conexión consigo misma a través de la experiencia sin poder identificar el origen de su malestar emocional. El cansancio aumentaba junto con el sentimiento de opresión.

La determinación cultural de la esfera de reproducción, que envuelve a la maternidad en un velo de felicidad por la realización femenina, es confrontada con su experiencia, la cual no coincide con lo que supuestamente debe sentir y se reprocha por esto.

Este ejercicio de la maternidad al igual que el ser esposa, en el personaje de Bienvenida se representa lo que Marcela Lagarde señala como un “ser para otros”. Ella no es el centro de su propia vida, primero lo es su esposo y luego se transfiere a sus hijos. Es una maternidad sin autoridad legítima ya que, a pesar de estar a cargo del cuidado y educación de sus hijos, requiere ser validada por la figura masculina del esposo.

La dinámica de la familia en este cuento muestra el moldeamiento y modelamiento del “deber ser” femenino y masculino. Cuando Bienvenida es joven, su abuela la instruye en las habilidades propias del hogar que corresponden al rol de una buena esposa y madre de manera explícita; en el transcurso de la historia, Bienvenida modela ante su hija e hijo la forma en que se es esposa y madre.

La religión le transmite a temprana edad algunas de las características que conforman la identidad femenina:

Bienvenida sabía de memoria aquellas bellísimas oraciones a Jesús Crucificado que aparecían en aquellos libritos con dibujos de los divinos rostros de la Virgen María al pie de la cruz, así como de Santa María Magdalena, enjugando con su cabellera los santos pies del maestro (Meza, 2017, p. 289).

La representación de la mujer en estas dos imágenes muestra de manera simbólica los atributos que se esperan en una mujer. Estas representaciones son componentes esenciales que Joan Scott refiere en la conformación del género. La Virgen María al pie de la cruz modela el dolor que soporta como madre, la entrega y el sacrificio. María Magdalena, enjugando con su cabellera los santos pies del maestro remite a un acto de humildad y sumisión donde la cabeza de la mujer se pone a los pies del maestro, figura masculina que guía y perdona.⁷

En las novelas románticas que Bienvenida lee, se modela el “deber ser” femenino y masculino dentro de la relación de pareja. Los estereotipos que incorpora en su subjetividad

⁷ La imagen de María Magdalena enjugando los pies del maestro con su cabellera evoca el pasaje de *El perdón a una pecadora*, en la Biblia, en el cual se menciona que una mujer de mala vida fue al encuentro de Jesús a quien le bañó los pies con sus lágrimas, se los secó con su cabellera, los besó y los ungió con un ungüento perfumado. Jesús al ver este acto le perdona sus muchos pecados porque mucho es lo que ella ha amado (Lucas, 7:7).

“fabulando historias de bellas mujeres y caballeros apuestos que, con bellas palabras, las invitaban al amor” (Meza, 2017, p. 289), dan cuenta de la presencia del elemento de la belleza que se liga a la mujer y a las palabras que escucha por parte del apuesto caballero quien de manera activa invita al amor.

La dicotomía entre la pasividad (rasgo femenino) y la iniciativa (rasgo masculino), dentro de las relaciones de pareja, se hace evidente en las novelas románticas y se reproduce en la interacción que posteriormente Bienvenida tiene con Guardiola durante el noviazgo y el matrimonio.

La ciencia también es otra agencia de socialización que se identifica en este cuento. Cuando el doctor Guardiola señala que de acuerdo a los estudios médicos, “las mujeres después de los cuarenta años se vuelven histéricas y es necesario tratarlas con jarabe de bromuro o láudano para recuperar la paz” (Meza, 2017, p. 298), legitima que las alteraciones psicológicas que las mujeres tienen, son por la edad sin tomar en cuenta las condiciones sociales a las que la mujer debe responder, la frustración de su desarrollo personal por cumplir con esas expectativas o la represión sexual de la que es objeto.

El aspecto de la sexualidad como estructura de subordinación se aprecia claramente en el personaje de Bienvenida tanto a nivel corporal como en el ejercicio de la misma. En cuanto al cuerpo, se describe a la protagonista como una mujer sin belleza por su baja estatura, gordita da cara redonda que tuvo suerte de haber sido elegida por el joven profesionalista Guardiola que es descrito como un joven alto, macizo y guapo.

Con el paso del tiempo, las características físicas de Bienvenida y su esposo se van modificando, sin embargo, la manera en que son juzgadas es diferente, por un lado, las manos de Bienvenida, maltratadas por las labores del hogar cotidianas, son motivo de vergüenza por parte de su marido motivo por el que le pide que se las cubra con guantes cuando asisten a una reunión social.

Fue cuando le pidió que, cada vez que saliera, se pusiera guantes para ocultar de sus manos las huellas del trabajo, del lavado, de la plancha, de las imperceptibles quemaduras y cicatrices de tanto cocinar y lidiar con cazuelas y calderos. Herida en

lo más profundo de su alma, se tiró en el lecho, desconsolada, a llorar toda la tarde (Meza, 2017, p. 295).

Los cambios de Bienvenida son producto de su desempeño en el rol de ama de casa que cumple con fervor. Los cambios que muestra el cuerpo de su esposo están dados por la edad madura, que incluso con sobrepeso le dan una apariencia de majestuosidad:

Ahora la madurez le había redondeado el talle más de la cuenta. Había ganado libras, quitándole aquel aire de muchacho, pero incrementando su aspecto de dignidad majestuosa (Meza, 2017, p. 297).

La exigencia cultural es hacia el cuerpo femenino. El canon de belleza en la juventud está asociado a ciertos rasgos de color de piel clara, larga cabellera y complexión delgada. Bourdieu se refiere a la demanda de pequeñez en la mujer: talle, manos y pies, además del constante requerimiento de mantenerse eternamente bella y joven (asociado a la capacidad reproductiva y al ser objeto de placer). El cuerpo masculino goza de tolerancia y aceptación a los cambios naturales de la edad, incluso simbolizándolos como indicadores de experiencia, elegancia y grandeza.

El ejercicio de la sexualidad también muestra diferencias significativas entre mujeres y hombres. En el cuento, Guardiola es quien instruye a Bienvenida en el erotismo. Ella representa a una mujer ignorante y apenada sobre su respuesta sexual humana: “Recordaba algunos acontecimientos de su luna de miel y sonreía ligeramente ruborizada” (Meza, 2017, p. 291), el rubor es una respuesta corporal asociada con la vergüenza y la vergüenza proviene del desconocimiento y mitificación de la sexualidad.

El rol de la mujer dentro de la estructura de subordinación de la sexualidad es pasivo y sin iniciativa, desafiar este mandato tiene consecuencias de desprecio como cuando Bienvenida:

[...] en un raptó de pasión pensó recuperar aquella entrega total en vida y alma mediante una sorpresa. Llenó la cama de pétalos de flores y lo esperó acostada, detalle que él no valoró, incluso recriminó que no hubiera una cama arreglada para dormir, tirando los pétalos al piso (Meza, 2017, p. 298).

La protagonista expresa su erotismo, consciente de su sensualidad apropiándose de su deseo, pero la respuesta de su esposo la hiere emocionalmente lo que da pie a reflexionar sobre lo que está viviendo.

La reflexión y el cuestionamiento es el primer paso hacia la resistencia. En Bienvenida se ven indicios de que entra en un proceso de resistencia a los mandatos culturales que han conformado su identidad femenina. Conforme pasa el tiempo, ella se siente inconforme con lo que vive, se va dando cuenta de que su esposo ya no es el centro de su existencia. Lo que en otro tiempo la deslumbraba ahora ella lo cuestiona y reflexiona de manera diferente viendo los defectos de su esposo:

[...] sin ponerse a pensar que la libertad justamente termina donde inicia la libertad del otro y que él, el docto, el sabio, el erudito había hecho de su hogar un mundo de esclavitud donde todos existían para su servicio, para su confort (Meza, 2017, p. 298).

Bienvenida, se da cuenta de las imposiciones de su marido y concluye que solo ha estado al servicio de su esposo e hijos. Cuando él se va, siente que se queda sola e incapaz de tomar decisiones o dar órdenes. Ella se resiste a la imposición de los mandatos culturales, pero no cuenta con los recursos personales ni sociales que le permitan modificar su condición de subordinada, es decir, desde la infancia fue desprovista de modelos femeninos que mandaran o decidieran por sí mismas.

En el personaje de Bienvenida se ve representada a una mujer que solamente hace conciencia de su opresión, pero permanece atrapada carente de autonomía y sin orientación sobre otra forma de actuar. La resistencia a los mandatos culturales no se cristaliza en un cambio de sus condiciones cotidianas, la protagonista de la historia experimenta miedo y por consiguiente el sentimiento de añoranza por su esposo y la manera en que el manejaba las cosas.

Mina

El cuento de Mina escrito por Guadalupe Loeza relata la historia de una mujer llamada Guillermina que desde la infancia hasta los sesenta años va dando cuenta de lo que piensa, anhela y observa tanto en la escuela, como en su familia y la convivencia social.

Guillermina, a quien de cariño le dicen el diminutivo Mina de cariño, proviene de una familia católica integrada por su mamá, papá, dos hermanos y una hermana. El papá de Mina es violento con su mamá y demás hermanos, sin embargo, cuando a ella le quiere pegar, su mamá la defiende diciendo que padece de los nervios.

El evento que resalta en la infancia de Mina es cuando se prepara para hacer su primera comunión. Al hacer su examen de conciencia se deja entrever a una niña que defiende lo que es suyo sin querer compartirlo, quiere hacer lo que desea y se revela ante su papá por el maltrato que ejerce hacia su mamá.

A los veinte años, Mina se siente entusiasmada por un muchacho estudiante de medicina con quien le gustaría ir al cine, pero no le gustaría que su papá se enterara, ya que no le permitiría salir con él. Le teme a la violencia que su papá sigue ejerciendo sobre su mamá y hermanos, incluso hasta con el novio de su hermana a quien ella solo puede ver por medio de la ventana.

Los gustos y actividades de Mina en esta edad son: ir al cine, la literatura, comprar billetes de lotería y rezar para que aquellas cosas que no le gustan de su vida puedan ser cambiadas.

Conforme pasan los años la vida de Mina gira alrededor de ir a misa, actividades religiosas, convivios sociales y al cine. En el cine ve películas extranjeras y siempre va acompañada de alguna amiga, en una ocasión se topó con un exhibicionista lo que la impactó por días.

Sus hermanos están casados y ella es la única que vive en la casa de sus padres a quienes atiende y cuida, especialmente a su mamá que después de un accidente se daña la columna. A partir de esto, Mina también se hace cargo de los quehaceres de la casa resintiendo la ausencia de sus hermanos para colaborar y el mal carácter de su papá.

Después de que su mamá muere, Mina sigue viviendo en la casa con su papá, hace la comida y acude a pagar los servicios con el dinero que él le da. Ella tiene cincuenta años, mantiene su gusto por leer, ver películas, comprar dulces, ir a misa y comprar billetes de lotería. Así conoce a un vendedor de la lotería que se interesa por ella.

Con el tiempo, su papá, su hermana y sus hermanos también mueren. Ella continúa yendo a misa, haciéndose cargo de la casa y rezando. Mina se queda viviendo en casa de sus papás con los recuerdos de lo que ha vivido, preguntándose por su identidad.

En este cuento se puede identificar claramente la división de roles entre los personajes femeninos y masculinos. Las agencias de socialización que predominan en este cuento son la familia, la religión y los medios de comunicación.

En la representación familiar, se identifica la manera en que se reproduce la violencia simbólica a través de la legitimación del padre como jerarca. Él ordena y se impone, mostrando una actitud de poder aceptada por todos los miembros de la familia sin cuestionarlo. El padre es quien gana dinero. La madre se encuentra subordinada en la esfera de producción. Ella cuida a sus hijas e hijos, y atendiendo las labores del hogar que posteriormente son transferidas a Mina.

El modelo de producción que los padres desarrollan a través de sus conductas se integra en los personajes de las hijas y los hijos. Al igual que el padre, son los hijos varones los que tienen acceso a la educación superior y posteriormente al trabajo remunerado como los herederos del rol de proveedor que, el sistema social androcéntrico, le asigna al género masculino. La educación formal carece de importancia para las hijas ya que, en el entendido social, ellas no tendrían que conseguir empleo sino buscar un marido que trabaje y las mantenga. En la historia de Mina, el rol femenino es modelado por su madre: hacerse cargo del hogar, el marido y los hijos.

La transmisión de valores y normas que constituyen el “deber ser” de la mujer, se moldea a partir de la transmisión de opiniones y consejos:

Mi mamá se muere de miedo de intervenir en la violencia de mi papá y en nuestros pleitos. Dice lo mismo cada vez que mi papá se pone hecho un energúmeno por

cualquier cosa. “Yo no sé tratar a personas sin educación. En mi familia nunca había gritos ni insultos. Lo mejor es no contradecirlo” (Domecq, 1999, p. 236).

La frase que la mamá expresa sobre no contradecir a su papá ya que esto es mejor, muestra la falta de recursos personales para poder hacer frente a la expresión tácita de la violencia. Le otorga al dominador, en este caso el esposo, el poder sobre ella misma. La decisión de no contradecirlo es una estrategia de supervivencia que el dominado emplea para mantener el equilibrio.

El miedo que ella muestra ante la violencia de su padre transmite el mensaje de subordinación, priva de la oportunidad de aprender cómo defenderse ante la violencia. El consejo de no contradecirlo implica sumisión ante la actitud dominante que completa con el dicho: “Tu carácter es tu dote o tu azote” (Domecq, 1999, p. 237). Los elementos constitutivos de la identidad femenina comprenden una forma de ser dulce, amable y servicial, características contrarias a las que se requieren para la confrontación a la violencia recibida. La conformación de la identidad femenina con estas características despoja a la mujer de recursos elementales de defensa ubicándola en una posición de sometimiento.

En el cuento, se refleja como Mina en la infancia se rebela a la actitud violenta de su padre, ella le contesta feo porque su papá molesta mucho a su mamá, aunque le da miedo porque le pega a su hermana, sin embargo, ella desea hacer lo que quiere y cuando no lo logra hace berrinche.

Pero al pasar los años Mina deja de resistirse a esa violencia. El ejemplo y los consejos de su madre se han integrado en su subjetividad al grado de que aun siendo adulta aguanta calladamente la violencia por parte de su padre:

“¡Idiota!, ¿qué estás haciendo allí? Pareces loca. Anda, ve a buscar periódico y leña para el calentador. Pero rápido, ¿qué no ves, que ya es muy tarde? No le contesté nada para evitarme dificultades” o “Guillermina, ¿estás loca? ¿Por qué llegas a estas horas? No hay leche. ¿Compraste el pan dulce?” Me fui a la cocina a prepararle su merienda (Domecq, 1999, p. 241).

A los cuarenta años, Mina es una mujer sometida al servicio de su padre y de sus hermanos. Ella cumple con los roles y estereotipos de la categoría de *madresposa* que culturalmente se le impone a la mujer. Aunque no tuvo hijos biológicos, realiza las funciones de cuidadora, cubriendo las necesidades de su papá en lo más elemental que es la alimentación, así como la atención a sus deseos y órdenes.

En la esfera de la producción, ella no obtiene remuneración económica por las actividades que desempeña, depende del dinero que le da su papá. Mina asume que ese es su papel a partir de la experiencia del modelamiento y moldeamiento al que de manera cotidiana fue sometida durante cuatro décadas. La violencia simbólica se puede apreciar en la manera en que aquella niña que se enfrentaba a la violencia de su padre, ahora es una mujer adulta que ya no cuestiona su posición dentro de la dinámica jerarquizada en la que se desarrolla.

Bourdieu señala que la perpetuación de este esquema de dominación se encuentra directamente relacionada con las prácticas cotidianas, los roles y estereotipos que se reproducen en todos los ámbitos en que se desarrollan las personas. En el cuento se identifica esta perpetuación, no solamente dentro del núcleo familiar representado, sino también a través de los diversos medios de comunicación a los que se hace referencia: películas⁸, libros⁹, obras de teatro¹⁰, música¹¹ y revistas¹²

⁸ *Sussy* con Jean Harlow y Cary Grant que trata de una mujer que en medio de la guerra conoce a un capitán (hijo de una aristócrata) del que se enamora. *Cuando el amor se muere* (1934) con Robert Taylor trata la historia de una familia conformada por el matrimonio de una mujer y un hombre con cinco hijos. La familia está tan absorta en sí misma con sus propias actividades que el papá a menudo se siente excluido, pero después entabla una relación con su antigua secretaria. *Luz que agoniza* (1944) con Charles Boyer e Ingrid Bergman es una película que muestra la violencia psicológica que un hombre ejerce sobre su esposa haciéndole creer que se está volviendo loca. *Violetas imperiales* (1952) trata de la historia de una gitana que augura la buena suerte de una muchacha de posición económica elevada. Esta gitana se muestra en el rol de sacrificio y entrega teniendo como recompensa final el matrimonio con el primo de aquella mujer a la que le auguró la buena suerte. *Mon oncle* (1958) película francesa en donde un hombre trata de hacerse cargo de su sobrino quien vive en una casa grande y elegante pero con distanciamiento emocional de quienes viven en ella.

⁹ El libro al que se hace referencia en el cuento de Mina es el de *Doña Perfecta*. Este libro fue publicado en el año 1876 y trata sobre una mujer de estricta moral (Doña Perfecta) que quiere casar a su hija con su sobrino para mantener el patrimonio familiar.

¹⁰ En el cuento de Mina, a los treinta años se lee: “*Me contaron que Sandrini trajo una gran comedia y que la pondrán en Bellas Artes con Virginia Fábregas*”, esta obra de teatro fue *Don Juan Tenorio*, escrita en 1844 por José Zorrilla.

Los medios masivos de comunicación como agencia de socialización modelan formas de ser mujer y hombre. En las películas que se enuncian se identifican *Sussy*, *Cuando el amor se muere* y *Violetas imperiales* donde el común denominador es que la protagonista se encuentra en función de la relación de pareja que desea entablar, es decir la razón de ser de su personaje es la de llegar a ser el complemento del protagonista masculino. También se menciona *Luz que agoniza* la cual es un claro ejemplo de violencia psicológica por parte del personaje del esposo hacia su esposa ya que él intenta volverla loca haciéndole creer que es falso lo que percibe del ambiente.

A Mina le gusta leer, y uno de los libros a los que se hace referencia es el de *Doña Perfecta*, historia que retrata la estricta moral y la importancia del matrimonio con fines económicos. La obra de teatro que se deduce del cuento es la de *Don Juan*, personaje que conquista mujeres.

Las revistas que Mina compra son las revista llamadas del corazón en la cual se retrata la personal forma de vida de las personas famosas y sus relaciones con los demás. Tanto las historias de las y los famosos como las que se representan en las películas, libros o canciones, reproducen de manera naturalizada el estatus de la mujer en relación con el hombre como un ser complementario cuya realización y razón de ser es la vida en pareja.

La vida en pareja que Mina no cristaliza a pesar de que lo ve como una alternativa para salirse de su casa porque no aguanta a su papá. Mina se encuentra atrapada en la esfera de la sexualidad, tanto en el aspecto corporal como en el del placer y erotismo.

En el aspecto corporal, hace una valoración negativa de su aspecto físico en relación a la posibilidad de casarse. Cuando a los veinte años conoce a un muchacho que estudia medicina ella reza a la Virgen:

[...] haz que me quiera por favor, haz que le guste a pesar de mis ojos saltones y de mi miopía y de mi cara que no es atractiva. (Domecq, 1999, p. 236)

¹¹ En el cuento de Mina se mencionan varias canciones y cantantes, haciendo énfasis en una canción que escuchaba su mamá: *Isabelita* de Enrique Rodríguez un vals de 1940 que habla sobre Isabel, una mujer hermosa que tiene muchos pretendientes pero a ninguno acepta ya que ella espera a su príncipe azul.

¹² Las revistas que compra Mina son *Point de Vue* y *Paris Match*, cuyo contenido es sobre la vida de las celebridades y la farándula, conocidas también como *revistas del corazón* o *prensa rosa*.

En este ruego, Mina no solamente ve la belleza física como un atributo importante para casarse, sino que también hace alusión a la espera pasiva de que él tome la iniciativa en entablar una relación y propiciar el encuentro:

¡Qué barbaridad!, ya van a ser las 9:30 y José Calvillo no me ha llamado todavía. Qué extraño; nunca lo he visto y siento que ya le tengo afecto. Me gusta como dice: “Guillermina”. Como que hace mucho énfasis en el “Mina”, eso me gusta. Me gustaría decirle que nada más me llame Mina, pero no me atrevo. (Domecq, 1999, p. 236)

Estas palabras reflejan la pasividad y la represión del deseo de hablar con él, así como de pedirle que él la llame de una manera más íntima. La paciencia, la timidez, la renuncia voluntaria a los propios deseos son características socialmente valoradas para una mujer, sin embargo, esto aleja la posibilidad de experimentar lo que en realidad se desea, el libre ejercicio de la sexualidad incluso a nivel no erótico.

La subordinación en la estructura de la sexualidad en Mina se identifica desde su infancia cuando ve la manera en que su hermana Leticia vive su noviazgo a través de los barrotes sin que pudiera salir con su novio a la esquina so pena de ser golpeada físicamente por su padre.

A Mina, siendo niña le da miedo tener novio, pero este miedo a la reacción de su padre la acompaña durante su vida. A los veinte años ella piensa:

Si me invita, no se lo diré ni a mi papá ni a mis hermanos, nada más a mi mamá, que bendito sea Dios, es más comprensiva. Conociendo el carácter de mi papá, sé de antemano que no me permitirá salir con ese muchacho (Domecq, 1999, p. 235).

A los cincuenta años que un vendedor de lotería se interesa por ella:

Lo único que sé de él es que se llama Rafael Barrera, que vive por Xochimilco y que le gusta mucho el cine. Si supiera mi papá que estuve platicando con él, es capaz de matarme. Virgen de Guadalupe, haz que jamás se entere de la existencia de Rafael Barrera (Domecq, 1999, p. 246).

La sexualidad de Mina y su hermana es expropiada por su padre dentro del sistema social androcéntrico que le otorga a la figura masculina el resguardo del cuerpo y la virginidad de las mujeres de su familia. El padre es quien aprueba o desaprueba sus relaciones desde una postura rígida e inflexible que deriva en la aceptación naturalizada de que así debe ser a pesar de ser una mujer adulta.

La desapropiación de su sexualidad limita sus conocimientos sobre el tema, generando ansiedad respecto a su cuerpo y el del hombre. Esto es notorio cuando se topa con un exhibicionista en el cine que después de que él le muestra sus órganos sexuales ella se siente horrorizada por varios días, creyendo incluso que el hombre pudo haberla embarazado y sintiendo vergüenza por tal evento.

La última vez que fuimos (al cine) Beatriz y yo, hace como dos semanas, me tocó al lado izquierdo un señor que empezó a empujar su zapato contra el mío. No dije nada porque creí que eran cosas de mi cabeza, pero más tarde sentí que estaba frotando su pierna contra la mía. La pobre de Beatriz ni cuenta se daba; estaba come y come sus palomitas. Yo estaba nerviosísima y como que no podía reaccionar. Después este viejo cochino puso su mano sobre mi pierna. Entonces si inmediatamente reaccioné y se la quité. Y justo en esos momentos, que me doy cuenta que tenía el pantalón abierto. Era la primera vez en mi vida que veía el negocio de un señor. En ese preciso instante grité: “¡Viejo cochino, viejo cochino!” (Domecq, 1999, p. 240).

En este episodio se puede identificar la forma en que, ante un evento de tipo sexual impuesto, la primera reacción de la mujer, en este caso de Mina, es descalificar el propio sentir: “No dije nada porque creí que eran cosas de mi cabeza” (Domecq, 1999, p. 239), lo que impide la posibilidad de reacción inmediata experimentándolo como un evento traumático del cual se confiesa con un sacerdote porque se siente culpable.

La respuesta que el sacerdote le da es que no vaya por un tiempo al cine y le dice: “A usted que le gusta tanto leer, quédese en casa y aproveche de la buena literatura” (Domecq, 1999, p. 240). Esta respuesta reafirma la opresión de la mujer en la esfera de la sexualidad, en donde el consejo que se suele dar es que se quede en casa, perdiendo su derecho a divertirse libremente en una actividad que le apasiona.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

El sistema social androcéntrico está configurado de tal modo que la mujer en la esfera de la sexualidad también sea subordinada. En esta lógica, la mujer no tiene poder sobre su sensualidad, erotismo ni su cuerpo y por lo tanto debe evitar ponerse en riesgo de que otros hombres (que no sean los guardianes, como el padre o los hermanos) las posean.

El guardián de la sexualidad también vela por los intereses viriles de sus hijos. En el cuento se describe un episodio en el que uno de los hermanos de Mina tiene un accidente en bicicleta y el doctor estima que debe extraerle una de sus partes (se sobreentiende que es un testículo), pero el papá no lo admite. Esta negativa se entiende a partir del valor que se le da a los órganos sexuales pélvicos masculinos y su relación con la virilidad, la cual es exigida a los hijos varones.

El asunto del accidente atrofió el desarrollo de su hermano y Mina señala de manera despectiva su apariencia física de chaparro que no coincide con la esperada para un hombre. El cuerpo ostenta la simbolización cultural de la diferencia sexual en ambos géneros y si bien en el hombre se esperan ciertos atributos físicos como la altura y la fortaleza muscular, no hay una marcada reprensión por ser chaparro como su hermano o gordo como su papá.

La exigencia cultural se vuelca sobre el cuerpo de la mujer y en el cuento de Mina se muestra al hacer referencia que “Mario del Río le estiró la cara a una de las González Paredes y que después de la feliz operación se le mete un ojo” (Domecq, 1999, p. 238). ¿Por qué le estiró la cara? Para quitarle las arrugas. Las arrugas del rostro que, como parte natural del envejecimiento es un evento inaceptable para la mujer a nivel social.

La opción de la cirugía plástica o bien del uso de cremas para el rostro responde a un mandato cultural de eternización de la juventud y la belleza como valor supremo del ser mujer que es una muestra de cosificación del cuerpo femenino.

La exigencia en el aspecto físico se complementa con la de la vestimenta. Pierre Bourdieu señala las diferencias de comodidad entre la ropa femenina y masculina. En el cuento de Mina esto se manifiesta cuando dice:

Desde hace una semana, tenía una (uña) clavada en el pie izquierdo, y esto hacía que sintiera que todo me apretaba: las ligas de las medias, el resorte de los calzones, el portabusto y lo peor, los zapatos (Domecq, 1999, p. 244).

La ropa femenina, interior y exterior, puede ser muy incómoda, limitando el movimiento y por consiguiente manteniendo al margen de la participación y desarrollo de la mujer en situaciones tan cotidianas y elementales como desplazarse caminando. La vestimenta se asume como parte esencial de la identidad femenina exaltándose incluso en canciones como la que oía la mamá de Mina y decía: *“Por la calle de Florida, muy bien vestida pasa Isabel”*, sobra decir que la canción relata como la chica atraía el deseo y las miradas masculinas.

El personaje de Mina se adhiere a los mandatos culturales que se reproducen desde las diferentes agencias de socialización. Solamente en la infancia presenta indicios de resistencia ante las imposiciones de su padre, lo hace a través del berrinche, sin embargo, en la educación religiosa que recibe ella siente culpa por rebelarse.

Cuando su mamá se enferma, Mina la cuida. En este contexto, cuidar de los padres enfermos es una práctica común que se le asigna por lo regular a la hija soltera o la menor. Mina, además de cuidarla la reemplaza en el rol de “ama de casa”, trabajo que le hace sentir mucho enojo por la falta de colaboración de sus hermanos y hermana. Hace consciente su inconformidad y cuestiona el precepto religioso de sacrificio, lo cual es un viso de resistencia, pero no puede tomar acción para cambiar el rumbo de su destino culturalmente asignado por ser mujer, hija menor y soltera.

El personaje de Mina representa a una mujer que pasa su vida atrapada en un deber ser femenino que no la deja tomar iniciativa para conquistar al hombre que le gusta, para independizarse y vivir aparte de sus padres, atrapada en sus prejuicios y la cosmovisión mediada por las agencias de socialización androcéntricas.

En los últimos años de su vida, a Mina le viene de golpe la reflexión sobre su propia identidad. Esta reflexión le genera un estado emocional que le asusta y al no tener los recursos para salir de esta situación vuelve a la zona conocida que le brinda seguridad en la esfera de la producción: arreglar su casa.

Cabecita blanca

Cabecita blanca, de Rosario Castellanos relata la dinámica de una familia integrada por la protagonista Justina, una mujer de edad, viuda de Juan Carlos; su hijo mayor Luis y sus dos hijas Lupe y Carmela. La protagonista, de pelo cano, es llamada cariñosamente por su hijo “cabecita blanca” lo que le da nombre al cuento.

La historia comienza con las cavilaciones de la protagonista en la cocina, viendo la imagen de un postre que, piensa ella, sería mejor hacerlo para una gran ocasión como la invitación formal del esposo a un jefe para pedir un aumento de sueldo o para reconquistarlo cuando se muestre interesado en una mujer más joven.

Los pensamientos de Justina se interrumpen cuando su hija menor llega a la casa. Justina le reclama por no permanecer en casa a diferencia del tiempo en que ella tenía su edad y las cosas eran diferentes. Justina recuerda que en su época una muchacha no podía quedarse a solas con un hombre. La ropa era de manta gruesa para garantizar su pureza y si en alguna ocasión cedía al goce del placer se reprendía a sí misma.

La señora Justina conoció a Juan Carlos, su esposo en la Asociación Católica de la Juventud Mexicana, ella lo admiraba mucho y eso lo conquistó. Se casaron, y a Justina le tomó por sorpresa el inicio de la actividad sexual frecuente y novedosa hasta el nacimiento de su primer hijo Luis.

Justina solo hubiera querido tener un hijo ya que experimentaba cada embarazo como una cruz, pero después del primogénito tuvo dos hijas más: Carmela y Lupe. De sus tres hijos, el mayor era el más cariñoso y cuidadoso con la ropa. Cantaba en el coro y físicamente era atractivo. Con el paso del tiempo Juan Carlos trataba muy mal a su hijo y lo insultaba haciendo la situación insostenible para el muchacho por lo que decidió buscar un empleo en un negocio de decoración y salirse de su casa a vivir con otro muchacho de nombre Manolo.

Sus hijas también empezaron a trabajar en una oficina por lo que pasaba sola la mayor parte del día. Su esposo se ausentaba regularmente de casa. Un día la señora Justina recibió una nota en donde le advertían de que su esposo le había puesto un departamento a su

secretaria, pero ella pensó que mientras en la casa no le faltara nada y ella mantuviera su lugar de esposa legítima no tendría por qué reclamarle.

Con el tiempo Juan Carlos enfermó. Ella cuidó y atendió a su esposo hasta el día de su muerte. Después Carmela anunció que se casaría con un compañero de trabajo. Ellos tuvieron dos hijos y después el marido desapareció. Carmela se quedó sola al cuidado de sus hijos, pidiéndole ayuda a su mamá hasta que crecieron un poco y ya solamente la visitaban en los días festivos.

Lupe, la menor de sus hijas mantenía una actitud constante de irritabilidad hacia Justina. Había noches en las que no llegaba a dormir a su casa y cuando estaba presente evitaba interactuar con su madre. La lejanía de sus dos hijas alimentaba la ilusión de irse a vivir con Luis para atenderlo porque aún no se había casado, pero él nunca la llevó a vivir a su casa, aunque era el único que diario la visitaba.

En este cuento, los roles y estereotipos característicos de la identidad femenina y masculina que se representa en las y los personajes coinciden con los que se enmarcan en las cuatro estructuras de subordinación propuestas por Juliet Mitchell.

En la esfera de la producción se distingue como la protagonista, la señora Justina, cumple con las funciones de ama de casa invirtiendo su tiempo en la atención de sus hijos y del hogar. El marido de Justina, aunque en la historia ya ha fallecido, representa las características de la identidad masculina, al ser un hombre que trabaja de manera remunerada siendo el proveedor del hogar.

Muchas veces Juan Carlos no tenía tiempo de llegar a comer o a cenar a su casa o se quedaba en juntas de consejo hasta la madrugada. O sus jefes le hacían el encargo de vigilar las sucursales de la Compañía en el interior de la República y se iba, por una semana, por un mes, no sin recomendarle a la familia que se cuidara y que se portara bien. (Castellanos, 1992, p. 53-54)

La actividad laboral del esposo se manifiesta en la esfera pública, para Justina en el espacio privado. Ella lo asume sin conflicto. Muestra preferencia por un esposo “dedicado a

las labores propias de su sexo en la calle” (p. 49), que alguno que se viera interesado por los quehaceres domésticos de la cocina, la limpieza del hogar o la educación de los hijos.

El personaje de Justina, muestra la manera en que las diferencias de género entre mujeres y hombres se encuentran divididas en el espacio de la producción de una manera jerarquizada que ella naturaliza e integra como parte del orden natural de las cosas justificando la ausencia de su esposo y las infidelidades como una característica propia de ser hombre.

El matrimonio de Justina y Juan Carlos cumplen el estereotipo de mujer y hombre en la esfera de la reproducción, por un lado, Justina vive la maternidad como el elemento constitutivo de ser mujer, y aunque el embarazo de su primer hijo lo experimentó sin gozo, ella se sacrificó para tener dos hijas más, lo cual también fue un indicador de la virilidad de su esposo.

En el aspecto sexual, Justina recuerda que cuando era joven y soltera, las muchachas no podían estar a solas con un hombre sin que él estuviera tentado a tocar su cuerpo, por eso usaban ropa gruesa que garantizaba la virginidad. Ella en una ocasión tuvo contacto con su placer de manera individual, pero se sintió culpable y lo resignificó como una tentación del demonio que evitaba.

Cuando se casó con el padre de sus hijos, su preocupación giró hacia el ímpetu de su esposo quien, conforme a los indicadores de la identidad masculina, mostraba iniciativa en el acto sexual centrado en la obtención del placer. Justina, mujer pasiva cedía a sus peticiones, a ella le preocupaba la normalidad del deseo de él, acudiendo al consejo sacerdotal, el cual pronosticó que disminuiría una vez que nacieran los hijos.

Cuando Juan Carlos se volvió loco la noche misma de la boda y le exigió realizar unos actos de contorsionismo que ella no había visto ni en el Circo Atayde, la señora Justina se esforzó en complacerlo y fue lográndolo más y más a medida que adquiría práctica. Pero tuvo que calmar sus escrúpulos de conciencia (¿no estaría contribuyendo al empeoramiento de una enfermedad que quizá era curable cediendo a los caprichos nocturnos de Juan Carlos en vez de llevarlo a consultar con un médico?) en el confesionario. Allí el señor cura la tranquilizó asegurándoles que

esos ataques no solo eran naturales sino transitorios y que con el tiempo irían perdiendo su intensidad, espaciándose hasta desaparecer por completo. (Castellanos, 1992, p. 53)

En este episodio, se puede identificar la forma en que su esposo la instruye en la manifestación sexual como si fuera el guía. La expresión sexual del personaje masculino es activa con iniciativa y el personaje femenino aprende para complacerlo teniendo un dejo de culpa. Ella asocia el encuentro sexual por placer con perturbación mental, pero el sacerdote que la orienta la tranquiliza diciéndole que es natural. El consejo sacerdotal legitima y naturaliza las conductas sexuales en el hombre.

Justina, representa a una mujer que asume completamente los mandatos culturales establecidos para mujeres y hombres reforzados por las agencias de socialización. Cuando ella se entera de que su esposo tiene una aventura con la secretaria, ella lo justifica como si fuera parte de la naturaleza masculina que no tiene que ser recriminada, siempre y cuando no falte con su obligación de proveer en el hogar.

Una vez la señora Justina recibió un anónimo en el que “una persona que la estimaba” la ponía al corriente de que Juan Carlos le había puesto casa a su secretaria. La señora Justina estuvo mucho rato viendo aquellas letras desiguales, groseramente escritas, que no significaban nada para ella, y acabó por romper el papel sin comentar nada con nadie. En esos casos la caridad cristiana manda no hacer juicios temerarios. Claro que lo que decía el anónimo podía ser verdad. Juan Carlos no era un santo sino un hombre y como todos los hombres, muy material. Pero mientras a ella no le faltara nada en su casa y le diera su lugar y respeto de esposa legítima, no tenía derecho a quejarse ni por qué armar alborotos (Castellanos, 1992, p. 56).

Justina muestra su postura respecto a la actitud de su esposo con el siguiente dicho:

Un marido en la casa es como un colchón en el suelo. No lo puedes pisar porque no es propio; ni saltar porque es ancho. No te queda más que ponerlo en su sitio. Y el sitio de un hombre es su trabajo, la cantina o la casa chica. (Castellanos, 1992, p. 49)

Este dicho transmite los valores y normas que la protagonista acepta como parte de la identidad masculina y del deber ser que le toca como esposa. Justina expresa, tres espacios donde se legitima el desarrollo de un hombre: la esfera de producción en el ámbito público llevando a cabo actividades remuneradas, es decir el trabajo. La cantina como uno de los aspectos de asociación masculina con otros hombres y la casa chica, que es la permisividad cultural respecto al ejercicio de la sexualidad en la identidad masculina.

Es con los hijos en donde los roles y estereotipos tradicionales son desafiados. En el caso de su hijo mayor Luis, no cumple con los requisitos de virilidad que se exige como elemento constitutivo de la identidad masculina. Él, desde niño mostró comportamiento delicado, en la etapa adulta trabaja como decorador de interiores y no se relaciona con mujeres en el aspecto romántico ni erótico, en su lugar vive en su departamento con un muchacho llamado Manolo, agradable, bien parecido, servicial que sabía poner inyecciones y cocinar.

La señora Justina recuerda que su esposo le decía muchas cosas a Luis. En el cuento no se establece que cosas, pero se infiere que era en relación a las conductas que su hijo presentaba, diferentes a lo esperado para su condición masculina:

Era muy seriecito y muy formal. No andaba, como los otros muchachos de su edad, buscando los charcos para chapotear en ellos ni trepándose a los árboles no revolcándose en la tierra. No él no. La ropa le dejaba de venir, y era una lástima sin un remiendo, sin una mancha, sin que pareciera haber sido usada. Le dejaba de venir porque había crecido. Ye era un modelo de conducta. [...] Luisito era muy cariñoso con ella. En vez de andar de parranda se quedaba en la casa platicando con ella, deteniéndole la madeja de estambre mientras la señora Justina la enrollaba, preguntándole cuál era el secreto para que la sopa de arroz le saliera siempre tan rica. (Castellanos, 1992, p. 54-55).

En la trama se menciona que la situación era insostenible, por lo que Luis, el hijo, decidió irse de la casa y visitar a su mamá solamente cuando no estuviera su padre. La relación entre padre e hijo se analiza en el marco del conflicto debido al desafío de las actitudes esperadas para los hombres que no eran cumplidas por Luis, sobre todo en el

aspecto de la virilidad y la forma en que se trata de imponer un deber ser al personaje masculino del hijo.

La reflexión analítica sobre esta representación permite dos posibilidades, una relacionada con la forma en que la lectora o el lector puede asociar dicho comportamiento con la homosexualidad no declarada abiertamente de Luis, y por lo tanto no asumida por parte de su madre, y otra con la forma en que culturalmente se asocian las prácticas cotidianas del deber ser femenino o masculino con la preferencia sexual de una manera natural cuando no existe una relación causal.

Las hijas Carmela y Lupe, tampoco se muestran asidas a los roles tradicionales de la identidad femenina. En el cuento ambas hijas trabajan como oficinistas. Se deduce que las dos desafían las expectativas culturales en la esfera de la sexualidad. Carmela la mayor se casa con un compañero de trabajo y tiene a su primer hijo siete meses después, infiriéndose que se casó embarazada.

¡Pobre Carmela! ¡Con cuánta ilusión hizo sus preparativos! Y desde el día en que regresó de la luna de miel no tuvo sosiego: un embarazo muy difícil, un parto prematuro a los siete meses exactos como que contribuyeron a alejar al marido, ya desobligado de por sí, que acabó por abandonarla y aceptar un empleo como agente viajero en el que nadie supo ya cómo localizarlo. (Castellanos, 1992, p. 61)

Lupe, su otra hija, no llega a dormir a su casa algunas noches, pero Justina lo interpreta de manera diferente: “Lupe, que vivía con ella, le avisaba muy seguido que no iba a comer o que se quedaba a dormir en casa de una amiga”. (Castellanos, 1992, p. 62-63)

La distancia generacional entre los personajes de este cuento muestra la diferencia entre los estereotipos y roles del “deber ser” femenino y masculino. Las hijas y el hijo se resisten a las imposiciones culturales desquebrajando así el fundamento de la violencia simbólica que implica una aceptación convencida de subordinación. El modelamiento y moldeamiento que Justina y su esposo llevan a cabo no se reproducen en sus hijas e hijo en ninguna de las cuatro esferas de subordinación propuestas por Mitchell.

Carmela experimenta relaciones sexuales antes de casarse, se divorcia, trabaja y no muestra una actitud de sacrificio abnegado hacia sus hijos. Lupe no se casa ni tiene hijos, ella trabaja y como su mamá le dice: “No le guardas respeto a la casa...entras y sales a la hora que te da la gana, como si fueras hombre...como si fuera un hotel...no das cuenta a nadie de tus actos” y Luis, que se desempeña en una actividad laboral como decorador de interiores, no se casó y vive en diferentes momentos con diferentes compañeros masculinos.

Justina es una mujer que justifica sus acciones y las de su esposo en función del deber ser femenino o masculino, visto como algo natural. Ella se muestra adaptada a su condición de mujer considerando en retrospectiva que le hubiera gustado mostrar algo más que pura admiración por su esposo, indicio de resistencia. Los hijos de Justina son los que presentan franca resistencia a partir de estrategias que superan la reflexión y se convierten en prácticas cotidianas fuera de lo esperado para su condición de género.

El domingo y los otros días

El domingo y los otros días, escrito por Ethel Krauze cuenta la historia de una familia desde la perspectiva de la hija de ocho años. En este cuento se puede apreciar la manera en que dentro de la dinámica familiar se va estableciendo la identidad femenina y masculina en los personajes a través del modelamiento y moldeamiento por parte de las personas adultas que se representan. En el cuento se identifica la forma en que la violencia simbólica opera y la manera en que, la experiencia de los acontecimientos, van dando en la protagonista la expresión de resistencia ante los mandatos culturales del deber ser femenino.

La protagonista de esta historia no tiene nombre, solo se sabe que es la segunda de tres hijos. Su hermano mayor Gabriel, es adolescente, y su hermana menor se llama Betina. Al igual que la niña que cuenta la historia, su mamá tampoco tiene nombre, su papá se

llama Alberto. En la familia sirven dos mujeres que se llaman Petra y María. Otros personajes que aparecen en la historia son las abuelas materna y paterna.

La historia se desarrolla principalmente en domingo cuando la niña protagonista va describiendo las actividades que realizan durante el día. La familia va a visitar a la abuela paterna con quien se quedan brevemente ya que su papá se enoja con ella y se regresan a la casa a comer. No se establece el motivo del enojo, sin embargo, es importante señalar que la emoción del enojo es aceptada en la identidad masculina, donde todos los integrantes de la familia se alinean a las decisiones tomadas bajo este estado emocional.

En el cuento se señala que el domingo no se hace comida, se compra hecha. Las hermanas se pelean por obtener la mejor porción y mientras el pleito se desarrolla, a su hermano Gabriel le da tos, lo que hace que su papá se enoje ya que lo considera como muestra de debilidad física.

El papá manifiesta su enojo a través de la violencia dando un puñetazo a la mesa y azotando la puerta, actitud que a los miembros de la familia no les da miedo porque es repetitiva, se han acostumbrado a dicha expresión y la naturalizan. La mamá, ante esta actitud, se queda en el comedor hasta que terminan de comer sus hijos y más tarde alcanza a su esposo en la recámara donde se quedan a dormir la siesta.

La familia cuenta con servicio doméstico; son dos mujeres: Petra y María, que se encargan de cuidar a las niñas. La posibilidad de contratar personal de servicio da muestra del estatus socioeconómico de la familia. La posibilidad económica no exime a la familia de la demanda cultural que se establece para cada género.

Las tardes de domingo, mientras sus padres toman la siesta, las empleadas domésticas sacan a las niñas de la casa y las llevan al camellón a jugar y pasar el tiempo mientras Petra comparte con las niñas y su compañera su sufrimiento amoroso. Este episodio da cuenta de la manera en que se modela el deber ser femenino en función de las relaciones de pareja.

La visita a la casa de la abuela materna es otra de las actividades que se realizan en domingo. El hermano y su papá se quedan en casa viendo el fútbol, situación que le

reclama sin éxito y de la que se queja con la abuela quien la trata de convencer que así son los hombres.

Para terminar el domingo, la familia se vuelve a reunir para ver la televisión. Primero los hijos ven programación para su edad, cuentos actuados. Después la mamá lleva a sus hijas a dormir para quedarse con su esposo e hijo viendo de manera compartida los programas de comedia que le gustan a ella y los de acción que le gustan a su esposo.

Los sábados, las sirvientas llevan a las hijas al mercado mientras su mamá va al salón de belleza para que la peinen y le pinten las uñas. Los otros días de la semana las niñas van a la escuela. Las sirvientas son las que atienden a las hijas, las bañan, les preparan el desayuno y las llevan a la escuela y a clases extraescolares. A Gabriel, su hermano, le exigen que estudie más y su papá se muestra intolerante hacia él.

La niña describe un evento en el que esta intolerancia llegó al extremo. Su hermano quería hacer un trabajo manual para su mamá y utilizar un foco ya que era para la clase de electricidad. Su papá no lo vio bien así que empezó a insultar a su hermano y a perseguirlo mientras daba puñetazos sobre las puertas, entonces la mamá se metió a defenderlo lo que derivó en que le levantara la mano en amenaza de ser golpeada.

Tanto las niñas como las muchachas del servicio se escondieron en el baño mientras esto sucedía, hasta que María salió a auxiliar a su patrona, que casi se desvanecía de la impresión de que su esposo iba a pegarle, pero después todos se comportaron como si no hubiera pasado nada.

En este cuento, tanto la mamá como el papá de la niña protagonista son profesionistas, ella es psicóloga y él es médico, pero solamente el papá trabaja. La mamá se encarga del cuidado y atención del hogar y los hijos, tal como el mandato cultural establece respecto a la identidad femenina. El rol de *madresposa* es modelado con las actividades cotidianas de cuidado y moldeado a través de frases como: “Mi mamá dice que el cuidado del hogar y de la casa es un trabajo de mucho cuidado” (Domecq, 1999, p. 56).

Esta dinámica de producción es un modelamiento para las hijas e hijo de esta familia que establece la violencia simbólica, ya que la protagonista a su corta edad ya

identifica que cuando su hermano sea grande, él no va a tener que cuidar del hogar y los hijos, sino que serán las mujeres las encargadas de esta tarea lo que coloca al rol de la mujer en una posición de subordinación.

En esta historia, la familia tiene dos sirvientas que son quienes llevan a cabo las labores domésticas de lavar, planchar, barrer, sacudir, hacer la comida, bañar a las niñas, arreglarlas, alimentarlas y mandarlas a la escuela. La niña que da voz a la historia considera que el apoyo de servidumbre es hacia la mamá quien, si no estuvieran ellas, sería la encargada de llevar a cabo dichas actividades.

La mamá se hace cargo de la decoración dentro del hogar, cuelga los cuadros y cambia las cortinas. Ella quisiera trabajar en su profesión, pero hasta que sus hijos crezcan, es decir, cuando ya no los tenga que atender. La idea de ejercer su carrera hasta que sus hijos sean grandes es una condición de subordinación para la mujer, en donde se privilegia la maternidad por encima del desarrollo profesional durante varios años a través de los cuales se pierde la experiencia y la posibilidad de obtener satisfacciones en su vocación.

Los estereotipos y roles tradicionales de la identidad femenina y masculina son representados en los personajes de la mamá y el papá del cuento. La notable diferencia entre ambos va marcando una distinción jerarquizada entre la madre y el padre que es integrada como una relación de poder en donde quien lo ejerce es el padre y que todos los demás integrantes de la familia, incluidas las abuelas y el personal de servicio lo asumen sin cuestionar, es decir, se reproduce y legitima la violencia simbólica.

Si bien, el personaje que representa a la mamá de la protagonista no lleva a cabo de manera directa los quehaceres del hogar, si se encuentran elementos de subordinación en el aspecto corporal de la sexualidad. La mamá se enfoca en el arreglo de su persona, va al salón de belleza, se maquilla, se arregla, se peina, mientras las niñas la observan.

Mi mamá tarda una hora en arreglarse. Se pinta, se peina, se pinta más. Betina y yo nos sentamos en el suelo mirándola pintarse. Se pone los aretes, se quita los pasadores, se cambia los aretes. Nunca termina (Domecq, 1999, p. 53).

La mamá modela el deber ser femenino en el aspecto corporal de la sexualidad y el uso del tiempo que invierte en terminar de arreglarse. Sus hijas observan las conductas que debe tener una mujer para agradar a su esposo. Ella las instruye diciéndoles que deben aprender a hacer algo en la vida, porque si les tocan malos maridos ¿qué van a hacer?, hay que trabajar.

El deber ser está moldeado a partir de frases como: “Que seamos buenas, bonitas e inteligentes para conseguir maridos honrados que nos tengan bien colocadas” (Domecq, 1999, p. 57). En este episodio se nota cómo desde la infancia se educa para ser esposa, brindando o previendo que puedan conseguir un trabajo en caso de que le salga mal marido. La transmisión de la idea de que “el marido le sale malo” le quita la responsabilidad a la mujer de elegir pareja de acuerdo con sus gustos y preferencias, además de que debe hacerlo en el marco de heterosexualidad y en una posición de ser elegida por el hombre.

Las niñas no solo observan el modelamiento de la identidad femenina por parte de su madre, sino también de la abuela y de las empleadas domésticas integrando en su psicología una diferencia jerárquica entre la madre y el padre. Es un modelo de discriminación que no solo se reproduce en las relaciones de género sino también en cualquier otro tipo de imposiciones sociales ya que lo que se vive como dominación tiene su origen en la dominación de género.

En este cuento se puede distinguir la forma en que a las niñas se les hace ponerse vestidos incómodos para lucir bonitas a pesar de que les pican y además no pueden ensuciarlos:

Mi mamá nos obliga a ponernos los vestidos de domingo. No, esos, no, pican. Si, esos, para eso son, para salir los domingos. No, están tiesos, ¡me raspa el holán! Si no no salen, ya saben, se quedan encerradas, ¿qué no ven que se ven muy bonitas? Betina no se puede mover en su vestido. Nos matan si los ensuciamos. ¡Qué horribles y odiosos vestidos de domingo! (Domecq, 1999, p. 53)

Se enseña desde los primeros años a aguantarse la incomodidad en pos de lucir bellas a los ojos de los demás, en estas niñas son los vestidos, después vendrán las faldas, los zapatos de tacón, la ropa interior. Incluso desde pequeña se asigna a la ropa colores

característicos como el trajecito rosa de angora que en el cuento se menciona que le regalaron a su hermana.

También desde niña se reconocen cuáles son los accesorios propios del género femenino y hacia dónde dirigir el deseo, ya que las dos niñas al ver los juguetes son atraídas por bolsa y monedero. Se muestra como las niñas a esta edad han naturalizado la forma en que la mujer se adorna, y que a pesar de la falta de movilidad que le dan los vestidos de holanes o los accesorios, es una condición propia de la identidad femenina.

La sutileza de este entrenamiento conlleva a la desigualdad en el desarrollo humano. Las niñas del cuento, a diferencia de su hermano, no pueden experimentar las situaciones cotidianas de la misma manera ya que son forzadas a aprender lo que les toca por haber nacido con sexo femenino. El uso de ropa incómoda no le da la misma libertad de movimiento, restringiendo así el desarrollo de las habilidades motrices y por consiguiente cognitivas que se forman durante la etapa de la niñez.

Este “entrenamiento” sobre el aspecto físico en la mujer fomenta la atención y vigilancia sobre el aspecto de las otras mujeres cayendo en la crítica de su apariencia, como se nota en la frase que la mamá le dice a la abuela respecto a una conocida: “El negro azabache no le cae bien en el pelo, por el tipo de la piel es mejor el cobrizo” (Domecq, 1999, p. 54). Junto con esto, el uso de las cremas para cuidar el cutis que fomenta el anhelo del sistema social androcéntrico de la eterna juventud en las mujeres: “La abuela Tita le dice a mi mamá que la crema Segundo Debut es muy buena para el cutis” (Domecq, 1999, p. 55).

El culto al cuerpo comienza a ser inculcado desde la infancia, ligado a la ganancia de que entre mejor cuerpo y cara tengas, mejor marido se conseguirá: “Mi mamá dice que las niñas que bailan después van a tener piernas bonitas para casarse” (Domecq, 1999, p. 57). Mientras que la sirvienta Petra desea tener piernas bonitas para casarse, se sabe que el último novio que tuvo era gordo y bigotón, lo cual denota como la estética no es una exigencia para el género masculino y por ende se experimenta el ser hombre sin el estrés de luchar contra el tiempo y la apariencia.

En este cuento se refleja la forma en que se transmite la importancia de ser y estar bella para mantener al marido interesado: “Los sábados nos llevan al mercado para que a mi mamá la peinen con tubos en el salón de belleza y le pinten las uñas” (Domecq, 1999, p. 58). Es decir, se establece que la permanencia en el vínculo de la relación de pareja está a cargo de la mujer, en donde sí la relación terminara, se explica en la lógica de la responsabilidad de ella por el descuido de su apariencia física.

En este cuento se puede inferir que la siesta que tienen los papás es para un encuentro sexual. Siendo así, el arreglo personal que la esposa lleva a cabo en el salón de belleza está en función de la relación sexual de la que ella también participa activamente. La práctica de embellecerse está asignada culturalmente a la mujer, con el mensaje implícito de ser agradable a la vista del otro. La manifestación sexual en la relación de pareja del personaje femenino es asociada a la belleza externa de su cuerpo. El cuerpo se adorna como un objeto que será entregado a otro.

El hermano de las niñas, Gabriel, es maltratado por su papá cuando muestra conductas que no corresponden a la identidad masculina, por ejemplo, cuando se quería llevar un foco de la casa para hacer una manualidad para el día de las madres.

Y mi papá no quiso. Y mi mamá le dijo que para que quería el foco y Gabriel dijo que era sorpresa y mi papá gritó mucho porque no quería que se llevara el foco y dio de puñetazos en las puertas y persiguió a Gabriel por toda la sala. Gabriel tosía mucho y mi mamá lloraba y decía: Alberto, por favor, te lo suplico ¡déjalo que se lleve el foco! ¿Para qué quiere este gandul el foco? También le dijo güevon y también sisi boy y gritaba mi papá. Y Gabriel ya no podía ni hablar (Domecq, 1999, p. 55).

En este episodio puede apreciarse cómo el padre impone órdenes a través de la violencia y los insultos verbales. El término *sisi boy*¹³ es un término peyorativo que se utiliza para referirse a un muchacho u hombre que no conforma los estándares masculinos

¹³ *Sissy* se deriva del término *sister* (palabra del idioma inglés que se traduce al español como *hermana*), e implica falta de coraje, fuerza, atletismo, coordinación, testosterona, libido masculina y calma estoica lo que tradicionalmente se asocia con masculinidad. Esta palabra se usa para referir un comportamiento afeminado.

de los estereotipos de género. El adolescente somatiza y tose, acción que critica su padre porque la asocia a una debilidad femenina.

La mamá lo intenta calmar, recibiendo también agresión. La servidumbre le sugiere que obedezca al señor para que ya no siga violentándose, parte esencial que refuerza la identidad de género en ambos sentidos. Mandar-obedecer o de lo contrario, violencia: él manda, ella obedece.

La violencia simbólica se muestra ampliamente en este episodio más allá de la violencia explícita. Cuando la muchacha de servicio sugiere que obedezca a su marido, remite a la integración de la dinámica de pareja jerarquizada, ya que solo en una relación de subordinación se presenta el que manda y el que obedece.

Una de las observaciones que Pierre Bourdieu realiza respecto el cambio en los patrones jerarquizante entre mujeres y hombres es el acceso a la educación. Restar importancia a la preparación académica de las niñas y adolescentes es una clara manifestación de la violencia simbólica.

Incluso el tipo de educación que se recibe, por ejemplo, el taller de electricidad se asocia con una destreza masculina. La exigencia académica es mayor hacia su hijo que hacia las niñas: “Gabriel si estudia y lo regañan mucho para que estudie más” (Domecq, 1999, p. 57) y denota como a su hermana y a ella no les exigen igual por lo que la menor deduce que a sus papás no les preocupa mientras puedan conseguir maridos honrados.

La niña protagonista de esta historia, muestra indicios de resistencia. Ella cuestiona las imposiciones que experimenta y muestra inconformidad. Por ejemplo, en la “vestimenta de domingo” ella no se siente a gusto con el vestido que le pusieron y se lo quiere quitar. Se rebela a los atributos que se intentan desarrollar como parte de su condición de mujer, expresa que odia la pintura. Cuestiona lo dicho por su mamá cuando dice que un hombre estudia de verdad y ella se pregunta si entonces ella y su hermana estudian de mentira.

La niña dice que a ella no le gustan los maridos, que le dan miedo. Ella sueña con ser una maestra de primaria lo cual implica realizar actividades remuneradas en la esfera de la producción. La menor rechaza el establecimiento de los roles que se le atribuyen a la mujer

e imagina, desde su experiencia, otra posibilidad. Una posibilidad de no estar casada y de trabajar. La protagonista se resiste a integrar como parte de su subjetividad los mandatos culturales establecidos socialmente a la identidad femenina:

Sí nos gusta el programa, pero ya me cansó que el bien siempre triunfe sobre el mal. Dice Cachirulo que así debe ser, que el bien es bueno y el mal es malo. Sí que gane el bien, pero las princesas son muy idiotas, son buenas y obedientes. ¿Por qué no tiran la sopa? ¿Por qué no patalean? No se jalan los pelos por el ala de arriba. Nunca se vomitan ni lloran. Betina quiere ser princesa. Yo quiero que me compren otro globo (Domecq, 1999, p. 59).

La resistencia observada en la niña protagonista, se presenta a través del cuestionamiento y la reflexión de lo que va experimentando tanto dentro de su familia como en los medios de comunicación. Cuestiona el comportamiento de los personajes femeninos en la televisión, de lo que su mamá le dice que tiene que hacer cuando crezca y de lo que ve en su papá. Ella lo rechaza, no lo acepta lo que forma parte del establecimiento de la resistencia.

Rosario

El cuento de Rosario, escrito por Aída Castañeda, retrata la historia de una mujer llamada Rosario que está casada con el General Lorenzo Acuña con quien tuvo tres hijos. Ella era veintisiete años más joven que el general, había quedado huérfana y aprovechando esta situación el general le propuso matrimonio cuando tenía veinte años. Rosario era microbióloga pero no trabajaba y pasaba los días en su casa limpiando, lavando, preparando la comida y atendiendo a sus hijos y a su esposo.

El trato del general hacia Rosario solía ser despreciativo y humillante. Los hijos, de ocho, dieciséis y diecisiete años, ni siquiera la llamaban mamá e imitaban la forma mandona en que la trataba su papá. Para Rosario esta situación la desgastaba, ella rechazaba este tipo de trato, deseaba tener la fuerza para vencer su miedo y poder cambiar su calvario.

El rol de Rosario dentro de la casa era de servir y obedecer a su marido y a sus hijos en sus necesidades, hasta que un día ella explotó y sugirió que se contratara a una sirvienta.

El general respondió burlescamente diciéndole que, si quería una, entonces ella se pusiera a trabajar para poder pagarla.

Este momento del cuento, marca un parteaguas en la historia, ya que Rosario consigue un empleo. En el trabajo ella es admirada por su empleador en cuanto a su belleza la cual decide resaltar a través de la forma de vestirse. Su autoestima se ve fortalecida. Ella comienza a vestirse mejor y sentirse contenta con lo que ve de ella en el espejo.

Respecto a la educación de los hijos, ella sintió autoridad para corregirlos. La protagonista puso un límite al mal trato de su esposo. Ella le advirtió que si volvía a ofenderla se iría, ante lo cual los hijos sorprendidos por primera vez la llamaron mamá.

En este cuento se representa la dinámica familiar en donde Rosario transita del espacio de producción privado al público. Al principio de la historia la protagonista emplea su tiempo en labores domésticas: cocina, limpia, lava, plancha, atiende a su marido, a sus hijos y hasta baña al perro. Ella aparece como una sombra, un fantasma que se pierde entre estos menesteres, desposeída de su casa como propia ya que reconoce que es la casa de su esposo. Al no ser propietaria no tiene independencia patrimonial.

En la historia, Rosario siente inconformidad por el papel que desempeña. Para ella ser madre es algo más que servir y sufre porque sus hijos no la llaman mamá. Las labores del hogar traen consigo un cansancio que va creciendo, hasta el punto de explotar.

El personaje rechaza esta condición y ante el permiso explícito de su marido (atributo tradicional del deber ser femenino: pedir permiso y obedecer) vemos como transita de la producción doméstica a la pública al conseguir trabajo.

Este episodio marca la diferencia entre una Rosario sumisa, abnegada al servicio de la familia y otra Rosario segura de sí misma, dispuesta e independiente; pero con la responsabilidad impuesta y asumida de mantener la casa en orden. El rol de servicio que se le asigna a la mujer es naturalizado por los miembros de la familia. La violencia simbólica se identifica en la expresión de la hija adolescente que reclama a manera de pregunta ¿quién hará las labores del hogar?, asumiendo que es responsabilidad de la madre.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

El general le responde que: “Si ella quiere trabajar, que trabaje y que se las arregle como pueda con los oficios de la casa” (Meza 2017, p. 304). Esta frase no solo reitera la exigencia del deber ser femenino en cuanto a su calidad de servicio, de *madresposa*, sino que instruye a su hija adolescente para que aprenda a través de la dinámica de pareja lo que en un futuro le espera a ella.

En este momento del cuento, se aprecia la imposición de la doble jornada, la cual consiste en seguir haciéndose cargo de los quehaceres domésticos, independientemente de que también se tenga un trabajo formal fuera del hogar. La exigencia en la esfera de la producción en el ámbito privado continúa, por lo que es también la encargada de buscar quien la supla y pagarle.

El ejercicio de la maternidad es para Rosario una actividad sin reciprocidad ligada a las acciones de servir, sus hijos ven en ella, más que a una madre, una sirvienta, lo cual lastima emocionalmente a Rosario:

Se multiplicaba diariamente para cumplir con las obligaciones de la casa, y atender al impertinente marido y a los *niños* como él les llamaba siempre a sus tres hijos [...] Con pasos de heroína cansada, iba de la cocina al comedor, del comedor al lavandero, del lavandero al tendedero, del tendedero al cuarto de planchar y todavía por las noches tenía que frotar con unguento “milagroso” el pecho de mono del General, para evitarle según él, la persistente tos que le ocasionaba el puro. (Meza, 2017, p. 301)

Sus hijos con este trato aprenden, por modelamiento, la forma en que se debe ser madre. Para Rosario escuchar la palabra mamá de parte de sus hijos es un anhelo que no recibe porque a su esposo le causa gracia que la llamen Chayo (diminutivo de Rosario), lo cual lleva implícita la actitud de poder donde él impone una práctica que coloca a Rosario en desventaja porque le resta autoridad a la figura materna negándole el reconocimiento a través de la palabra que la define.

La protagonista recuerda como los amamantaba y desvelaba cuidándolos como una actividad propia de la maternidad y nota la forma en que poco a poco se parecen a su padre en el trato despectivo que él le da. La cotidianeidad de estas acciones consolida la violencia

simbólica. Los integrantes de la familia, ven de manera natural que la mujer que les dio la vida les sirva a ellos y a su papá. Aprenden la forma de mandar a través de la humillación y se adhieren a dicho esquema a través de las demandas para que ella satisfaga sus necesidades.

El general, les permite a sus hijos que hagan lo que quieran, aunque Rosario se los hubiera prohibido, y favorece el trato austero y mandón, como medio de socialización que el padre modela desde los primeros años de vida de la hija y los hijos como se es hombre y cómo se trata a una mujer.

Rosario muestra su capacidad de negociar con el medio la resistencia a los mandatos culturales establecidos cuando comienza a ejercer su profesión de manera remunerada. El desarrollo de su vocación a través del trabajo no solamente la recompensa de manera económica retomando la autoridad de su casa, sino que también en su forma de mirarse a sí misma. Rosario comienza a arreglarse de manera que se observa bella ante el espejo.

Se ve en el espejo. ¿Soy hermosa? Sí, sí, sí, soy hermosa todavía. [...] Un mes después: Rosario entra a la sala con la cabeza alta y la espalda recta. Está guapísima con sus zapatos nuevos muy altos y su falda una cuarta arriba. Despide un delicioso olor a *Gucci*, otea el ambiente. (Meza, 2017, p. 305)

Este proceso culmina en afianzar su posición como madre ante sus hijos, y de mujer autónoma ante su marido. La autonomía que el personaje de Rosario representa, tiene también una arista que no se puede descuidar; tiene que ver con la expresión de la sexualidad a través del cuerpo y su exigencia en el estereotipo de belleza.

En el aspecto de la sexualidad, Rosario se ve atrapada en la forma de vestir, primero con ropa gastada, pasada de moda que no puede comprar porque depende económicamente de su marido y en un segundo momento cuando empieza a trabajar, debido a esta demanda social de vestir prendas que resaltan la figura manteniendo la espalda erguida y el vientre disimulado.

En este campo Rosario se muestra más cómoda ya que se descubre atractiva y esto le da seguridad. El hombre que la entrevista para darle el empleo se muestra halagador

hacia ella, primero haciendo referencia a que se ve más joven de la edad que tiene, y después alabando su aspecto físico:

[...] es usted una persona muy conservada, tiene una cabellera hermosa, y ¡qué ojos! Tan regios como su cabello. Si se soltara el moño se vería más guapa [...] En realidad no hay nada más estimulante para un hombre que trabajar con mujeres bellas (Meza 2017, p. 305)

Como se mencionó anteriormente, este evento empuja a Rosario a descubrirse nuevamente hermosa, aunque también queda al descubierto la posición del empleador, en la expresión de su identidad masculina, en cuanto a valorar en ella su atractivo físico y el placer que le daría verla de manera cotidiana. Esta frase denota una clara visión androcéntrica que valúa al cuerpo de la mujer con la finalidad de agrandar la pupila masculina.

Cuando Rosario empieza a trabajar y a ganar dinero, ella se compra ropa que deja ver sus piernas y usa zapatos de tacón. La vestimenta que se identifica como parte de la feminidad de la mujer, limita el movimiento y hace mostrar la figura erguida, lo que tiene una interpretación de subordinación en la esfera de la sexualidad ya que como dice Bourdieu, limita la libertad de movimiento, se restringen las actividades, se requiere ayuda y motiva una apariencia femenina que en el sistema social androcéntrico ha sido determinada como representación de belleza.

Simbólicamente en el cambio que experimenta el personaje de Rosario despide un olor a Gucci¹⁴ a diferencia del “olor a humo, a condimentos, a detergentes y a tantas cosas más menos a mujer joven todavía” (Meza 2017, p. 305), esto muestra el salto de la esfera de producción en el hogar al espacio público.

Cuando Rosario está en posibilidad económica de contratar a una sirvienta, su posición dentro de la familia se consagra y puede verse la manera en que establece los límites con su hija, hijos y esposo lo que conlleva al reconocimiento de ella como persona.

¹⁴ Gucci es el nombre de una empresa italiana dedicada al diseño y fabricación de artículos de moda, entre ellos perfume.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Rosario, la protagonista del cuento, representa a una mujer que desafía los mandatos culturales del deber ser femenino, a través del fortalecimiento de su identidad ella toma conciencia sobre las estructuras que mantienen su condición de desigualdad y subordinación. Rosario experimenta a nivel emocional la insatisfacción de su rol dentro del sistema familiar, cuestiona y reflexiona sobre la manera en que está viviendo.

La posibilidad de encontrar un trabajo se encuentra estrechamente relacionada con su educación académica. La posibilidad de obtener un ingreso económico impacta a la vez en la posibilidad de explotar su belleza a través de la forma de arreglarse, esto incide de manera positiva en su autopercepción lo que favorece su sensualidad. Rosario realiza cambios autónomos en su cotidianeidad construyendo así una alternativa en la identidad femenina.

Señorita en la cuadra

El cuento de señorita en la cuadra de Lety Elvir, es narrado en la voz de la protagonista, una niña que entra a la pubertad a partir de su primera menstruación y cuenta los cambios que su madre y abuela le imponen en su vida ahora que es señorita.

La trama comienza describiendo una escena en donde la niña juega con un papalote volándolo más alto que sus otros compañeros hasta que siente como si se hubiera orinado, entonces ella abandona el juego para ir al baño de su casa donde descubre gustosa que ha manchado su calzón de sangre.

Ella corre a darle la buena noticia a su madre esperando verle una alegría similar, sin embargo, la respuesta es distinta, su mamá se muestra molesta; le da indicaciones de lo que tiene que hacer cada vez que menstrúe; le prohíbe volver a jugar los juegos infantiles bajo amenaza de ser castigada si la ve brincando junto con sus compañeros de juego.

Las prohibiciones aumentan con su abuela. Ella también le prohibió comer ciertos alimentos mientras tuviera el periodo de sangrado menstrual, mojarse o caminar sobre sus plantas del huerto argumentando que se secarían.

Los meses pasaron, y hubo uno en el que el sangrado mensual estuvo ausente. Este suceso provocó la angustia de su madre quien la llevó de inmediato con un médico

particular el cual les explicó que era algo normal, que no tenían por qué alarmarse ya que el himen estaba intacto. La abuela comparaba el himen con un cristal y constantemente le explicaba a la niña que si este se rompía ya nunca sería igual.

Como señorita que ahora era, su madre intentó enseñarle a cocinar, pero ella no aprendía bien provocando una frustración tal en su madre que terminaba maltratándola y diciéndole que los hombres la golpearían y estallarían los platos en su cara por no saber hacerlo.

La ansiedad que la protagonista observa en su madre y abuela le causa gran curiosidad. Una tarde que se queda sola en la casa decide explorar su cuerpo, en especial su vulva. Al verse y tocarse ella siente placer, comprende que esta parte de su cuerpo es suya y que no permitirá que nadie le dé órdenes sobre su cuerpo.

Esta experiencia la impulsó a poner a prueba aquellas prohibiciones que su madre y abuela le impusieron sobre la alimentación y la forma de comportarse. Al darse cuenta de que eran falacias porque no pasaba nada de lo que le advertían, sintió compasión por ellas. Los gritos de miedo de su madre y los gritos felices de su cuerpo que evocan los del placer orgásmico, hicieron que los vecinos supieran que había señorita en la cuadra, lo que le da nombre al cuento.

Las personas empezaron a buscarla para que les diera la buena suerte y las propuestas de matrimonio no se hicieron esperar, pero la protagonista de esta historia se muestra al final como propietaria de su destino, como una mujer que no depende de ningún hombre ni permite los malos tratos que su madre trataba de evitar enseñándole los quehaceres del hogar.

En este cuento, la familia representada está integrada principalmente por la protagonista, su mamá, abuela, se mencionan los personajes de dos hermanos menores que no tienen participación directa en la trama. En la dinámica familiar, se ve claramente la forma en que se le instruye a la protagonista para adquirir las habilidades y destrezas del cuidado del hogar propias de la esfera de producción: “Mi madre pretendía adiestrarme en el arte culinario y me llevó a la cocina: como ya sos una señorita tenés que aprender a cocinar y a hacer tortillas bonitas” (Meza, 2017, p. 440).

La madre de la menor, simbólicamente, la lleva a la cocina. La cocina es el escenario del hogar más representativo de la esfera de producción. La madre de la menor, socializa a su hija de acuerdo a los mandatos culturales del sistema social androcéntrico que ella ha interiorizado a través de la violencia simbólica. Ella trata de moldear un deber ser en su hija a través de las instrucciones culinarias y las palabras que descalifican a las mujeres que no lo hacen:

Las tortillas se palmean en las manos y no en bolsas plásticas, ni máquinas, como lo hacen las haraganas; se coloca de este lado sobre el comal, luego se le da vuelta con los dedos y de nuevo se vuelve a voltear, en ese punto se inflarán y si no, se le presiona con los dedos (Meza, 2017, p. 440).

La madre de la adolescente, en esta labor que la esfera de socialización le demanda, muestra preocupación porque su hija aprenda todo lo relacionado con la cocina, sintiendo frustración y enojo cuando la chica no aprende adecuadamente. La madre le advierte sobre las consecuencias violentas que el sistema social androcéntrico impone a las mujeres que no saben cocinar y ella misma la golpea. El maltrato físico de la madre hacia su hija, hace la función de un entrenamiento para que aprenda a recibir la violencia explícita de la que será objeto por no saber cumplir con el rol que culturalmente se le exige por ser mujer: “Los hombres me golpearían y estrellarían los platos en mi cara porque no sabía cocinar” (Meza, 2017, p. 441)

La frase de su mamá muestra la naturalización (aceptación-justificación) de la violencia masculina hacia la mujer, al no cumplir con el rol esperado para su género, pero la protagonista, acostumbrada a volar papalotes más alto que todos los demás, duda de la validez de esas ideas, es decir, se resiste. Para ella la menstruación es un suceso feliz: “revisé el calzón y descubrí que huellas de sangre oscura humedecían la parte interna de él. Me inundó la alegría, algún tipo de orgullo y la certeza de que algo nuevo y bonito había comenzado a pasarme” (Meza, 2017, p. 439).

Pero cuando se lo cuenta a su mamá y a su abuela no comparten la alegría, transmiten con su lenguaje no verbal desacuerdo e inconformidad y comienzan las prohibiciones:

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Y vos, muchachita, cuando andés con esa cosa, prohibido comer huevos, leche y aguacate, meterte bajo la lluvia o bañarte durante los tres primeros días, ni caminar sobre las plantas de mi huerta porque se secarán (Meza, 2017, p. 440)

Y las prohibiciones sobre su propio cuerpo:

La abuela se ponía a explicarme didácticamente una y otra vez que las mujeres éramos como un cristal que si se rompía nunca sería igual, “un vaso roto aunque se pegue ya no es lo mismo, mientras que los hombres son diferentes, ellos con sólo bañarse quedan igual” (Meza, 2017, p. 440).

Las mujeres adultas de esta historia legitiman esa simbolización cultural de la diferencia sexual que el sistema social androcéntrico impone, y la reproducen dando como un hecho naturalizado al cual hay que someterse y aguantar porque eso les tocó al haber nacido mujer.

En los personajes de la madre y la abuela se puede identificar la manera en que ellas perpetúan los lineamientos del deber ser de género. Ambas, como mujeres, responden a lo culturalmente impuesto sin posibilidad de cuestionarlo o rebelarse asumiendo el rol femenino y la superioridad del género masculino. Esto se percibe incluso cuando toca ir al médico a que examine el cuerpo de su hija. Ellas prefieren uno que sea hombre porque consideran que ellos saben más:

Meses después la regla desapareció, mi madre que nunca me llevaba a médicos privados aunque me reventara un dolor de muelas, oídos, garganta o estómago, esa vez corrió a un ginecólogo, “varón porque los médicos varones saben más”; él dijo que era normal, que no se preocupara porque el himen estaba intacto y volvería la menstruación. (Meza, 2017, p.)

La violencia simbólica muestra su efecto en el actuar de la mamá y la abuela de la protagonista ya que está claramente dirigido en una orientación androcéntrica donde se le asigna a la mujer una posición de ignorancia respecto al hombre a quien se le debe servir y entregar un cuerpo inmaculado. La señorita, en cambio, piensa diferente. Ella experimenta otra posibilidad de ser mujer y no solo cuestiona la serie de mandatos que se le han ido

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

imponiendo desde que tuvo su primera menstruación, sino que también comienza a cambiar acciones cotidianas, lo que constituye una forma de resistencia.

La diferencia en el aspecto sexual es remarcada por la abuela ligada a la capacidad de gestación, cuando le dice a su nieta que ellos solo con bañarse quedan igual (refiriéndose a la actividad sexual de los hombres). La abuela no da alternativas del uso de anticonceptivos como medio de evitar un embarazo no deseado.

La protagonista muestra resistencia a los roles y estereotipos que le intentan imponer su madre y abuela representando al sistema social androcéntrico. Ella desafía las prohibiciones impuestas desde lo que es suyo más que nada: su cuerpo. Cuando se queda sola ella explora su cuerpo, lo observa, lo toca y al sentir placer se adueña de sí misma.

Por fin me quedé sola en casa, bajé el único espejo grande que colgaba de la pared, lo coloqué al ras del suelo, me senté abierta frente a él, sin calzón, y empecé a buscar la razón de la ansiedad de las mujeres de mi casa. [...] Me encontré con algo parecido a un rostro, con nariz, labios, cabellos, ojos, una boca húmeda encarnada y abierta, tres agujeritos que no sabía a donde llevaban pero no me atreví a entrar mis dedos porque por ahí estaba el cristal del que hablaba la abuela y me podría herir, y entonces ellas adivinarían que yo lo había quebrado, o que yo había visto lo prohibido, lo misterioso, lo mío, lo que me era negado, ocultado, a pesar de que estaba en mi cuerpo y por tanto era mío, pero lo cuidaban para alguien más, yo sólo era la depositaria irresponsable que lo podía echar todo a perder (Meza, 2017, p. 441-442).

La exploración de su cuerpo la hace en privado. Ella ve el reflejo de su sexo en el espejo, se conoce a sí misma en lo más íntimo de su ser físico y teme ir más adentro por ser descubierta en el atrevimiento de profanar algo que será para un hombre en el futuro, pero ella rechaza este mandato: “Frente al espejo me quedó claro que ese lugar era mío. Desde ese día decidí que nadie me mandaría, que si era necesario diría a todo sí y haría lo contrario si a mí me parecía lo correcto” (Meza, 2017, p. 442).

El momento crucial de verse a sí misma y experimentar las sensaciones de su cuerpo como una manifestación de su erotismo la lleva a saberse dueña de sí misma. La

resistencia a los mandatos culturales encuentra el resquicio en la esfera de la sexualidad. Ella se apropia de su cuerpo y a partir de esta experiencia desafía las otras prohibiciones:

Con la menstruación me escapaba en las noches a caminar sobre la huerta de la abuela y las plantas no se secaban, daban los mismos frutos: si eran sandías, sandías rojas y dulces crecían; si eran frijoles, frijoles rojos o negros salían, si eran patates, patates frondosos salían, etc., ¡puras patrañas!, [...] También me bañaba las veces que yo quisiera, la dieta me daba igual, todas las comidas me gustaban. Con los gritos de miedo de mamá y los gritos felices de mi cuerpo, los vecinos se dieron cuenta de que había señorita en la cuadra (Meza, 2017, p. 442).

Y así, ella tomó las riendas de su destino (como tomaba las del papalote) mostrando a su madre y a su abuela una alternativa en la identidad femenina:

Mamá ya no teme que algún mequetrefe me tire los platos en la cara, ella ahora entiende que las mujeres (algunas, al menos) hemos cambiado y no aceptamos berrinches de majaderos, ni dependemos de un hombre para ser. Sabe que desde muy temprano aprendí a elevar papalotes y a poner la basura en su lugar (Meza, 2017, p. 443).

En la protagonista, la experiencia de apropiarse de su cuerpo, sensualidad y erotismo escapa al efecto de los dispositivos socializadores que ejercen una violencia simbólica y muestra una forma de resistencia única ya que es desde lo que le es propio que encuentra los resquicios a través de los cuales desafía el orden simbólico de la diferencia sexual que la cultura impone a través de las agencias de socialización, principalmente la familia.

Conclusiones

La simbolización cultural de la diferencia sexual dentro de la familia, representada en los cuentos analizados, se lleva a cabo a través del modelamiento y moldeamiento de los roles y estereotipos de género desde la infancia. Lo que los personajes perciben desde temprana edad es una dinámica de relación jerarquizada entre los integrantes de la familia donde la posición subordinada la ocupa la mujer.

Los medios a través de los cuales se interioriza y asume de manera natural la diferencia entre mujeres y hombres son los roles, las normas y valores que determinan el “deber ser” de la identidad femenina y masculina, los cuales, son integrados en la subjetividad de las hijas y los hijos como un orden natural de las cosas por medio de la experiencia cotidiana en la dinámica familiar.

Este “deber ser”, visto como un ejercicio permanente de imponer un sistema simbólico que establece diferencias significativas para cada sexo, establece una jerarquía que se refuerza por medio de las agencias de socialización, principalmente la familia; consolidando así en el género femenino una adhesión incuestionable al rol subordinado dentro de la relación de dominación, es decir a la violencia simbólica.

La investigación realizada permite determinar que existe un proceso de resistencia a la perpetuación de la simbolización cultural de la diferencia sexual, el cual consiste en identificar, cuestionar, reflexionar y modificar las condiciones prácticas que le han sido impuestas en las esferas de producción, reproducción, socialización y sexualidad. La sexualidad, conformada por el cuerpo, la sensualidad y el erotismo, se presenta como el espacio primario de resistencia, ya que es en el reconocimiento del cuerpo y la apropiación de sus sensaciones que las protagonistas impulsan su motivación al cambio en las prácticas cotidianas.

El proceso de resistencia pasa por distintas etapas. En la reflexión que realiza acerca de su situación en el contexto familiar, la mujer identifica un sentimiento de inconformidad del que busca su origen. La experiencia se confronta con la expectativa. Los mandatos culturales que le fueron impuestos, como medio de realización de su ser mujer, no logran su

objetivo y los cuestiona. Este cuestionamiento da paso a la reflexión de su situación personal y descubre que su condición de “ser para otros” no la satisface, pero también se da cuenta de las limitaciones (económicas, sociales y subjetivas) que tiene para salir de este estado de insatisfacción.

En este momento de reflexión se pueden dar dos posibilidades: regresar al estado de subordinación o romper con este y desarrollar su potencial humano, resistiéndose al ejercicio de poder por medio de nuevas resignificaciones simbólicas que conformen la identidad femenina.

En el cuento de *Una mujer llamada Carmela*, la protagonista ejerce un rol tradicional en el deber ser femenino. Ella se muestra al servicio de su esposo, llevando a cabo los quehaceres del hogar como acciones constitutivas de la identidad de género femenina, es decir, ella sirve a su marido como una función que le corresponde al rol de esposa.

Carmela asume este deber sin cuestionarlo y trata de llevarlo a cabo de manera creativa, esto es resultado de la violencia simbólica porque ella acepta su posición de subordinada dentro de las esferas de producción, reproducción, socialización y sexualidad, como parte del orden social de las cosas, como su destino. Ella está supeditada al reconocimiento de su esposo, quien en vez de eso la humilla y maltrata.

La respuesta de Carmela se vierte hacia sí misma a través de la ira. Ella se da cuenta de que no le gusta la manera en que es tratada por parte de su esposo, toma conciencia de que está al servicio de los demás sin que aquello le retribuya ninguna satisfacción, pero no cuenta con los recursos simbólicos, es decir, con otros modelos de ser o referentes en los cuales mirarse, tampoco con posibilidades económicas ni sociales para romper con esta imposición. La decisión que toma es mantenerse en el estado de subordinación.

Las normas y valores que determinan el deber ser de la identidad femenina son integrados a partir de diferentes agencias de socialización, principalmente la familia. En el cuento de *La Libertad, Bienvenida*, la protagonista, es educada por su abuela bajo un estricto sentido del “deber ser” femenino. La simbolización cultural de la diferencia sexual es moldeada a través de los roles que la abuela transmite por medio del aleccionamiento en

los quehaceres del hogar, el impedimento de asistir a la escuela formal y por consiguiente el convencimiento de casarse con un buen partido.

Bienvenida, en su infancia, obtiene de los libros religiosos y las novelas románticas el modelamiento del deber ser femenino, en el cual se muestra a la mujer de manera pasiva y al servicio de la figura masculina. La integración de los roles y estereotipos, como esencia de su identidad femenina, en cada una de las esferas de subordinación es la manera a través de la cual se instaura la violencia simbólica.

Bienvenida, no se siente conforme con el rol de *madresposa* que le ha sido impuesto, ella identifica el origen de su malestar y cuestiona su rol y el de su esposo en cada una de las esferas de subordinación. Bienvenida resiste a los mandatos culturales impuestos, pero en la oportunidad que tiene de modificar su rol, cuando su esposo se va, descubre que no cuenta con los elementos para poder llevar a cabo las funciones de mando que él tenía y descubre también que su hija y su hijo no legitiman su autoridad como madre. Bienvenida, piensa entonces que preferiría que las cosas fueran como antes.

La percepción de la relación entre mujeres y hombres, como una dinámica jerarquizada desde temprana edad, se identifica en la representación familiar del cuento de *Mina*. La transmisión de los roles y valores que determinan el deber ser de la identidad femenina y masculina, son integrados en la subjetividad de Mina, de su hermana y de sus hermanos como un orden natural de las cosas a partir de la experiencia cotidiana de ver al padre como la autoridad y a la madre como un elemento más de la familia que sirve y obedece.

En esta dinámica de relación jerarquizada en la relación de pareja que conforman la mamá y el papá de Mina, se asume de manera natural que es él quien manda. La mamá se somete, modelando así, la forma en cómo se tienen que comportar, no solo sus hijas sino en general las mujeres. Los hijos identifican el estereotipo masculino que impone su poder dentro del hogar y el estereotipo femenino que calla, obedece y atiende.

La violencia simbólica, se instaura en esta cotidianeidad dentro del núcleo familiar y, se refuerza a través de otras agencias de socialización como la religión y los medios masivos de comunicación que rodean a la protagonista de esta historia. El moldeamiento

que surge a través de las representaciones del deber ser femenino y masculino se conjugan para convencer del orden natural de las cosas en las relaciones de género y disminuir la capacidad de resistencia.

El personaje de Mina muestra la manera gradual en que su resistencia va disminuyendo. En los primeros años que transcurren en la historia, Mina rechaza la expresión de poder que su padre muestra hacia el interior de la familia. Ella se siente inconforme y rechaza la sumisión con la que su madre acepta las imposiciones de su padre; conforme pasa el tiempo Mina deja de resistirse y asume el rol de servicio de su madre para cuidar y atender a su padre.

La identidad de Mina se consolida en el marco de lo tradicional. Ella se encuentra sola al final de la historia haciendo un recuento de su vida, reflexionando sobre lo que vivió y dejó de vivir en función de cumplir con el “deber ser” que socialmente se esperaba de ella por ser mujer. Mina se angustia al hacer esta reflexión por lo que trata de distraerse fijando su atención en las necesidades de arreglo del hogar.

La reflexión de Mina como parte del proceso de resistencia no se consolida y retorna a la cotidianeidad. El regreso al estado de subordinación, luego de reflexionar sobre la propia condición, puede explicarse como un mecanismo de enfrentamiento resguardándose en lo conocido. Carmela, Bienvenida y Mina lo presentan. Ellas tres regresan a realizar las acciones de servicio socialmente esperadas para su género.

En el cuento de *Cabecita Blanca*, Doña Justina, la protagonista viuda, reproduce los mandatos culturales aprendidos desde su juventud y los reproduce con sus hijas e hijo. La transmisión generacional de lo que se espera para mujeres y hombres se filtra en los pensamientos de Doña Justina, apreciándose la forma en que los roles y estereotipos van marcando una brecha jerárquica que le otorga a la figura masculina el poder. La violencia simbólica se reproduce dentro del núcleo familiar en cada una de las esferas de subordinación a través del modelamiento y moldeamiento que marcan las características que se esperan como parte de la naturaleza femenina o masculina.

La representación de la identidad femenina tradicional que muestra la protagonista contrasta con las identidades de género alternativas que muestran sus hijas e hijo. Ellas

trabajan, se desenvuelven en el espacio público y desafían los convencionalismos sociales que regulan los encuentros sexuales. El hijo, desafía el mandato cultural de virilidad que se les exige a los hombres. Él decide no casarse; trabaja como diseñador de interiores y vive en compañía de un hombre el cual se intuye que es su pareja.

La reproducción de los mandatos culturales en las identidades de género no depende de la presencia física de la figura masculina, están dados a través de un sistema social androcéntrico que permea todas las agencias socializadoras y, por lo tanto, puede ser reproducido y reforzado por cualquier miembro de la familia, bajo el convencimiento de que la diferencia de roles entre mujeres y hombres es algo dado por la naturaleza y no se cuestiona la legitimidad de estas diferencias.

La edad puede ser un factor que marque diferencia en el aspecto de resistencia. El cuento de *El domingo y los otros días* lo muestra. En esta historia, los roles y estereotipos se representan muy bien definidos en los adultos, no así en la protagonista y sus hermanos. La edad es un factor importante en la asimilación de la dominación como algo naturalizado, tal vez porque el proceso de socialización temprana se encuentra en curso. En la infancia, se presentan indicadores de resistencia fácilmente observables. La niña protagonista de esta historia y su hermano mayor desafían las normas y valores que se les imponen, sin embargo, reciben una consecuencia negativa por tal acción.

La consecuencia que se aprecia en el cuento, al desafiar los roles, normas y valores establecidos respecto al deber ser masculino y femenino, tiene como consecuencia la violencia explícita. La violencia, como mecanismo de control para mantener el poder, reubica a cada quien en su rol. El efecto de la violencia ejercida por quien ostenta el poder (o por quien lo legitima) crea en los personajes un condicionamiento que tiene como resultado evitar el desafío de las normas y valores establecidos para el desarrollo de la identidad de género.

La resistencia busca entonces aquellos resquicios a través de los cuales se pueden desarrollar otras formas de ser mujer y hombre. En el análisis literario de los cuentos seleccionados se pueden identificar estos resquicios por medio de los cuales los personajes femeninos van rompiendo con los estereotipos y roles asignados, presentando alternativas

en la identidad femenina en las esferas de producción, reproducción, socialización y principalmente en la sexualidad. El reconocimiento del cuerpo como propio, como elemento esencial de la sexualidad, permite experimentar la vida en primera persona, es decir, tener la seguridad para decidir la dirección del destino que se quiera tener en cuanto a la producción económica, la maternidad y la socialización fuera de la subordinación.

El cuento de *Rosario* muestra los medios a través de los cuales la protagonista transita de las esferas de subordinación hacia la recuperación de su destino cuando comienza a trabajar, ganar dinero y arreglarse físicamente.

La dinámica familiar que se plasma en este cuento muestra la forma en que se establece la diferencia jerárquica entre ella y su esposo donde la posición de privilegio la tiene él. El rol subordinado de Rosario en la esfera de producción es el más notorio, ella solamente sirve a su familia. Los miembros de su familia desconocen la autoridad que tiene por ser esposa y madre. La hija y los hijos asumen que la tarea de su mamá es servir, lo cual, muestra la forma en que la violencia simbólica opera insertándose desde temprana edad en la noción de género, al punto que le reclaman, como si fuera una empleada, cuando no lleva a cabo eficientemente las tareas asignadas.

El cambio surge con la resistencia. La sensación de malestar que lleva al cuestionamiento y la reflexión de lo que experimenta, es un impulso para imaginarse en otro escenario realizando actividades que le generen dinero para poder embellecer su figura, desde el perfume hasta la vestimenta y verse a sí misma sensual en una aceptación amable de su apariencia.

En el cuento de *Señorita en la cuadra*, la familia está constituida por la protagonista, su madre y abuela. La figura masculina no se personifica, sin embargo, está presente en el discurso que la madre y la abuela manejan. La simbolización cultural de la diferencia sexual se transmite por medio del moldeamiento que su madre y abuela le hacen a la protagonista con consejos, reproches y regaños.

Las normas, roles y valores que le transmiten a la protagonista están orientados a la consolidación tradicional de la identidad femenina, que tiene como objetivo servir a los demás, cuidar su cuerpo para en un futuro entregárselo al hombre que será su marido, a

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

quien tendrá que servir. La protagonista rechaza este destino, se resiste a los mandatos culturales. Ella no acepta las prohibiciones que le imponen y los desafía a partir de lo que le es más propio: su cuerpo y sus sensaciones.

Al hacer conciencia de la propia experiencia corporal, erótica y sensual, y decidir sobre ella, la subjetividad femenina se acerca más a desarrollar la vocación personal como humana y no en función del constructo cultural de mujer que no corresponde a lo que en realidad está viviendo.

Las protagonistas de las siete historias representan diversas manifestaciones en cada una de las esferas de subordinación. Las mujeres adultas representadas en los cuentos son dependientes económicas y emocionalmente del personaje masculino, ya sea esposo o padre. Ellas no trabajan, a excepción de Rosario en la segunda parte de la trama y las hijas de Doña Justina. La instrucción académica es universitaria en dos personajes, el de Rosario y el de la mamá de la niña de *El domingo y los otros días*, pero solamente Rosario busca un empleo apoyada en su nivel académico.

La esfera de la reproducción, la procreación y el ejercicio de la maternidad, se muestra en los personajes femeninos de todos los cuentos, ya sea de manera directa con las protagonistas o con los personajes secundarios. Las actividades que se muestran son propias de las atenciones de higiene, alimentación y cuidado. La característica de la maternidad que se refleja es de sufrimiento, abnegación y sacrificio.

Los personajes femeninos que aparecen en segundo plano en el ejercicio de la maternidad también muestran los roles y estereotipos característicos de esta esfera de subordinación como la renuncia o postergación del desarrollo profesional por el cuidado de los hijos. La característica de la expresión de la maternidad consiste en responsabilizarse de la socialización de las y los hijos en el marco del sistema social androcéntrico.

El éxito de esta instrucción se explica a partir de la violencia simbólica ya que, en el momento en que se asume de manera natural la diferencia jerárquica respaldada por los roles y estereotipos dicotómicos entre mujeres y hombres, no se cuestiona el orden natural de las cosas. La constante exposición del deber ser de género desde los primeros años de vida logra mantener y continuar este funcionamiento social, al punto que se legitime el uso

de la violencia explícita en caso de que alguna o alguno se resista a acatar las normas y valores establecidos.

La violencia explícita en esta investigación se observa en manifestaciones físicas y psicológicas; tiene como objetivo regresar al personaje al comportamiento que se espera para su género, ya sea femenino o masculino, tratando de erradicar la posibilidad de resistencia.

La resistencia a la imposición de los mandatos culturales se manifiesta en las prácticas cotidianas tendientes a reconstruir las ideas, los discursos y las representaciones sociales en un sentido de colaboración y equidad en el acceso a las condiciones educativas, laborales, económicas y sociales. La resistencia, que surge a partir de la apropiación del cuerpo, el erotismo y la sensualidad en los personajes femeninos, favorecen la autonomía y seguridad en sus decisiones. Las protagonistas que se apropian de su deseo se convierten en protagonistas de su propia historia de vida.

La principal aportación a la teoría que ofrece esta investigación es mostrar que la violencia simbólica, escasamente estudiada en la representación del ámbito familiar, constituye la base de otras violencias y que esta se asimila desde la infancia, en el primer espacio de socialización que es la familia, restringiendo la capacidad de resistencia.

Se plantea la necesidad de desnaturalizar la relación jerarquizada entre mujeres y hombres, a través de la reconstrucción simbólica de los roles y estereotipos que tradicionalmente se han asignado a las mujeres y hombres por medio de la socialización. Es importante fomentar la realización personal del “querer ser” en lugar del “deber ser” sin sentir amenazada la propia identidad.

Los mandatos culturales de género previamente establecidos deben ser cuestionados y reflexionados en las normas y valores que establecen roles y estereotipos en cada una de las cuatro esferas de subordinación. La naturalización de las diferencias que culturalmente se han asignado a mujeres y hombre generan una diferencia jerarquizada la cual, al ser asumida como algo natural, que no puede modificarse, deja en desventaja a la mujer. En el establecimiento del deber ser femenino se integra desde temprana edad que el amor se manifiesta a partir del servicio a los demás poniendo a disposición de otros su ser.

Esta investigación deja varios senderos por explorar ya que, al ser pionera en su tipo, visibiliza un fenómeno poco abordado en relación con la violencia simbólica dentro del espacio más privado de la estructura social: la familia sobre lo que se puede profundizar ya que esta investigación no se agota en sí misma. Está ausente identificar la forma en que se adapta o se transforman las estructuras de subordinación a la época actual, la manera en que la exigencia de otros atributos tradicionalmente asignados a la identidad femenina como la belleza van apropiándose de la identidad masculina también.

Esta investigación se centró en la representación de la familia en el marco de la heterosexualidad, dejando abierta la posibilidad para adentrarse en el estudio de la representación familiar homoparental o con personajes explícitamente homosexuales, así como la configuración de la identidad en narrativa escrita por mujeres y hombres jóvenes que comienzan a insertarse en el campo literario, ya que uno de los obstáculos superados en esta investigación, fue encontrar cuentos escritos por hombres que desarrollaran una temática en relaciones familiares.

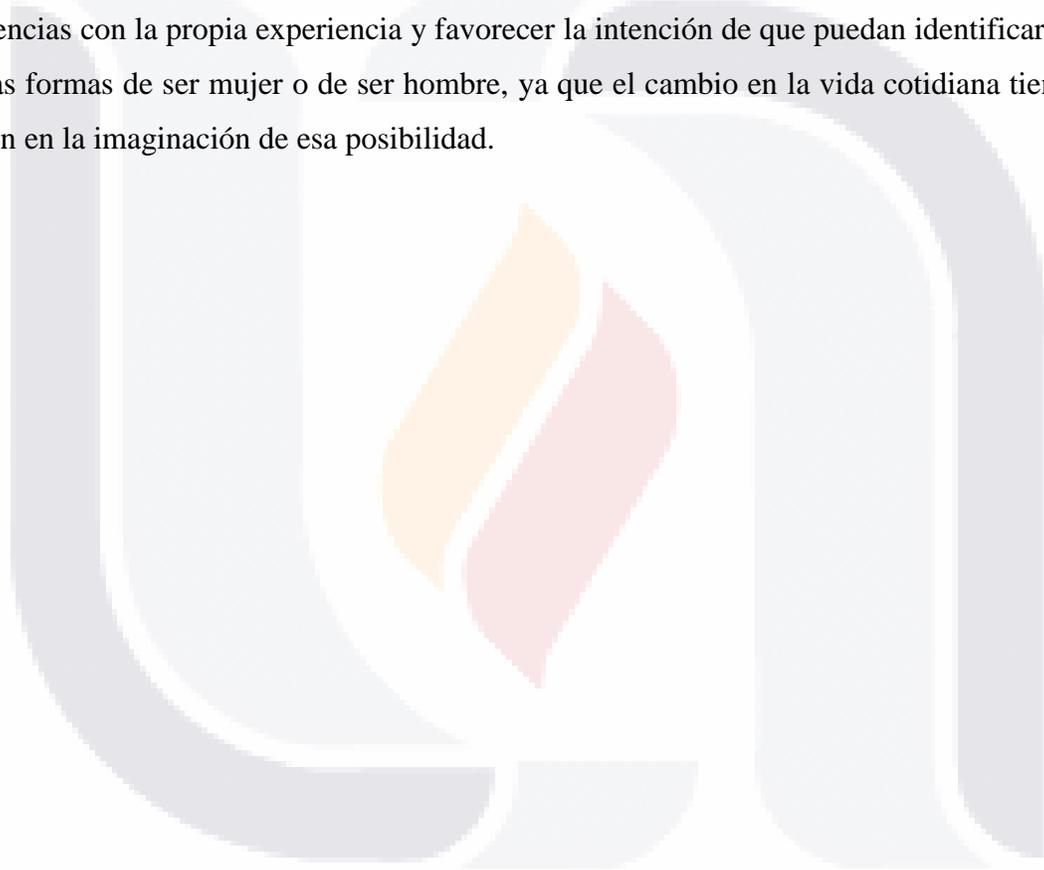
De manera personal, el acercamiento teórico a la perspectiva de género y la propuesta de Pierre Bourdieu sobre violencia simbólica me permitió enriquecer la comprensión sobre la violencia explícita hacia las mujeres en el núcleo familiar, que en la práctica profesional constantemente traté y que tienen similitud con los personajes de los cuentos. La violencia familiar dirigida hacia la mujer tiene su origen en las concepciones culturales del deber ser que coloca a la mujer en una posición de subordinación asumida de manera natural como elemento incuestionable del orden social de las cosas.

La idea de que la relación de pareja entre mujer y hombre es en realidad una relación dispareja en donde la mujer debe de pedir permiso, servir y supeditarse al bien común familiar sacrificando el propio desarrollo humano, explica por qué al rechazar esta concepción, se desestructura dicho orden social, el cual se busca volver a la normalidad a través de la violencia física, psicológica, sexual, económica o patrimonial.

La reconfiguración simbólica de lo que se espera para el ser mujer o el ser hombre es la propuesta para sumarse a la lucha contra la violencia de género. Se requiere una revolución simbólica que derroque la arraigada concepción de los estereotipos femenino y

masculino, que abra las puertas de la sociedad a las nuevas identidades de género que surgen de diferente manera y que sean apoyadas por políticas públicas del Estado que se centren en visibilizar y modificar la continuación del poder arbitrario y vertical dentro del núcleo familiar donde se ha descuidado la intervención.

Se ofrece este trabajo como medio de reflexión para aquellas personas que se han visto en la vida real en circunstancias parecidas a las que se presentan en los cuentos. La lectura individual o grupal de cada uno de los cuentos tiene el potencial de mostrar coincidencias con la propia experiencia y favorecer la intención de que puedan identificarse con otras formas de ser mujer o de ser hombre, ya que el cambio en la vida cotidiana tiene su origen en la imaginación de esa posibilidad.



Referencias bibliográficas

- Álvarez-Larrauri, Selene. (2009) *Bio-intersubjetividad, violencia simbólica y campo familiar*. Cuicuilco núm. 45, enero-abril
- Amorós, Celia (1985) *Hacia una crítica de la razón patriarcal*. España: Anthropos Editorial del Hombre.
- Baeza, Silvia. (2005) *Familia y género: Las transformaciones en la familia y la trama invisible del género*. Facultad de Ciencias Humanas. Praxis.
- Bourdieu, Pierre (1998) *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Butler, Judith (2006) *Deshacer el género*. México: Paidós.
- Castellanos, Rosario (1992) *Álbum de familia*. México: Joaquín Motriz S.A. de C.V.
- Domecq, Brianda (1999) *A través de los ojos de ella*. Tomo I. México: Ariadne.
- Erasto, Jaime (1991) *Clásicos de la literatura mexicana. El cuento siglo XIX y XX*. México: Promexa.
- Fandiño Barros, Yolanda (2013) *La violencia de género y el pensamiento patriarcal*. Advocatus No. 21: 153-159 Universidad libre seccional Barranquilla.
- Giroux, Henry (1995) *Teoría y resistencia en educación*. México: S.XXI.
- Golubov, Nattie (2012) *La crítica literaria feminista. Una introducción práctica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Guerra, Lucía (2007) *Mujer y escritura: fundamentos teóricos de la crítica feminista*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gutiérrez, G. (2008) Violencia sexista. De la violencia simbólica a la violencia radical en *Debate feminista* abril 2008, Vol. 37. México.
- Lagarde, Marcela (2011) *Los cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas*. México: Siglo XXI.
- Lauretis, Teresa de (1992) *Alicia ya no. Feminismo, Semiótica, Cine*. Madrid: Cátedra/ Universidad de Valencia/ Instituto de la Mujer.

- López González, Aralia (1985) *De la intimidad a la acción. La narrativa de escritoras latinoamericanas y su desarrollo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa.
- Meza Márquez, Consuelo (2000) *La utopía feminista. Quehacer literario de cuatro narradoras mexicanas contemporáneas*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- ___ (2007) *Narradoras centroamericanas contemporáneas. Identidad y crítica socioliteraria feminista*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- ___ (2011) *Diccionario bibliográfico de narradoras centroamericanas con obra publicada entre 1890 y 2010*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- ___ (2017) *Penélope Setenta y cinco cuentistas centroamericanas*. México: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Minuchin, Salvador (1977) *Terapia familiar sistémica*. Barcelona: Paidós.
- Mitchell, Juliet (1985) *La condición de la mujer*. México: Extemporáneos, Colección a Pleno Sol 35.
- Ragnedda, Massimo (2012) *Medios de comunicación masiva y la mujer en Italia: de la violencia simbólica a la violencia física*. Trayectoria año 14, Núm.35 julio-diciembre 2012.
- Reguillo, Rossana (2000) *Anclajes y mediaciones del sentido. Lo subjetivo y el orden del discurso: un debate cualitativo*. Guadalajara, Revista Universidad de Guadalajara, 17, invierno 1999-2000.
- Romera, Magdalena (2015) *The transmission of gender stereotypes in the discourse of public educational spaces*. Discourse & Society Vol. 26(2) 205-229
- Rubin, Gayle (1975) *El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo*.
- Sáenz, Adriana (2011) *Una mirada a la racionalidad patriarcal en México en los años 50 y 60 del S. XX. Estudio de la moral en los años falsos de Josefina Vicens*. México: Plaza y Valdés.
- Sau, Victoria (1993) *Ser mujer: El fin de una imagen tradicional*. España: Icaria
- Scott, Joan (1996) *El género, una categoría útil para el análisis histórico*. En *El género: La construcción cultural de la diferencia sexual*. Marta Lamas (coord.) México: PUEG.
- Serrano, H., Zarza, M. y Serrano, C. (2013) *El consumo del cuerpo femenino en imágenes y música como expresiones de violencia simbólica*. En Baca Tavira y Vélez Bautista (coord.). *Violencia, género y la persistencia de desigualdad en el Estado de México*. México: Mnemosyne.

Weigel, Sigrid (1986) *La mirada bizca: sobre la historia de la escritura de las mujeres*. En *Estética feminista*. Barcelona: Icaria.

Referencias electrónicas

Hussein, Mohammad (2015) *Gender Stereotyping in Family: An Institutionalized and Normative Mechanism in Pakhtun Society of Pakistan*. Recuperado en línea el 1 de septiembre 2015 de:

<http://sgo.sagepub.com.dibpxy.uaa.mx/content/spsgo/5/3/2158244015595258.full.pdf>

Lagarde, Marcela (1990) *Identidad femenina*. Recuperado en línea el 23 de octubre 2015 de:

<http://es.scribd.com/doc/57870283/Identidad-Femenina-Marcela-Lagarde#scribd>

Lamas, Marta (1996) *Problemas sociales causados por el género* Recuperado el 31 de agosto 2015 de:

http://www.iberopuebla.mx/micrositios/cu2015/docs/genero/Problemas%20sociales%20causados%20por%20el%20g%C3%A9nero_Marta%20Lamas.pdf

----- (1999) *Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género*. Recuperado en línea el 14 de agosto 2015 de:

http://www.pueg.unam.mx/images/seminarios2014/genero_y_politica/mes_uno/Lamas-Usos_dificultades_y_posibilidades.pdf

Lauretis, Teresa de (1984) *La tecnología de género*. Recuperado en línea:

http://blogs.fad.unam.mx/asiagnatura/adriana_raggi/wp-content/uploads/2013/12/teconologias-del-genero-teresa-de-lauretis.pdf

Anexos



Anexos 1



Una mujer llamada Carmela

*Irma Prego
Nicaragua*

Ese silencio, esa mirada. Por algo a Carmela la llaman la India. Ese silencio, esa mirada oblicua, esa observación aguda, ese salto repentino hacia la más radical rebeldía.

Se casó Carmela con un hombre trabajadicto, que no soportaba los domingos, ni la quietud, el silencio y la concentración. Disperso, sicótico obsesivo, caldeaba el ambiente con toda clase de hazañas estúpidas: discusiones vanas y acaloradas, refunfuños, protestas, reclamos, la joda a tiempo completo.

Un día, porque en un día pasa todo en la vida, un viernes por cierto, Carmela decidió embellecer el domingo, porque debía vivirse un domingo bello, tranquilo, en el que el tiempo lento se doblara en el placer de no hacer nada o hacer lo mínimo.

Con un presupuesto exiguo, encontró en el mercado unos tomates esplendorosos, redondos y compactos, arvejas recién recogidas, papas pequeñas, cebollas de Santa Ana, blancas y aseadas, chiles dulces verdes y rojos, camaroncitos, los que en ocho minutos están al “dente”.

Preparó la mayonesa con todo muy fresco para la salsa francesa y se le pasó por la mente la cara de su esposo con una sonrisa.

El domingo Carmela se levantó temprano. Silbó en la cocina, cantó mientras bañó y asoleó a sus niños, recitó cuando recogía las cosas, ordenaba, sacudía y barría. A pleno canto de ópera entró al baño.

Puso en la tabla de madera blanca la lechuga americana y las demás bellezas de la ensalada. Naturaleza muerta, qué va: pura vida.

Él se puso impaciente porque no soportaba la alegría espontánea del que amanece alegre. Además leía y leía, era un buen lector compulsivo, un mecanismo para evadirse, no para meditar.

Clavó Carmela la receta en la pared (una receta de cocina también hace hogar) y empezaron las grandes maniobras. Cortó la tapa a los tomates, y qué belleza resultó el rosetón de Notre Dame, la estructura magnífica de un rosetón gótico, y así cada tomate un rosetón distinto.

A las doce y cuarto tenía las mezclas listas, rellenó los tomates con camarones, arvejas, cuadritos de papa y la salsa francesa. Los sentó orgullosa en la lechuga crespas y los adornó con perejil aromático en la cúspide triunfante. Sobre el mantel verde que había tejido ella misma puso los platos amarillos, los vasos cristalinos. Lo llamó regocijada: “Ya está servido”.

¡Cerró, displicente el periódico! ¡Se sentó con aire grave a la mesa!. Con leve gesto amenazante sacudió la servilleta en el aire y miró al tomate como a un enemigo.

Carmela percibió la proximidad de una gran inculpación de tormento. Con la mirada severa de un juez tutelar de menores, preguntó perentorio: “¿Qué es esta cosa pebeta?” Sacando fuerzas de flaquezas y fatigas, respondió con entereza: “¡Un tomate relleno!”. Sintió casi vergüenza con el pudor zaherido.

—“¡Un tomate relleno!” expiró. “A mí como me fascina el tomate es en tajadas”, musitó resentidísimo, “pero mis gustos en esta casa no importan”.

No obstante, profundamente desconsolado y refunfuñando, se comió cuatro tomates con papitas marinadas, y se tomó dos o tres copas de vino.

El silencio en la mesa se hizo denso y el almuerzo, para embellecer el domingo, terminó en desastre de compasión.

Desde entonces ella aborreció los mercados, los tomates y los domingos.

Estaba iniciando la siesta, cuando Carmela se empezó a insultar, a regañar, a increpar con verdadera furia. Evidentemente era un desastre, no acertaba una, la vida le pesaba demasiado, todo resultaba una cuesta arriba y ella, una

pobre tonta, una inútil, una empecinada perdedora, una nadie. Un discurso interior hecho con furia y con fiebre, hasta llegarse a convencer que no valía un centavo, estaba construida con basura y desechos. No en vano nada le salía bien y nunca había merecido un elogio sincero, el más mínimo reconocimiento, ni siquiera el más leve cumplido.

Fue entonces cuando empezó a caminar por los rincones, lo más inadvertida posible, como si fuera invisible. Se integró a la escoba, a la plancha, a la cocina, a la olla mágica, al cepillo eléctrico. Se olvidaron de ella en la casa, tal vez se habían olvidado antes de su patético esfuerzo de desvanecerse. Alguna vez se preguntaron dónde estaba, pero no la vieron; en otra oportunidad quisieron comentarle algo y no la encontraron; en una ocasión desearon saber cuándo cumplía años pero aquello no era de tanta importancia como para buscarla.

Cuando algo se les perdía, alguna mano sin rostro se les acercaba, un trapo sin cuerpo secaba el baño, alguien sin alma hacía la comida, las camas se tendían por obra y gracia de la inercia, y la casa la limpiaban los aparatos eléctricos.

Carmela, invisible mujer sin rostro, muda y ausente, habitante de casa prestada de unos hijos en tránsito, de un marido en otra parte, esclava de todos los días lo mismo; Carmela, aquella mujer llamada Carmela, un día se fue para siempre y dejó un rastro de hilos, botones, agujas, vajillas, manteles, ropa de cama, remiendos, resentimientos, horas

vacías, rincones, recetas, listas de compras, economías y silencios, sobre ese enorme charco de lágrimas que nunca lloró.



La Libertad

*Leticia de Oyuela
Honduras*

Bienvenida Quiñónez era pequeña, metidita en carnes, con una carita redonda como de muñequita de barro. Criada por su abuela, conocía todas las artes del hogar: desde los secretos de cocina y las técnicas primorosas de lavar y planchar, hasta reparar la ropa con parches que no se notan o coser medias y calcetines con la complicada urdimbre de festón sobre festón, puntada llamada “gorrito”, único remedio contra esas roturas ingratas llamadas “papas”.

A petición de la madre, la abuela de Bienvenida se había encargado de no enseñarle a leer ni a escribir para que no pudiera comunicarse con los novios. Pero tenía que agradecerle al padre Matute, que le había enseñado. Gracias a ello se había convertido en una gran lectora de romances franceses y libros de devociones. Muchos los sabía de memoria; sobre todo aquellas bellísimas oraciones a Jesús Crucificado que aparecían en aquellos libritos con dibujos de los divinos rostros de la Virgen María al pie de la cruz, así como de Santa María Magdalena, enjugando con su cabellera los santos pies del Maestro.

También se gloriaba de su letra menuda y redondita, pero no había tenido oportunidad de escribir con ella ninguna carta de amor porque, a pesar de sus deseos, no aparecía en el

horizonte ningún hombre que hiciera temblar el piso bajo sus pies. La rutina en que vivía apenas le permitía ir por las tardes a la iglesia para hacer el Santo Rosario y a la salida conversar con una que otra de sus amigas o parientes, sentadas bajo el falso castaño que derramaba aquella grata frescura de sombra, mientras el sol se acostaba en medio de nubes doradas y, en su reflejo rojizo, dejaba ver los rayos de la Santísima Trinidad.

Ahora Bienvenida estaba ganándose unos centavos como aprendiz en la sala de modas que tenían las niñas Moreira. Con gran ilusión, sus hábiles manos pasaban los pespuntos sobre aquellos tejidos delicados de trajes de novia o de fiesta. Le gustaban los colores pastel: rosas, celestes y cremosos amarillos. Parecía que se le metían en el alma, produciéndole una especie de ensueño en el que divagaba la mente, fabulando historias de bellas mujeres y caballeros apuestos que, con bellas palabras, la invitaban al amor. Lo contrario le pasaba con los colores fuertes, el magenta, el azul pavo real y el amarillo oro, así como con el negro y el verde, que le ocasionaban un sentimiento de rebeldía, unas ganas locas de llorar y sonarse las narices en aquellos tejidos tan caros que no hubiera podido pagar jamás.

Así pasaban sus días, solitarios y tristes; lo único que le quedaba era el refugio de sus sueños. Soñaba despierta y dormida. Sueños de la silla y de la cama, del santo en la ventana y la presencia del río, cuyo sonido de fluir constante, incrementaba esa especie de deseo de salir, correr y hasta

volar. Sagrario Méndez y sus primas, María y Elena, la convidaron a pasar la Semana Santa en una granjita que tenían en Guascalile; fue la aventura que centró su vida. Allí conoció al doctor don León Guardiola, un joven alto, macizo, recién llegado de Guatemala graduado en Leyes y a quien los amigos llamaban, con respeto, Guardioluta, para no confundido con su célebre antepasado, que murió asesinado en el siglo pasado.

Cada vez que rememoraba su primer encuentro, se enojaba consigo misma porque no se podía perdonar esa timidez que la volvía muda, que la hacía parecer tonta y decir cosas contrarias a las que realmente sentía. Le daba mucha rabia no poder usar las palabras con exactitud, pero tal confusión provenía de la actitud del joven Guardioluta, que la trataba como si fuera una niña de diez años, incapaz de entender. Si no, dejaba entrever un temperamento ligeramente despótico, cuando la trataba como un padre fastidiado a una hija díscola y dura de entenderas.

Sin embargo, fue aceptando sus relaciones con él, gracias al deslumbramiento de su abuela y tías que miraban aquella relación como un verdadero milagro. Decían con toda claridad: “Qué suerte para una muchacha pobre, sin familia que, sin ser exactamente una belleza, aquel hombre tan guapo, de familias principales, se haya fijado en ella con fines matrimoniales”. Porque Guardioluta, cuando pidió la entrada a casa, directamente le comunicó a su abuela el deseo de establecer una relación formal que, lógicamente, terminaría en

matrimonio. Esto enloqueció hasta a las señoritas Moreira, quienes fueron las primeras en ofrecerle como regalo de bodas el futuro traje de novia.

En mayo, Bienvenida se casó con el doctor Guardiola. Se fueron a vivir en una casita pequeña, que había sido de su madre, y con apenas tres habitaciones. Presentaba el inconveniente de que en la habitación más grande, destinada para sala, no cabían los libros de su biblioteca y los que, después de ella, eran su único amor. Pasaron la luna de miel temporando en una casita que el doctor tenía en la aldea El Hatillo, donde Bienvenida empezó a enterarse de quién era el hombre con quien se había casado para vivir toda su vida.

Bienvenida recordaba algunos acontecimientos de su luna de miel y sonreía ligeramente ruborizada. La paciencia con que él le explicó los orígenes de la ciudad. Aquellos largos paseos, donde él le pasaba el brazo amorosamente por el talle; de repente se agachaba para tomar una flor perdida en el prado, explicándole el nombre o la procedencia, así como la utilidad de sus hojas en la medicina natural. Todo esto sorprendía a Bienvenida, quien nunca imaginó que su marido era un sabio. Por las noches, tendidos en una hamaca, oían el acompasado canto de los grillos y observaban el gran dombo celeste, en el que la luna recorría su camino en una especie de esclavitud nocturna e inveterada. En este escenario, Bienvenida dormía —más bien soñaba— sobre el relajado brazo de su amor.

Después de la luna de miel y ya acomodados en la casita del callejón de La Plazuela, Bienvenida tomó posesión, de acuerdo a su costumbre, dedicada completamente a la limpieza y al cuidado amoroso del hogar. Por las mañanas preparaba aquellos desayunos maravillosos que, cuando Guardiola se levantaba, ya estaban en la mesa sobre un mantel blanquísimo y primorosamente almidonado: los frijoles refritos, las tortillas calientes, la mantequilla escurrida y aquellas empanadas hebrasas de plátano, que al ser mordidas desleían el delicado atolillo que impregnaba el paladar, todo en derredor de la canasta “tumbía” donde se aglomeraban los famosos panes de yema, semitas y galletas recubiertas de la consabida capa de arroz, espejeadas con azúcar y canela molida.

El doctor Guardiola le explicaba, con parquedad, que no debían hacer desayunos tan copiosos; que bastaba con un huevo tibio o escalfado, un par de tortillas con mantequilla y el café negro cerrero acompañado, entre sorbo y sorbo, con una galleta o bizcocho de cacahuete. Esta sugerencia —como cualquier otra— se convertía en un código de honor que Bienvenida cumplía, fragmento por fragmento, marcando la vida del doctor Guardiola y la propia. Porque vivía para el doctor Guardiola, atenta a interpretar el mínimo de sus deseos. Cerraba la ventana cuando el viento soplaba y ella sentía frío, presumiendo que él también. Bienvenida se recogía temprano dejándolo en su escritorio donde parecía feliz, en medio de aquella multiplicidad de documentos antiguos y papeles del

ministerio. Cuántas veces, a mitad del sueño, Bienvenida se tiró de la cama asustada y llena de temores, para ir a servirle una taza de café sobre el escritorio, con cuidado de apartar aquellos papeles. Y, toda adormilada, le cambiaba la lámpara de petróleo —ya vacilante— por un candelabro de cuatro velas para alumbrar su estudio, que no cesaba hasta altas horas de la madrugada.

Dos años más tarde, llegó su primer hijo, Manuel, robusto y sano, provisto de unos pulmones que se empeñaba en desarrollar sólo por las noches. Esto hizo que el doctor Guardiola mandara a botar aquellas útiles matas de plátano del fondo del huerto para construir una media agua, que sirviera de biblioteca y estudio. Allí permanecía la mayoría de las noches, tal como era su costumbre, leyendo y repasando viejos documentos sobre las fronteras de Honduras. Cuántas veces encontró al doctor dormido, fatigado, agotado, en el canapé improvisado por ella para que él pudiera descansar su espalda.

Recordaba cómo había cambiado su vida desde la llegada del pequeño. Las fiebres tercianas que padeció después del parto, hicieron que se le levantara la leche, por lo que tuvo que alimentar al niño con tetero. Preocupada por la evidente molestia que el doctor manifestaba frente al desorden de teteros por aquí y por allá, trabajaba el doble para borrar las huellas que dejaban aquellas ceremonias de alimentación infantil. Exhausta, la mayoría de las sensaciones nocturnas

eran para Bienvenida un fastidioso y prolongado cansancio. Pero era un cansancio del alma, cansancio de su expectativa de vida. Había aceptado al doctor Guardiola y su vida giraba alrededor de él: el maestro, que le descubrió no sólo la vida, sino también el amor; el protector, igual al padre perdido en la primera infancia; el sacerdote, con quien ofició la poca comprensión que ella tenía de la vida, de su transcurrir y de sus orígenes.

Desde que se recrudecieron los conflictos de fronteras, ella notó en el doctor un cambio de humor. Se había tornado más puntilloso, intolerante, reclamándole hasta por el más mínimo detalle que rompiera la rutina impuesta. También era impaciente con Manuelito, a quien reclamaba cualquier cosa nimia; desde la pérdida de un botón, hasta la mala nota sacada en ortografía o en composición. Bienvenida sentía que eran reclamos subliminales para ella, ya que no había puesto a tiempo el botón o no había trabajado lo suficiente con el niño para evitar la mala nota en la escuela.

Generalmente los jueves, llegaba de visita su abuela o Amandita, la tía del doctor Guardiola, que representaban una carga más para la pobre mujer. Ese día se sentía presionada para mostrar su casa inmaculada; recién sacadas del horno las viandas que iba a brindar con el consabido café o el chocolate batido, aromático y espumoso en los días fríos, o los jugos mezclados, acompañados de galletas o helado, en las cálidas tardes. Además, debía luchar toda la mañana con Manuelito

para que no se ensuciara, repitiéndole tantas, pero tantas veces, cómo tenía que llamarlas, ensayando las preguntas y respuestas que debía dar para representar aquella farsa amorosa de la urbanidad y la perfección doméstica. Esas visitas semanales eran parte del sentimiento labrado y escondido dentro del pecho de Bienvenida y cuyo origen era incapaz de detectar. En ese momento sólo era un sentimiento general de opresión, que la hacía preguntarse si ahora que tenía todo para la felicidad ¿Qué era lo que la oprimía? La pregunta afloraba en su mente cuando su abuela y la tía Amanda insistían, diciéndole: “Tienes todo en la vida; un esposo digno y responsable que te quiere, y este niño primoroso ¿Qué más puedes pedir?”

Las cosas cambiaron al año siguiente, cuando Guardiola le explicó que lo acompañaría a Guatemala y que consultara si Amandita o su abuela podrían cuidar al niño. Así fue cómo Bienvenida entró en una especie de sueño delirante. Buscó a sus antiguas patronas, las señoritas Moreira, para que le confeccionaran un par de trajes, con sus respectivos sombreros, preocupándose, además, por revisar la ropa de su amado esposo. Para ello consultó con un conocido sastre, que acababa de llegar de Londres, y montó la mejor sastrería de la ciudad. Esta agitación febril la embargó hasta el día indicado para el viaje, el que compartiría con gente tan elegante como doña Chicha, la esposa del Presidente de la República, y todas aquellas señoras con fama de elegantes y distinguidas.

Bienvenida nunca pudo olvidar aquella noche en la que le confesó a su marido sus temores por su origen humilde, su falta de roce social y su falta de estudios, en una proposición abierta de renunciar al viaje. Recordó la alegría que sintió cuando su esposo le contestó que todo el mundo sabía que era una joven humilde. Que justamente era muy apreciada por aceptarse como era, sin presumir otra cosa, y que en este mundo la exigencia era la honestidad. Su respuesta la llenó de un sentimiento de confortabilidad y él, con sonrisa pícaro, le dijo: “Ésta va a ser nuestra luna de miel, no en una aldeita como El Hatillo, sino en una gran ciudad”.

Bienvenida se sentía, en Guatemala, como si estuviera en la ciudad más grande y lujosa del mundo; sin embargo, el simplismo que presidía su existencia le impedía degustar plenamente la vida de un hotel. Suspiraba al ver que las mucamas, quizás más elegantes que ella, no hacían las camas con su destreza y puntiliosidad; que el comedor tenía muchas lámparas, muchos candelabros, pero que la comida, a pesar de su abundancia, carecía de sabor. A Guardiola le caían en gracia sus observaciones y se reía como nunca. A ella le gustaba verlo reír. Cuando reía, se le deshacía aquella arruga que ensombrecía su frente, la misma que tenía cuando estudiaba aquellos inmensos libros o documentos viejos. Cuando reía parecía más joven. Le recordaba inmediatamente al joven que conoció en casa de sus primos, allá en Guasculile, el que la visitaba en casa de su abuela, la tomaba

de la mano y le hablaba de amor, el que le recitaba —casi al oído— con una voz apacible y dulce, poemas de amor.

Durante su estadía en Guatemala, sólo una vez Bienvenida se molestó con él. Fue cuando le pidió que, cada vez que saliera, se pusiera guantes para ocultar de sus manos las huellas del trabajo, del lavado, de la plancha, de las imperceptibles quemaduras y cicatrices de tanto cocinar y lidiar con cazuelas y calderos. Herida en lo más profundo de su alma, se tiró en el lecho, desconsolada, a llorar toda la tarde. Bienvenida pensó que él era incapaz de entender que todo el trabajo doméstico que hacía era una prueba de su amor, que no aceptaba que extraños hicieran por ella.

Él regresó al atardecer y la encontró con la nariz colorada y los ojos inflamados de tanto llorar. Venía de la calle con sus compañeros de misión, de un excelente humor y, cuando la besó, ella advirtió que tenía unos cuantos tragos de más. Tomándola en sus brazos le explicó que no la había querido ofender sino, simplemente, protegerla; que las mujeres de sus compañeros eran frívolas e incapaces de querer a sus maridos como ella lo quería a él. Así, ella accedió a acompañarlo al teatro donde tuvo una de las experiencias más importantes de su vida: descubrió que los seres humanos pueden ser dos personas al mismo tiempo y, que las mujeres, son como un adorno en la vida de los hombres. Para ellos son como un objeto que pueden lucir, del cual se enorgullecen, como la chistera o el bastón que portan y que, en su caso, sólo

era una pequeña flor, quizás olorosa, que Guardiola ponía en su ojal.

Lo único que no le gustó de Guatemala fue la actitud de los guatemaltecos hacia los indios. Sentada en el corredor del hotel, observaba cómo llegaban y entregaban las legumbres, las frutas y todo aquello que después se exhibía en el comedor con gran esplendor en elegantes azafates de plata. En el trinchador, estaban en enormes poncheras de cristal los jugos y las aguas coloreadas entregadas por hombres y mujeres, aún vestidos con sus antiguos trajes, y a quienes no les permitían ni pasar por las aceras. Se llegaba al colmo de que si ellos se quedaban mirando a los transeúntes o a los huéspedes, un negro uniformado, si no les pegaba, los amenazaba con un palo de escoba.

Eso no lo había visto nunca en Honduras. Allá les llaman indios a los pobres que viven en apartadas regiones. Incluso se les teme cuando acompañan a los revolucionarios y bajan borrachos de sus lejanas y altas poblaciones, buscando qué robar, quemar o depredar. Recordaba a sus parientes perdidos allá en la aldea de Guascalile, que podían ser como indios de aquí porque sembraban patates y legumbres, pero gozaban del respeto y reconocimiento de la gente de la ciudad. Todos, desde tiempos inmemoriales, mandaron sus hijos a estudiar a Tegucigalpa, donde se casaron y formaron hogares como ella. Siempre sonreía y disfrutaba cuando Guardiola, bromeando, le mostraba láminas de sus libros,

donde aparecían hermosas mujeres desnudas de los tiempos antiguos, y que en un raptó de pasión le decía: “Mira esta india cuánto se parece contigo”.

Bienvenida dio a luz a su segundo hijo. Esta vez fue una niña muy parecida a él, blanca y con aquellos ojos celestes, que tenían la misma dulzura y gravedad que los de su esposo. Era, Violeta, una niña dulce y tranquila, que lloraba poco; jugaba sola con sus manitas regordetas hasta en los dulces momentos de la lactancia y, resabida, abandonaba el pezón para iniciar sus gorjeos, como queriendo establecer una conversación interrumpida con su madre.

A raíz de la llegada de Violeta, el doctor Guardiola decidió cambiar de casa. Compró aquella antigua casona que entró en almoneda pública, a la muerte del antiguo minero don Felipe Estrada. Era una casa típica, de las muchas de la ciudad, construida con adobes y tejas de barro, en donde la enorme sala que otrora presenciara las fiestas de la familia Estrada Durón, ahora albergaba la gran biblioteca de su marido. Dejaron una habitación para ellos dos y otra para los niños. Amandita, íngrima y sola, se fue a vivir con ellos. Ayudaba en todas las tareas de la casa y le volvió a dar vida al jardín casi perdido. Jardín central donde convivían, en maravillosa armonía, plantas de huerto con arriates pletóricos; lucían su galanura los geranios con la albahaca, los laureles con los naranjos y un rosal, donde de repente los pétalos se desmayaban en un esfuerzo por marcar el tiempo, no sólo con

la caída de las hojas, sino también con el compás del piano que la dulce Violeta intentaba tocar, bajo la expectante mirada de la férrea maestra Tilita Idiáquez.

Bienvenida manejaba su vida, como siempre, en derredor de su esposo quien, para toda la ciudad, era una especie de símbolo de inteligencia y sabiduría. Ahora la madurez le había redondeado el talle más de la cuenta. Había ganado libras, quitándole aquel aire de muchacho, pero incrementando su aspecto de dignidad majestuosa. Ya no era el joven con paciencia para enseñar, sino el erudito frío que rechina ante la ignorancia ajena. Hacía notar el desprecio que sentía por los políticos engreídos y fatuos a los que se veía obligado a servir, lo que hacía que pasara permanentemente de mal humor. Malhumor que llegaba hasta Bienvenida, que se empezó a sentir —como decía Amanda— “como el troncón de ñiques” en el cual descargaba su fastidio y a quien hacía sentir, subterráneamente, como la culpable de todo: si la comida no estaba a tiempo, si caía una gotera en la biblioteca, si el Presidente no trasladaba una partida al ministerio de Relaciones, que si no había fondos ni interés para mantener vivo el Ateneo Literario o recibir con dignidad a aquel intelectual español que iba a dictar una conferencia sobre el descubrimiento de América. O, simplemente, porque esa noche no se podía tomar su tazón de leche, porque ésta se había derramado; había cambiado el café por la leche en la idea de que le ayudaba a conciliar el sueño en aquellos insomnios prolongados que padecía, torturado por las grandes

responsabilidades políticas que sufría en ese cargo que, por razones patrióticas, aún buscaba conservar.

También la pobre Bienvenida era culpable de aquellos artículos en que lo atacaban, donde lo acusaban de “caer siempre parado”, sirviendo a los gobiernos tanto azules como colorados. Guardiola se quejaba de vivir en un país incapaz de entender que un erudito es un erudito, es decir, un especializado.

Por otra parte, Bienvenida empezó a descubrir que ella también había cambiado y que su esposo ya no era el centro de su existencia. Que su estrella polar eran sus hijos; que ellos ocupaban el antiguo lugar del doctor Guardiola y les mostraba el mundo como antaño él se lo había mostrado a ella. Que él ahora vivía la vida insatisfecho, inconforme. Que ya no trabajaba por placer, sino por deber. Que sumergido en su egoísmo, les había perdido la pista, la conciencia de existir.

Bienvenida había agarrado la costumbre de suspirar. Sus suspiros eran tan profundos, que parecía dejar a los demás sin aire. Él la regañaba cuando escuchaba esos largos y prolongados suspiros, criticándole su rebeldía contra los médicos. A menudo concluía sus frases —de acuerdo a las informaciones leídas en la revista médica que recibía de París— diciendo que “las mujeres, después de los cuarenta años, se vuelven histéricas y es necesario tratarlas con jarabes de bromuro o láudano para que recuperen la paz”.

En esos momentos, Bienvenida materializaba ese sentimiento larvado hacía muchos años que la asombraba y la aterraba, al pensar si no lo estaba odiando. Pero inmediatamente se consolaba al pensar que lo que odiaba era su actitud, esa idea de creer que lo sabía todo, sentimiento que la hartaba, sobre todo, cuando hablaba de libertad. Últimamente era su tema favorito en discursos, artículos y ensayos, sin ponerse a pensar que la libertad justamente termina donde inicia la libertad del otro y que él, el docto, el sabio, el erudito, había hecho de su hogar un mundo de esclavitud donde todos existían para su servicio, para su confort. Todos eran marionetas: ella era justamente una colombina, sin criterio, sin opinión, que entona una serenata permanente a la luna que nos ilumina con su luz.

A Bienvenida aún le sangraba la herida de la última vez en que quiso que la advirtiera como mujer. Mujer que le había entregado todo: su vida, su amor, su compañía. Se había puesto bajo su magisterio, sin discusiones, sin aceptación de las renunciaciones, con seriedad, sin caprichos.

Esa tarde, mientras limpiaba el jardín, cortó un inmenso ramo de flores para colocarlo en la habitación y, en un raptó de pasión, recordar los años idos en aquel gran lecho, donde se tornaba pequeña a su lado, sintiendo su instinto protector y el objeto fundamental de su amor. Había disfrutado de esa entrega total en vida y alma y pensó en recuperarla mediante una sorpresa. Impulsivamente, tomó las

flores, las despetaló sobre el lecho, tapizándolo completamente e invadiendo la habitación de un olor gratísimo.

Ella sabía que él tenía una reunión tormentosa en Casa Presidencial. Este acto de amor, esto de recibido con el lecho cubierto de pétalos deshechos en su propio olor, era un símbolo, un código secreto para retomar la vida. Más bien el camino para volverse a amar, para enfrentarse juntos al mundo y a su crueldad.

Ella lo esperó adormilada. Cuando llegó, ni siquiera advirtió los pétalos, amorosamente derramados sino que, con grito estentóreo, preguntó que si no había quién hiciera decentemente una cama. Contempló cómo, con la almohada, limpiaba la cama tirando los pétalos al piso, donde languidecieron, marchitos, al igual que su fantasía de amor.

Después del largo padecimiento de Amandita, que la llevó a la tumba, Bienvenida tuvo que hacer acopio de toda su valentía para no advertir la frialdad con que su esposo había interpretado el doloroso suceso. Para colmo de males, los acontecimientos políticos tomaron un terrible cariz con la amenaza de otra guerra civil que sumiría al país, de nuevo, en otra crisis de orfandad y violencia. La actitud del doctor Guardiola se precipitó frente a la incertidumbre del futuro.

Así fue como, un día inesperado, le advirtió que era necesario tener las maletas hechas, que empacara lo más

necesario y que él saldría esa misma noche fuera del territorio nacional. Tímidamente, Bienvenida preguntó qué iba a ser de ellos a lo que, incómodo, respondió que podía hacer lo que le diera la gana, que él le había dado suficiente libertad para que escogiera su destino. Bienvenida sintió el calor de las lágrimas inundando sus ojos y pensó “no debo llorar”. Los niños, alarmados, armaban una algarabía enterados instintivamente del momento de tensión que sus padres estaban viviendo. Nervioso, el doctor Guardiola le espetó: “Quíteme esos niños de encima y usted, déjeme en paz”.

Bienvenida, firme en su puesto y sacando fuerzas de una disciplina interna, que ya en ella era una costumbre, lo vio marcharse a media noche. En compañía de un hombre de confianza llevaba, detrás de los caballos, una mula de paso cargada no sólo con algunos paquetes de libros, sino con las maletas donde iba perfectamente acomodada su ropa, siempre limpia y bien planchada. Enjugándose una lágrima furtiva, Bienvenida lo vio partir.

A partir de ese momento, la vida de Bienvenida no fue fácil. Parecía que todo se complicaba; el exiguo presupuesto de la mujer sola se hacía evidente, dañando fuertemente su salud mental. Se sentía presa de un complot: todos querían engañarla. El mayordomo de la pequeña hacienda de Tusterique dejó de enviar vituallas en sus visitas semanales y aparecía con puros pretextos: que el gusano se comió el frijolar, que la vaca parida se paró encima del ternero recién

nacido sofocándolo, que el gavilán se comió las gallinas. Y el colmo de los colmos fue cuando, en Navidad, no pudo llegar a casa ni con los verdes acostumbrados, porque los pinos estaban llenos de gorgojos. Como corolario de esa situación desesperante, cada vez que llegaba el hombre quería que le pagara su sueldo, más una cantidad adicional, a fin de resolverle el problema de la siembra y la cosecha.

Manuelito, que ya había cumplido los catorce años, se convirtió en un adolescente díscolo y alzado. A partir de la ausencia del padre daba malas respuestas; era haragán y descuidado, no cumplía con sus deberes y, para colmo, llegaba tarde a casa con evidente olor a trago. Sólo Violeta era la misma; tal vez un poco profundizada su melancolía habitual, con aquella dulzura exagerada en una personalidad poco comunicativa.

Allí estaba ella; llena de conflictos y en medio de una gran zozobra, ahora libre del yugo y de la visión ordenancista, o más bien centralista. Por las noches, un ligero insomnio la obligaba a pensar si de verdad era una inútil, incapaz de manejar una pequeña familia de tres, o si más bien había perdido la costumbre de tomar decisiones y manejar personas en aquel constante hábito de sólo saber el espacio limitado de sus deberes, sin integrarse a una visión de la totalidad.

Así fue cómo empezó a echar de menos a su doctor Guardiola. Una fuerte nostalgia, un cansancio corpóreo la invadía —sobre todo por las noches— cuando analizaba los

acontecimientos del día y se llenaba de miedos. Miedo hacia el porvenir, miedo frente al destino, miedo a la soledad. Y por las madrugadas, al sentirse tan débil, casi abandonada, se ponía a llorar.



Mina

*Guadalupe Loaeza
México*

Hoy dijo el padre Acquie que tenemos que escribir nuestros pecados en un papelito, para hacer un examen de conciencia. Mis pecados más feos son: la envidia; soy muy peleonera, critica, berrinchuda y respondona.

Al que más le contesto feo, es a mi papá. Me da coraje verlo tan gordo y que molesta mucho a mi mamá. Mi papá me da miedo porque a Leticia mi hermana la agarra a golpes y a chicotazos. Cuando quiere pegarme, mi mamá le dice inmediatamente: “Acuérdate que Mina está muy mala de sus nervios”. Cuando mi papá se enoja y yo me asusto, mi mamá me da 5 centavos y corro al estancillo de junto que se llama “El Ciclón”, y compro dos pirulís de a centavo, dos bolas de panocha de a centavo y una alegría de a centavo. Cuando mis hermanos me ven con mi cucurucho de papel periódico lleno de dulces, se me echan encima y yo me defiendo como puedo; por eso soy peleonera.

Lo que más critico son: las narices chatas, las bocotas y lo prieto. Mi mamá dice que los de Guadalajara son blancos y no tienen ni bocotas ni narices planchadas. ¡Ayúdame, Dios mío, a soportar a los prietos, a los bocones y a las narices chatas!

En el colegio me dan envidia las ricas. Me enoja más si tienen coche. Pero me consuelo pensando en los apellidos de mi mamá, que son los mejores de Guadalajara. Y esas ricas se apellidan González, o Pérez. Muchas son hijas de gachupines que tienen panaderías o mueblerías. Me dan mucha envidia los zapatos que éstas traen, porque a mí me los compran en la calle de Sta. María, mientras que a las ricas se los compran en “El Grumete”; son zapatos finos y cuestan 12 pesos. Los míos cuestan 4. Pero pienso que yo no tengo las piernas prietas.

Soy berrinchuda, porque quiero hacer lo que yo quiero. Soy respondona, porque siempre temo que van a decirme groserías y yo las digo antes.

Les pido, Dios mío y Virgen de Guadalupe, que hagan que ya no los ofenda más. Porque quiero tener mi alma pura para cuando haga mi primera comunión, que la hago la semana que entra. Dice Madame St. Philipe que el Niño Dios va a hablar a nuestra alma y va a velar por nosotras.

Cuando reciba la hostia, no voy a hacer como una prima, Leonor, que le pidió un buen señor para casarse. Yo le voy a pedir que siempre tenga dinero para mis dulces, que mi papá ya no se enoje conmigo y me compre zapatos en “El Grumete”. Y que si quiere, el Niño Dios se me aparezca un día. También le pediré al Niño Dios que mi papá se saque la lotería para que seamos muy felices.

Veinte años

Hoy terminó, bendito sea Dios, la huelga de Teléfonos. Ayer el aparato estuvo todo el día como muerto, y José Calvillo no me pudo telefonar. Hace dos semanas, Beatriz me presentó a este muchacho por teléfono. Él estaba en su casa, estudiando con su hermano. Beatriz de la Torre me había platicado de él. Entonces, cuando se enteró que estaba estudiando en el cuarto de su hermano, me llamó y me dijo: “Oye Mina, ¿sabes quién está en la casa?”. Enseguida me imaginé que era ese muchacho, por el tono de voz de Beatriz. “Ya sé de quién me estás hablando”, le dije. “¿Te lo presento?”, me preguntó. “Como tú quieras”, le respondí. A pesar de que había tapado con su mano la bocina, oí cuando llamó a su hermano: “Tomás, dile a Pepe que venga. Que le quiero presentar a una amiga por teléfono”. Pasaron como dos minutos y después Beatriz me dijo: “Allí viene. Te lo paso”. “Bueno”, me dijo. “Bueno”, contesté. “Que pena que Beatriz le haya pedido venir, justo cuando estaba estudiando. No fue intención molestarlo”. “De ningún modo, señorita. Ya me habían platicado mucho de usted. Mucho gusto”. “Mucho gusto de conocerlo por teléfono”, le dije. Los dos nos reímos y nos pusimos a platicar. Primero, me contó que estaban estudiando para un examen de Medicina. Luego, me preguntó si me gustaba el cine y por último quiso apuntar mi número de teléfono. Le dije: “Es Ericsson 15-35-03”. Dos veces le tuve que repetir el número porque no me entendía. Nos despedimos con mucha cordialidad. Enseguida vino Beatriz a

la bocina y preguntó: “¿Qué te pareció?” “No seas indiscreta”, le contesté. Después tuve que colgar, porque mi mamá nos estaba llamando para merendar. Después de cenar, le volví a hablar a Beatriz para comentar. Me dijo que José Calvillo era un magnífico muchacho, estudioso y serio. Su familia es de Zamora y desde hace tres años se vino a estudiar a la capital. Vive en una casa de huéspedes en Santa María. Me gustó su voz: es de gente decente. ¡Qué bueno que le gusta el cine como a mí! Ojalá nos invitara a Licha mi hermana y a mí, a ver la película Sussy, con Jean Harlow y Cary Grant. La están dando en el cine “Parisina”. Si me invita, no se lo diré ni a mi papá ni a mis hermanos, nada más a mi mamá, que bendito sea Dios, es más comprensiva. Conociendo el carácter de mi papá, sé de antemano que no me permitirá salir con ese muchacho. Quizá si Manuel mi hermano lo trajera a la casa como compañero de la Facultad, tal vez lo vea con mejores ojos. Nunca he tenido novio: me da miedo. Es que no quisiera tener un noviazgo como el de mi hermana Leticia. Nada más de verlos a ella y a Antonio platicar horas y horas a través de los barrotes de la ventana, me da flojera. Leticia no puede salir ni a la esquina sola con él, a pesar de que ya llevan cuatro años de noviazgo.

El otro día mi papá la cogió a golpes porque la descubrió en la ventana. Pobrecito de mi papá, está lleno de cualidades, pero es muy mal educado. Además desde el accidente de mi hermano, está imposible. Lo que sucede es que allí si tenía razón. ¡Cuántas veces no le dijo mi mamá que

no lo dejara usar la bicicleta! “Es muy peligroso”, decía una y otra vez. Bueno, en realidad nunca nadie se imaginó que Luis se iba a caer y se iba a lastimar sus partes nobles. Cuando el doctor Canale lo revisó y le dijo a mis papás que había que extraerle una de sus partes, mi papá no lo admitió y el pobre de Luis siguió la vida con esa incapacidad.

Mi mamá se muere de miedo de intervenir en la violencia de mi papá y en nuestros pleitos. Dice lo mismo cada vez que mi papá se pone hecho un energúmeno por cualquier cosa. “Yo no sé tratar a personas sin educación. En mi familia nunca había gritos ni insultos. Lo mejor es no contradecirlo.”

Pobre de mi papá, siempre está temiendo que la gente nos vea menos, que no me inviten, que no nos saluden. Con las Bretón se molestó porque saliendo de la panadería “Tinoco” se imaginó que lo saludaban feo. Siempre se está imaginando cosas y lo peor de todo es que nosotros, especialmente yo, somos víctimas de sus complejos. Por eso prefiero encerrarme en mi recámara y seguir leyendo Doña Perfecta, de Pérez Galdós.

¡Qué barbaridad!, ya van a ser las 9:30 y José Calvillo no me ha llamado todavía. Qué extraño; nunca lo he visto y siento que ya le tengo afecto. Me gusta como dice: “Guillermina”. Como que hace mucho énfasis en el “Mina”, eso me gusta. Me gustaría decirle que nada más me llame Mina, pero no me atrevo.

Comprendo que es un provinciano a fondo, y de clase media. Sin embargo, pienso que con su carrera podría triunfar y hacerse de un lugar en la sociedad.

¡Ay, Virgencita de Guadalupe, haz que me llame José Calvillo, que me llame por favor!

Acabo de asomarme al teléfono para ver si mi papá no había descolgado la bocina. Gracias a Dios, el teléfono estaba bien colgado y nadie se dio cuenta que salí de mi recámara.

Otra vez se me atrasó la regla; es que he estado muy nerviosa. Por más que me doy baños de tina con agua hirviendo no logro menstruar. Virgencita de Guadalupe, haz que me venga el mes, que me hable José Calvillo, haz que me quiera por favor, haz que le guste a pesar de mis ojos saltones y de mi miopía y de mi cara que no es atractiva. ¿Pensará en mis cualidades? Si es así, haz que vea en mí una muchacha decente, pero sobre todo haz que tenga buenas intenciones para conmigo.

Virgencita de Guadalupe, solo a ti te confieso que me quisiera casar, que ya no aguanto el carácter de mi papá. A veces siento que a nadie le importó. Reconozco que no soy interesante, ni chistosa, ni graciosa. Soy muy directa y les digo a las gentes sus defectos y sus errores. Lo peor de todo es que yo no soporto que nadie me diga nada. No, no tengo buen carácter. Y como dice mi mamá: “Tu carácter es tu dote o es tu azote”. Bueno, pero también tengo cualidades: soy

observadora, me gusta la literatura, la música y el cine. Creo que soy buena cristiana y que tengo buenos principios.

Me siento sola, Virgencita de Guadalupe. Hay días en que siento ganas de gritar, de llorar, de insultar. Perdóname, Virgencita de Guadalupe. Mañana sin falta me confesaré y te pondré dos veladoras muy juntitas. Una para los exámenes de José Calvillo y otra para que se me componga el carácter.

Ayer me saqué un reintegro: el número terminó en 19 como el día de San José... Si me saco una buena cantidad de dinero, quizás José Calvillo me vea, además de decente, con dote.

Treinta años

Por la mañana, vino Luis, mi hermano, y me gritó porque no había bajado rápido a abrirle la puerta. Está loco, es un histérico. El pobrecillo es tan raro desde su accidente. Es un chaparro acomplejado, que ni su esposa lo ha de aguantar.

Hoy por la tarde, estuve leyendo El Universal y escuchando a Jean Sablon y a Maurice Chevalier. Estuvo lloviendo todo el día, a causa del ciclón en Tampico. Qué lástima, porque quería ir al cine "Regis" a ver Cuando el amor muere, con Robert Taylor. Me dijeron las cuatas de Vizcaya que estaba magnífica. Siempre que me las encuentro a la salida del Sagrado Corazón, me hablan de películas y me dan muchas noticias de la gente. Serán ciertas unas y otras no, pero el caso es que todas me divierten.

Qué curioso, nada más una de ellas comulga, mientras que la otra se pasa la misa confesándose. Hay veces que todavía ni salimos de la iglesia, cuando ya me están diciendo: "Ay, Mina, te recomendamos la del 'Parisina'. No dejes de ver la que están dando en la 'Ópera'". Yo creo que no tienen nada que hacer las pobres. Me contaron que Sandrini trajo una gran comedia y que la pondrán en Bellas Artes con Virginia Fábregas- le pediré a Beatriz que me acompañe. Ay, qué lástima que su marido, además de ser bueno para nada, sea tan chocante e ignorante. No sabe francés. Como todos los mediocres, ese pobre se siente personaje de un mundo reducido y falto de cultura. Nadie lo toma en cuenta. Pero su principal defecto es no tener en qué caerse muerto. El otro día lo vi con el traje todo chorreado de caldo de frijoles. Da la impresión de que no es amante de la limpieza.

Saliendo con mi mamá de misa de diez, compré un billete de la lotería terminado en 6. Me dijo la billetera que hace mucho no sale este número. Virgencita de Guadalupe, si me saco la lotería me voy a Europa. Ya no pienso en Calvillo. Personaje que alguna vez me quitó el sueño, y era una ilusión en mi vida, pero se ha esfumado de mi pensamiento y de mi existencia completamente. Parece que se casó con una enfermera de Peralvillo.

Antes de comer, pasamos a visitar a Toñita Reyes, pues mi mamá quería saludar a unas primas que acaban de llegar de Guadalajara. A mí me gusta mucho ir a casa de los

Reyes, porque siempre ofrecen unas aguas frescas muy sabrosas. Ayer nos sirvieron una de chía, deliciosa. Las Reyes son muy especiales, nunca quieren dar ni recetas, ni direcciones. Siempre dicen: “Ahorita no la tengo conmigo. Mañana te hablo y te la doy”, pero jamás hablan. Bueno, pues en casa de los Reyes nos enteramos de que Mario del Río le estiró la cara a una de las González Paredes y que después de la feliz operación se le mete un ojo. También nos dijeron que a Lolita Corcuera le hicieron un shower, donde fue lo mejor de Guadalajara ya que está muy mejorada María Luisa viuda de Teresa, que Lupe Mier se rompió un hueso al bajar la escalera. Jesús Reyes llegó más tarde y nos contó de una fiesta que dio Luis Barragán. Según él, estaban las mujeres más guapas de México pero que sin duda la mejor vestida era Laura Cornejo. Toñita, muy amable, le mandó a mi papá unas tortillitas muy blancas y recién hehechitas.

El sábado pasado fue la primera comunión de las niñas de Licha les regalé una imagen de la virgen de Guadalupe muy bonita. La misa fue el La Profesa y el desayuno en la “Flor de Lis”. Vinieron las cuatas del Vizcaya, Beatriz de la Torre, las Canales, las Reyes, Mimi Mendiola y su hija, las Quijano, las Bretón y ya no me acuerdo quien más. Claro, también vinieron todos mis hermanos, con sus esposas y sus hijos.

Desde hace dos días no he obrado. Quizá se debe a que comí demasiados chocolates de Lady Baltimore. Me encantan

los de turrón, los rellenos de color de rosa y también los de color verde.

A Leticia, mi hermana, la veo muy nerviosa. Parece ser que su marido tiene una aventura con la secretaria. Gracias a Dios, yo no tengo ese tipo de problemas. Lo peor de todo es que se lo está contando a todo el mundo. Es muy indiscreta. Es que la pobre se llenó de hijos y la paciencia no es su cualidad.

El otro día, la escuché contarle todo a mis papás. Mi papá nada más movía la cabeza de un lado a otro, pero no decía nada. Este tipo de cosas lo sacan de quicio. Él siempre se ha considerado como un hombre intachable, al que jamás se le ocurriría ir detrás de una mujerzuela. Bendito sea Dios, el matrimonio de mis papás ha sido magnífico, sano y sumamente correcto.

Me muero de ganas de ver Luz que agoniza, con Charles Boyer e Ingrid Bergman. Creo que le están dando en el “Metropolitan”, pero a ese cine no me gusta ir. La última vez que fuimos Beatriz y yo, hace como dos semanas, me tocó al lado izquierdo un señor que empezó a empujar su zapato contra el mío. No dije nada porque creí que eran cosas de mi cabeza, pero más tarde sentí que estaba frotando su pierna contra la mía. La pobre de Beatriz ni cuenta se daba; estaba come y come sus palomitas. Yo estaba nerviosísima y como que no podía reaccionar. Después este viejo cochino puso su mano sobre mi pierna. Entonces si inmediatamente reaccioné

y se la quité. Y justo en esos momentos, que me doy cuenta que tenía el pantalón abierto. Era la primera vez en mi vida que veía el negocio de un señor. En ese preciso instante grité: “¡Viejo cochino, viejo cochino!” Beatriz hasta tiró la caja de palomitas, y como rayo las dos nos paramos y nos salimos del cine. “¿Qué te hizo, qué te hizo, Mina?”, me preguntaba temblando, la pobre. Yo tenía la bilis completamente derramada, sin poder decir una palabra. Tomamos un Juárez-Loreto y durante todo el camino me puse a rezar el rosario. De los nervios, hasta la letanía se me olvidó. Llegando a la casa, Beatriz llamó al chocolate de su marido para que viniera a recogerla. Las dos nos juramos que nunca íbamos a contar lo sucedido a nadie.

Esa noche tuve una pesadilla. Soñé que un señor desnudo me correteaba por toda la casa. El señor traía una boina como la de Jesús Reyes y mientras me perseguía, me echaba palomitas. Al otro día me confesé. El padre Jiménez me sugirió que no fuera al cine por un tiempo. “A usted que le gusta tanto leer, quédese en casa y aproveche de la buena literatura”, me dijo.

Bueno, pues después de lo que sucedió en el “Metropolitan”, se me atrasó la regla como 15 días. Y hasta creía que este viejo cochino me había hecho lo peor, sin que me hubiera dado cuenta. Gracias a Dios, después me vino la regla.

Lo peor de todo es que este incidente tan desagradable me impresionó tanto, que muchas veces, cuando no puedo dormir me acuerdo de ese viejo con los pantalones abiertos. Entonces luego luego me pongo a rezarle a la Virgen de Guadalupe, diciéndole: “Virgencita de Guadalupe, haz que se me olvide. Aparta de mí estas imágenes, ese señor que es el mismo diablo”. A veces me ayuda la Virgen, pero a veces no.

Continúo con las jaquecas

Cuarenta años

Hoy por la mañana, cuando fui a vaciar la bacinica, escuché la voz de mi papá que muy alta le decía a la pobre de mi mamá: “Los de tu familia nunca fueron saludables; que diferencia con nosotros. Siempre fuimos sanos, fuertes. Nunca nos enfermábamos”. Cuando justo salía del baño, escuché que mi mamá le contestaba con una voz muy cansada: “Habrán sido muy sanos porque son rancheros”. Furioso mi papá le replicó: “Anda tú, taruga. Seremos de rancho, pero con salud y vitalidad”. En esos momentos salió de la recámara de mi mamá y nos topamos en el corredor. Empezó a insultarme: “¡Idiota!, ¿qué estás haciendo allí? Pareces loca. Anda, ve a buscar periódico y leña para el calentador. Pero rápido, ¿qué no ves, que ya es muy tarde? No le contesté nada para evitarme dificultades. Tenía razón mi mamá: mi papá, a pesar de ser un hombre trabajador, que le había dado carrera a sus tres hijos, no dejaba de ser un hombre del campo. No porque se casó con una mujer de las mejores familias de Guadalajara

a él se le había quitado lo primitivo. Eso sí, de todos sus hermanos, mi papá había sido el más blanco. Por eso todos nosotros, bendito sea Dios salimos con la piel tan blanca. Afortunadamente, mis hermanos y yo tenemos tipo de gente decente. Mis papás grandes eran de rancho, pero indios, eso sí que no.

Hoy por la tarde, fui a buscar los análisis de mi mamá a la calle de Bucareli. Estamos esperando al doctor Reygadas, que vendrá a interpretarlos. Hay días en que la veo con muy mal semblante. Desde la caída del autobús, m mamá ya no es la misma. Dice el doctor que su el corsé no la ayuda a restablecerse de la espina, tendrá que operarla nuevamente. Me parece que cada día camina peor. Se lo he dicho a los estúpidos de mis hermanos, pero siguen sin hacerme caso. Son unos imbéciles. Parece increíble, pero mi papá se niega a aceptar que mi mamá deba quedarse en cama la mayor parte del día. En el fondo me da lástima, sobre todo cuando trata de animar a mi mamá. “Hoy, Leticia, amaneciste con mejor semblante. Deberías dar una vuelta en coche por Chapultepec”, le dice. El sábado pasado insistió en llevarla al cine “Versalles”, a ver Violetas imperiales. Le llevamos su llanta, para que no se cansara al estar sentada. Estaba feliz la pobrecita, hasta se comió un TinLarín. Salió encantada. Lo malo es que por la noche le dolía muchísimo la espalda y tuve que ponerle una inyección para bajarle el dolor. No dormí nada por cuidarla. Me da mucha rabia porque la amolada siempre soy yo. Yo hago todo, voy al mercado, ayudo a la

muchacha en la cocina, cuido y acompaño a mi mamá. Que me perdone Dios, pero ya estoy hasta el copete, harta, fastidiada. Ayer tuvo diarrea, y como todavía no se acostumbra al patito, tuve que cambiarle el camisón cuatro veces. Para colmo, nadie agradece nada. Qué gano con ofrecérselo a Dios Nuestro Señor. Es injusto. mis hermanos no hacen nada, son unos idiotas. Cree que con venir a verla 15 minutos es suficiente. Bola de egoístas. Pero todo se pega en la vida. Ya la pagarán con sus hijos. Son unos imbéciles.

Mi papá nada más grita y se queja de los inquilinos de las casas de Peralvillo. No he saldo con Beatriz de la Peña, desde hace más de tres semanas. Ya ni puedo ir a la Librería Francesa.

¿Qué barbaridad!, ya son cerca de las siete y media. Tengo que ir a ponerle la televisión a mi mamá, para que vea el programa de Un solo hombre. Le gusta mucho Humberto G. Tamayo. A mí, sinceramente, me cansa. Hoy lunes, en Mesa de celebridades con Agustín Barros Gómez.

El domingo, a la salida de misa de doce, me encontré con las cuatas del Vizcaya. Conchita está cada día más fea. Se le ha puesto cara de criada. Su hermana tiene mejor tipo, aunque cada día más petacona. Quedaron en que pasarían a ver a mi mamá este sábado.

Después de darle desayunar a mi mamá, le leí el periódico. Hoy en Excelsior, en la sección de sociales, sale

horrible la señora Ruiz Cortines. Pobre mujer, ¿por qué siempre saldrá retratada con cara de drama? En una foto aparece con una bolsa sobre el estómago. Parece como si llevara la canasta del mandado. Dicen que tiene unas joyas magníficas. Sale retratada en Bellas Artes en una función de ópera. A su lado aparece Tomás Braniff, vestido de frac. Mi mamá y yo estábamos muertas de la risa con la cara de Carmen Tinoco, que también está en la foto con una estola de pieles; más bien parece que lleva un rebozo de bolita. Estas Salazar son unas buenas peladas venidas a más. Cuando estábamos en el colegio, ellas vivían en una vecindad en Santa María. Creo que su mamá cosía vestidos de novia. Y ahora resulta que porque se casó con este Rafael Méndez, ya va a la ópera con todo y estola.

Lo que son las cosas de la vida. Ayer me di un agarrón con Leticia, mi hermana. Quería llevarse la pintura con el escudo de armas de la familia de mi mamá. Le dije que estaba loca, que ese cuadro no salía de la casa, mientras estuviera viva. Me empezó a insultar: “Histérica, acomplejada, panzona, anteojuda, por eso no te casaste, idiota, sorimba, cuachalota, cochina, vive en un mugrero, loca, imbécil”. Todo eso me lo gritaba desde abajo. “¡Qué bueno, qué bueno!, muy mi mugre, muy mi locura”, le respondía, sacándole la lengua. Leticia ¡está loca!

Cincuenta años

Hoy, después de la misa, fui a comprar a Bucareli 8 el disco L.P. con la voz de su santidad Paulo VI recitando el Padre Nuestro. Después, fui a buscar mis anteojos con el oculista y luego a cambiar mi billete de lotería, que, por cierto, terminó en 4. Con el dinero, compré un número muy bonito: 19079. Me dijo el billettero que hace mucho no sale el 9. Pasé al mercado. Regresé a la casa a hacer la comida de mi papá. Mientras doraba los fideos para la sopa aguda, me acordé de mi mamá. La recordé frente a la ventana de su recámara, donde la instalaba todas las mañanas para que ella misma se terminara de arreglar. En una mesita, le ponía su crema Pond’s, una jícara de agua tibia enjabonada, un cepillito para las uñas, jabón y una toalla. También le acomodaba su peine, sus orquídeas, sus rellenos de pelo, para que se pudiera hacer su chongo. Dos horas se pasaba haciendo su aseo y preparándose para cuando llegara mi papá. Cuánta paciencia le tuvo. ¡Pobrecita! Me da la impresión de que se murió desencantada de la vida. A veces me parecía que estuviera esperando la muerte frente a la ventana. Se quedaba horas y horas mirando un punto fijo como en el entendimiento extraviado. “¿En qué piensas mamá?”, le preguntaba. “No pienso, me acuerdo de cosas que creía que se me habían olvidado.” Me contestaba. Por más que le insistía que me contara, jamás quiso hacerlo. ¿De qué tanto se acordará?

La sopa no me quedó buena, los fideos se me doraron mucho y no tenía sabor. Mi papá se la acabó y por primera vez, cosa curiosa en él, no se quejó.

Por la tarde, vino María Luisa la pedicurista a hacerme los pies. ¡Qué alivio siente una cuando la desentierran las uñas! Desde hace una semana, tenía una clavada en el pie izquierdo, y esto hacía que sintiera que todo me apretaba: las ligas de las medias, el resorte de los calzones, el portabusto y lo peor, los zapatos.

Mañana debo pagar el teléfono y la luz. A ver si mi papá me quiere dar dinero; si no, nos van a cortar el teléfono. Y eso sí será horrible, hablar por teléfono es lo único que me distrae.

Hoy por la noche, me siento muy nerviosa por todo lo que me ha sucedido desde el lunes. Ese día, tomé el Juárez-Loreto en la calle Milán, porque quería ir a ponerle una veladora al Señor de Chalma y de paso a “Celaya”, para comprar mis dulces. Al subir al camión, vi que estaba en los primeros asientos ese señor alto, de sombrero, que siempre se pone en la esquina del Sagrado Corazón. Desde hace algunas semanas lo vi y me llamó la atención, pues para vender billetes de la lotería me pareció demasiado elegante, primero porque no es prieto y segundo porque tiene buenas facciones. De ningún modo tiene la apariencia de un billetero. Más bien parece provinciano venido a menos.

Un día, no hace mucho, me fijé que miraba hacia la ventana de mi recámara, que da justo frente al Sagrado Corazón. Cada vez que me asomaba, inclinaba la cabeza y se quitaba el sombrero. El miércoles pasado, el sacristán de la

iglesia me comentó que le había preguntado mi nombre. Que le dijo: “Con todo respeto, ¿me podría usted decir cómo se llama la señorita de anteojos, que vive en la casa gris de enfrente, y que viene todos los días a misa de doce?” Gracias a Dios, el sacristán no le dio mi nombre. “Si se lo cuento, señorita Guillermina, es para que se cuide”, me previno. Por eso cuando lo descubrí en el camión, me puse nerviosísima y me fui a sentar hasta los lugares de atrás. Cuando pasé frente a él, me hice la disimulada, pero me fijé que inclinó y se descubrió la cabeza. Naturalmente, no le contesté el saludo, y mirando fijamente la ventana, me puse a rezar el rosario. “Dios te salve, María, lleva eres de gracia, bendita eres entre todas las mujeres...”, decía cuando me di cuenta que ya era mi parada. Me bajé muy nerviosa y fui caminando hasta la Librería Francesa. Allí, mientras pagaba en la caja el Point de Vue y el Paris Match, me di cuenta que estaba parado frente a la librería. Entonces, me puse a platicar un ratito con la empleada. Le pregunté si ya había visto la película Mon Oncley me dijo que sí, que le había gustado mucho. Estuvimos comentándola más de diez minutos. Por un momento pensé que ya se había ido, pero al salir de la librería, seguía allí con su pantalón azul marino y su chaqueta cazadora de gabardina. Me hice la disimulada y caminé hacia Woolworth. Entré y me dirigí hacia la dulcería que está luego luego a la entrada. Vi los garapiñados y se me antojaron y compré un kilo, y 250 gramos de chocolate claro con nuez. Saliendo, me di cuenta que estaba frente al cine “París”.

Empezaba a oscurecer y me acordé que mi papá me había pedido comprar el pan dulce. Me fui por Reforma y justo en la esquina, donde está High Life, le di vuelta a Milán. En la panadería compré: dos campechanas, una rosquita de canela, un picón, una concha de vainilla y dos teleras. Cuando salí estaba allí; después, pasé a la botica a comprar Milpar porque hace dos días que no obro, a pesar de una bolsita de ciruelas pasas que me comí. Al salir, ya no estaba. Era de noche y comenzaba a hacer frío. Dos veces volteé, para ver si me seguía, pero no vi a nadie. Curiosamente, me sentí aliviada por un lado pero por otro como decepcionada. ¿Por qué no habría insistido? Caminando por la calle, completamente sola, sentí miedo, y pensé que era una lástima que ya no estuviera él para cuidarme de los malhechores que luego se ponen en la esquina de Roma y Milán.

Llegué a la casa agitada. Y mi papá ya había llegado. Apenas escuchó que cerraba la puerta, enseguida empezó a gritarme: “Guillermina, ¿estás loca? ¿Por qué llegas a estas horas? No hay leche. ¿Compraste el pan dulce?” Me fui a la cocina a prepararle su merienda.

Después de cenar, me encerré en mi cuarto y me puse a escuchar en la XEW el Diálogo con el recuerdo, con la Cómoda de Alambres de Guillermo Álvarez. Desde mi cuarto, oía que mi papá iba y venía al baño. Estaba furioso porque no había merendado leche. Esa noche, en su lugar tomó un té de hojas de naranjo.

Ayer por la tarde, al venir del super, lo vi de lejos. Al pasar frente a él, me ofreció sus billetes de lotería. Me dio pena y lo saludé con mucha discreción. Le pregunté si no tenía uno terminado en 7, porque era el número predilecto de mi mamá. Inmediatamente lo sacó. Le compré tres cachitos y nos pusimos a platicar.

Lo único que sé de él es que se llama Rafael Barrera, que vive por Xochimilco y que le gusta mucho el cine. Si supiera mi papá que estuve platicando con él, es capaz de matarme. Virgen de Guadalupe, haz que jamás se entere de la existencia de Rafael Barrera.

De cerca es mejor que de lejos.

Sesenta años

Son las dos de la mañana y no logro dormir. Prefiero entonces ponerme a escribir para no tener malos pensamientos. Hoy amanecí de mal humor, con mi pierna muy adolorida. Anoche me acosté hasta muy tarde por estar hablando por teléfono con Beatriz de la Peña. La pobre ya no aguanta al idiota de su marido, que está enfermo de la próstata, le dije que igualito estaba mi papá antes de morir. Esa Beatriz habla hasta por los codos.

Fui a misa de doce. A la salida, me peleé con el padre Jiménez. Me reclamó que el domingo pasado hubiera rechazado la comunión con el padre Escudero. Le pedí que en esos momentos me confesara, para poder contarle la verdad.

Entramos de nuevo al Sagrado Corazón, él se metió al confesionario y yo me fui a arrodillar. Le expliqué: “Mire padre, a mi el padre Escudero no me gusta, primero porque es prieto, y segundo porque me da mala espina, porque siempre me está haciendo preguntas muy personales e indiscretas. Además, todavía no le perdono aquél día que me negó la comunión, porque el sacristán le había contado que yo era amante del billetero. Es un vejo inhumano, padre, que no sabe perdonar al pecador. Por eso, cuando me dio la hostia, con su mano prieta no abrí la boca, en señal de protesta. Estoy segura que Dios Nuestro Señor sabrá comprender”. El padre me pidió que fuera más humilde, y como penitencia, me dejó tres misas y cuatro rosarios. ¡Cómo han cambiado los tiempos! Ahora los padres no son como los de antes. Qué diferencia con el padre Acquie, ése sí que era un santo. Además, tenía los ojos azules y sus manos parecían palomas.

Por la tarde, puse mis discos de Tino Rossi y mientras los escuchaba, arreglé mi librero y el armario. ¡Qué barbaridad, cuántas cosas guardo! Bien me lo decía mi mamá. Tengo como treinta cremas de Orlane, doce lociones de marcas diferentes, botellas de crema para las manos, polvos, en fin, muchísimas cosas sin abrir, todas sumamente empolvadas. En un diccionario viejo me encontré con unas esquelas del periódico por la muerte de mis hermanos Licha, Manuel y Alejandro, ¡Pobrecitos! Las separé por sobres y las puse junto con las de mis papás. Reacomodé todos mis libros de italiano del Instituto Dante Alighieri. Me puse a recordar

algunos verbos: iosento, tu sentí, egli sentí, ella senta, noisentimo, voisentite, essisentono.

¡Qué curioso!, en el fondo del armario encontré la caja china laqueada con el vestido de novia de mi mamá. Allí también estaban su libro y su rosario de marfil, ¡Precioso! Los besé con todo respeto y tuve ganas de llorar al ver su ramo de azahares completamente amarillentos. Mi mamá me había contado que el vestido lo había comprado en la “Ciudad de México” y que se lo había hecho con tela francesa una costurera que se llamaba Madame Guillow. Lo saqué con mucho cuidado y lo probé sobre el vestido. Me vi en el espejo y algo en mi me asustó. No sé por qué en esos momentos me puse hablar en voz alta. “¿Quién soy?”, comencé a preguntarme mirándome fijamente a los ojos. “¿Quién soy?, dime, mamá, ¿quién soy?”, gritaba frente al espejo. Después, me puse a llorar. Lloré muchísimo. Para alegrarme escuché mis discos. Escogí el que más le gustaba a la pobrecita de mi mamá, ese argentino que dice “Por la calle de Florida, muy bien vestida pasa Isabel”. Luego puse el disco preferido de mi papá: El lago de los cisnes. Y después El tercer hombre.

Ya van a ser las tres y media y yo sigo escribiendo. Toda la casa está oscura, nada más escucho las patitas de los ratones que andan por la recamara de mi papá. Tengo frío. En estos momentos estoy mirando las persianas de mi ventana y veo que están completamente descompuestas. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Mañana, sin falta, busco afuera del

super al muchacho que siempre está ofreciendo arreglar persianas.

No quiero dejar de escribir, ni mucho menos quiero apagar la luz porque tengo la impresión de que todos mis pecados se me vienen encima incluyendo los de mi papá, mi mamá y los de mis hermanos. Como si estuvieran metidos por todos los rincones de esta casa tan vieja y tan fea. Si me saco la lotería con el entero que compré, la mandaré pintar y arreglar la humedad. Me compraré otro colchón, otra cama, un calentador de gas y un tocadiscos moderno. Me iré a París y a Roma.

Virgencita de Guadalupe, haz que gane la lotería, yo no quiero vivir en una casa donde se siente el pecado, donde se respira tanto polvo de hace tantos años y donde se escuchan los pasitos de los ratones que no dejan de ir de un lado al otro, como si alguien los estuviera espantando. Me duele la pierna, pero lo que más me duele en estos momentos es esta horrible soledad que hace que me acuerde de cosas que creí que ya se me habían olvidado.

Cabecita blanca

Rosario Castellanos
México

La señora Justina miraba, como hipnotizada, el retrato de ese postre, con merengue y fresas, que ilustraba (a todo color) la receta que daba la revista. Le receta no era para los momentos de apuro, cuando el marido llega a la casa a las diez de la noche con invitados a cenar: compañeros de trabajo, el Jefe que estaba de buen humor y, casualmente, sin ningún compromiso; algún amigo de la adolescencia con el que se topó en la calle y había que portarse a la altura de las circunstancias. No, la receta era para las grandes ocasiones: la invitación formal al Jefe al que se pensaba pedir un aumento de sueldo o de categoría; la puntilla al prestigio culinario y legendario de la suegra; la batalla de la reconquista de un esposo que empieza a descarriarse y quiere probar su fuerza de seducción en la jovencita que podía ser la compañera de estudios de su hija.

–Hola, mamá. Ya llegué.

La señora Justina apartó la mirada de aquel espejismo que ayudaba a fabricar su hambre de diabética sujeta a régimen y examinó con detenimiento, y la consabida decepción, a su hija Lupe. No, no se parecía, ni remotamente, a las hijas que salen en el cine que si llegaban a estas horas

era porque se habían ido de paseo con un novio que trató de seducirlas y no logró más que despeinarlas o con un pretendiente tan respetuoso y de tan buenas intenciones que producía el efecto protector de una última rociada de spray sobre el crepé, laboriosamente organizado en el salón de belleza. No, Lupe no venía... descompuesta. Venía fatigada, aburrída, harta, como si hubiera estado en una ceremonia eclesiástica o merendando con, unas amigas tan solitarias, tan sin nada qué hacer ni de qué hablar como ella. Sin embargo, la señora Justina se sintió en la obligación de clamar:

–No le guardas el menor respeto a la casa... entras y sales a la hora que te da la gana, como si fueras hombre... como si fuera un hotel... no das cuenta a nadie de tus actos... si tu pobre padre viviera...

Por fortuna su pobre padre estaba muerto y enterrado en una tumba a perpetuidad en el Panteón Francés. Muchos criticaron a la señora Justina por derrochadora pero ella pensó que no era el momento de reparar en gastos cuando se trataba de una ocasión única y, además, solemne. Y ahora, bien enterrado, no dejaba de ser un detalle de buen gusto invocarlo de cuando en cuando, sobre todo porque eso permitía a la señora Justina comparar su tranquilidad actual con sus sobresaltos anteriores. Acomodada exactamente en medio de la cama doble, sin preocuparse de si su compañero llegaría tarde (prendiendo luces a diestra y siniestra y haciendo un escándalo como si fueran horas hábiles) o de si no llegaría

porque había tenido un accidente, o había caído en las garras de una mala mujer que mermaría su fortaleza física, sus ingresos económicos y su atención –ya de por sí escasa– a la legítima.

Cierto que la señora Justina siempre había tenido la virtud de preferir un esposo dedicado a las labores propias de su sexo en la calle que uno de esos maridos caseros que revisan las cuentas del mercado, que destapan las ollas de la cocina para probar el sazón de los guisos, que se dan maña para descubrir los pequeños depósitos de polvo en los rincones y que deciden experimentar las novísimas doctrinas pedagógicas en los niños.

–Un marido en la casa es como un colchón en el suelo. No lo puedes pisar porque no es propio; ni saltar porque es ancho. No te queda más que ponerlo en su sitio. Y el sitio de un hombre es su trabajo, la cantina o la casa chica.

Así opinaba su hermana Eugenia, amargada como todas las solteronas y, además, sin ninguna idea de lo que era el matrimonio. El lugar adecuado para un marido era en el que ahora reposaba su difunto Juan Carlos.

Por su parte, la señora Justina se había portado como una dama: luto riguroso dos años, lenta y progresiva recuperación, telas a cuadros blancos y negros y ahora el ejemplo vivo de la conformidad con los designios de la

Divina Providencia: colores serios.

–Mamá, ayúdame a bajar el cierre, por favor.

La señora Justina hizo lo que le pedía Lupe y no desaprovechó la ocasión de ponderar una importancia que sus hijos tendían a disminuir.

–El día en que yo te falte...

–Siempre habrá algún acomedido ¿no crees? Que me baje el cierre aunque no sea más que por interés de los regalos que yo le dé.

He aquí el resultado de seguir los consejos de los especialistas en relaciones humanas: “sea usted amiga, más que madre; aliada, no juez”. Muy bien. ¿Y ahora qué hacía la señora Justina con la respuesta que ni siquiera había provocado? ¿Poner el grito en el cielo? ¿Asegurarle a Lupe que le dejaría en su testamento lo suficiente como para que pudiera pagarse un servicio satisfactorio de baja-cierres? Por Dios, en sus tiempos una muchacha no se daba por entendida de ciertos temas por respeto a la presencia de su madre. Pero ahora, en los tiempos de Lupe, era la madre la que no debía darse por entendida de ciertos temas que tocaba su hija.

¡Las vueltas que da el mundo! Cuando la señora Justina era una muchacha se suponía que era tan inocente que no podía ser dejada sola con un hombre sin que él se sintiera tentado de mostrarle las realidades de la vida subiéndole las faldas o algo. La señora Justina había usado, durante toda la

época de su soltería y, sobre todo, de su noviazgo, una especie de refuerzo de manta gruesa que le permitía resistir cualquier ataque a su pureza hasta que llegara el auxilio externo. Y que, además, permitía a su familia saber con seguridad que si el ataque había tenido éxito fue porque contó con el consentimiento de la víctima.

La señora Justina resistía siempre con arañazos y mordiscos las asechanzas del demonio. Pero una vez sintió que estaba a punto del desfallecimiento. Se acomodó en el sofá, cerró los ojos... y cuando volvió a abrirlos estaba sola. Su tentador había huido, avergonzado de su conducta que estuvo a punto de llevar a una joven honrada al borde del precipicio. Jamás procuró volver a encontrarla pero cuando el azar los reunía él la miraba con extremo desprecio y si permanecían lo suficientemente próximos como para poder hablarle al oído sin ser escuchado más que por ella, le decía:

—¡Piruja!

La señora Justina pensó en el convento como único resguardo contra las flaquezas de la carne pero, el convento exigía una dote que el mediano pasar de su padre —bendecido por el cielo con cinco hijas solteras— convertía en un requisito imposible de cumplir. Se conformó, pues, con afiliarse a cofradías piadosas y fue en una reunión mixta de la ACJM donde conoció al que iba a desposarla.

Se amaron, desde el primer momento, en Cristo y se regalaban, semanalmente, ramilletes espirituales. “Hoy renuncié a la ración de cocada que me correspondía como postre y cuando mi madre insistió en que me alimentara, fingí un malestar estomacal. Me llevaron a mi cuarto y me dieron té de manzanilla, muy amargo. Ay, más amarga era la hiel en que empaparon la esponja que se acercó a los labios de Nuestro Señor cuando, crucificado, se quejaba de tener sed.”

La señora Justina se sentía humilladísima por los alcances de Juan Carlos. Lo de la cocada a cualquiera se le ocurría, pero lo de la esponja... Se puso a repasar el catecismo pero nunca atinó a establecer ningún nexo entre los misterios de la fe o los pasos de la historia divina y los acontecimientos cotidianos. Lo que le sirvió, a fin de cuentas (por aquel precepto evangélico de que los que se humillen serán ensalzados) para comprobar que los caminos de la Providencia son inescrutables. Gracias a su falta de imaginación, a su imposibilidad de competir con Juan Carlos, Juan Carlos cayó redondo a sus pies. Dijera lo que dijera provocaba siempre un ¡ah! de admiración tanto en la señora Justina cuanto en el eco dócil de sus cuatro hermanas solteras. Fue con ese ¡ah! con el que Juan Carlos decidió casarse y su decisión no pudo ser más acertada porque el eco se mantuvo incólume y audible durante todos los años de su matrimonio y nunca fue interrumpido por una pregunta, por un comentario, por una crítica, por una opinión disidente.

Ahora, ya desde el puerto seguro de la viudez – inamovible, puesto que era fiel a sus recuerdos y puesto que había heredado una pensión suficiente para sus necesidades– la señora Justina pensaba que quizá le hubiera gustado aumentar su repertorio con algunas otras exclamaciones. La de la sorpresa horrorizada, por ejemplo, cuando vio por primera vez, desnudo frente a ella y frenético, quién sabe por qué, a un hombre al que no había visto más que con la corbata y el saco puestos y hablando unciosamente del patronazgo de San Luis Gonzaga al que había encomendado velar por la integridad de su juventud. Pero le selló los labios el sacramento que, junto con Juan Carlos, había recibido unas horas antes en la Iglesia y la advertencia oportuna de su madre quien, sin entrar en detalles, por supuesto, la puso al tanto de que en el matrimonio no era oro todo lo que relucía. Que estaba lleno de asechanzas y peligros que ponían a prueba el temple de carácter de la esposa. Y que la virtud suprema que, había que practicar si se quería merecer la palma del martirio (ya que a la de la virginidad se había renunciado automáticamente al tomar el estado de casada) era la virtud de la prudencia. Y la señora Justina entendió por prudencia el silencio, el asentimiento, la sumisión.

Cuando Juan Carlos se volvió loco la noche misma de la boda y le exigió realizar unos actos de contorsionismo que ella no había visto ni en el Circo Atayde, la señora Justina se esforzó en complacerlo y fue lográndolo más y más a medida que adquiría práctica. Pero tuvo que calmar sus escrúpulos de

conciencia (¿no estaría contribuyendo al empeoramiento de una enfermedad que quizá era curable cediendo a los caprichos nocturnos de Juan Carlos en vez de llevarlo a consultar con un médico?) en el confesionario. Allí el señor cura la tranquilizó asegurándole que esos ataques no sólo eran naturales sino transitorios y que con el tiempo irían perdiendo su intensidad, espaciándose hasta desaparecer por completo.

La boca del Ministro del Señor fue la de un ángel. A partir del nacimiento de su primer hijo Juan Carlos comenzó a dar síntomas de alivio. Y gracias a Dios, porque con la salud casi recuperada por completo podía dedicar más tiempo al trabajo en el que ya no se daba abasto y tuvieron que conseguirle una secretaria.

Muchas veces Juan Carlos no tenía tiempo de llegar a comer o a cenar a su casa o se quedaba en juntas de consejo hasta la madrugada. O sus jefes le hacían el encargo de vigilar las sucursales de la Compañía en el interior de la República y se iba, por una semana, por un mes, no sin recomendar a la familia que se cuidara y que se portara bien. Porque ya para entonces la familia había crecido: después del varoncito nacieron dos niñas.

El varoncito fue el mayor y si por la señora Justina hubiera sido no habría encargado ninguna otra criatura porque los embarazos eran una verdadera cruz, no sólo para ella, que los padecía en carne propia, sino para todos los que la rodeaban. A deshoras del día o de la noche le venía un antojo

de nieve de guanábana y no quedaba más remedio que salir a buscada donde se pudiera conseguir. Porque ninguno quería que el niño fuera a nacer con alguna mancha en la cara o algún defecto en el cuerpo, como consecuencia de la falta de atención a los deseos de la madre.

En fin, la señora Justina no tenía de qué quejarse. Allí estaban sus tres hijos buenos y sanos y Luisito (por San Luis Gonzaga, del que Juan Carlos seguía siendo devoto) era tan lindo que lo alquilaban como niño Dios en la época de los nacimientos.

Se veía hecho un cromo con su ropón de encaje y con sus caireles rubios que no le cortaron hasta los doce años. Era muy seriecito y muy formal. No andaba, como todos lo otros muchachos de su edad, buscando los charcos para chapotear en ellos ni trepándose a los árboles ni revolcándose en la tierra. No él no. La ropa la dejaba de venir, y era una lástima sin un remiendo, sin una mancha, sin que pareciera haber sido usada. Le dejaba de venir porque había crecido. Y era un modelo de conducta. Comulgaba cada primer viernes, cantaba en el coro de la Iglesia con su voz de soprano, tan limpia y tan bien educada que, por fortuna, conservó siempre. Leía, sin que nadie se lo mandara, libros de edificación.

La señora Justina no hubiera pedido más pero Dios le hizo el favor de que, aparte de todo, Luisito fuera muy cariñoso con ella. En vez de andar de parranda (como lo hacían sus compañeros de colegio, y de colegio de sacerdotes

¡qué horror!) se quedaba en la casa platicando con ella, deteniéndole la madeja de estambre mientras la señora Justina la enrollaba, preguntándole cuál era su secreto para que la sopa de arroz le saliera siempre tan rica. Y a la hora de dormirse Luisito le pedía, todas las noches, que fuera a arroparlo como cuando era niño y que le diera la bendición. Y aprovechaba el momento en que la mano de la señora Justina quedaba cerca de su boca para robarle un beso. ¡Robárselo! Cuando ella hubiera querido darle mil y mil y mil y comérselo de puro cariño. Se contenía por no encelar a sus otras hijas y ¡quién iba a creerlo! por no tener un disgusto con Juan Carlos.

Que, con la edad, se había vuelto muy majadero. Le gritaba a Luisito por cualquier motivo y una vez, en la mesa, le dijo... ¿que fue lo que le dijo? La señora Justina ya no se acordaba pero ha de haber sido algo muy feo porque ella, tan comedida siempre, perdió la paciencia y jaló el mantel y se vino al suelo toda la vajilla y el caldo salpicó las piernas de Carmela, que gritó porque se había quemado y Lupe aprovechó la oportunidad para que le diera el soponcio y Juan Carlos se levantó, se puso su sombrero y se fue, muy digno, a la calle de la que no volvió hasta el día de la quincena.

Luisito... Luisito se separó de la casa porque la situación era insostenible. Había conseguido un trabajo muy bien pagado en un negocio de decoración. Lo del trabajo debía de haberle tapado la boca a su padre, pero ¡qué esperanzas! Seguía diciendo barbaridades hasta que Luisito

optó por venir a visitar a la señora Justina a las horas en que estaba seguro de no encontrarse con el energúmeno de su papá. No tenía que complicarse mucho. La señora Justina estaba sola la mayor parte del día, con las muchachas ya encarriladas en una oficina muy decente y con el marido sabe Dios dónde. Metido en problemas, seguro. Pero de eso más valía no hablar porque Juan Carlos se irritaba cuando su mujer no entendía lo que le estaba diciendo.

Una vez la señora Justina recibió un anónimo en el que “una persona que la estimaba” la ponía al corriente de que Juan Carlos le había puesto casa a su secretaria. La señora Justina estuvo mucho rato viendo aquellas letras desiguales, groseramente escritas, que no significaban nada para ella, y acabó por romper el papel sin comentar nada con nadie. En esos casos la caridad cristiana manda no hacer juicios temerarios. Claro que lo que decía el anónimo podía ser verdad. Juan Carlos no era un santo sino un hombre y como todos los hombres, muy material. Pero mientras a ella no le faltara nada en su casa y le diera su lugar y respeto de esposa legítima, no tenía derecho a quejarse ni por qué armar alborotos.

Pero Luisito, que estaba pendiente de todos los detalles, pensó que su mamá estaba triste tan abandonada y el diez de mayo le regaló una televisión portátil. ¡Qué cosas se veían, Dios del cielo! Realmente los que escriben las comedias ya no saben ni qué inventar. Unas familias

desavenidas en las que cada quien jala por su lado y los hijos hacen lo que se les pega la gana sin que los padres se enteren. Unos maridos que engañan a las esposas. Y unas esposas que no eran más tontas porque no eran más grandes, encerradas en sus casas, creyendo todavía lo que les enseñaron cuando eran chiquitas: que la luna es queso.

¡Válgame! ¿Y si esas historias sucedieran en la realidad? ¿Y si Luisito fuera encontrándose con una mañosa que lo enredara y lo obligara a casarse con ella? La señora Justina no descansó hasta que su hijo le prometió formalmente que nunca, nunca, nunca se casaría sin su consentimiento. Además ¿por qué se preocupaba? Ni siquiera tenía novia. No le hacía ninguna falta, decía, abrazándola, mientras tuviera con él a su mamacita.

Pero había que pensar en el mañana. La señora Justina no le iba a durar siempre. Y aunque le durara. No estaba bien que Luisito viviera como un gitano.

Para desengañarla Luisito la llevó a conocer su departamento. ¡Qué precioso lo había arreglado! No en balde era decorador. Y en cuanto a servicio había conseguido un mozo, Manolo, porque las criadas son muy inútiles, muy sucias y todas las mujeres, salvo la señora Justina, su mamá, muy malas cocineras.

Manolo parecía servicial: le ofreció té, le arregló los cojines del sillón en el que la señora Justina iba a sentarse, le

quitó de encima el gato que se empeñaba en sobarse contra sus piernas. Y además, Manolo era agradable, bien parecido y bien presentado. Menos mal. Se había sacado la lotería con Luisito porque lo trataba con tantos mira-mientos como si fuera su igual: le permitía comer en la mesa y dormir en el couch de la sala porque el cuarto de la azotea, que era el que le hubiera correspondido, tenía muy buena luz y se usaba como estudio.

La única espina era que Luisito y Juan Carlos no se hubieran reconciliado. No iba a ceder el rigor del padre ni el orgullo del hijo sino ante la coyuntura de la última enfermedad. Y la de Juan Carlos fue larga y puso a prueba la ciencia de los médicos y la paciencia de los deudos. La señora Justina se esmeraba en cuidar a su marido, que nunca tuvo buen temple para los achaques y que ahora no soportaba sus dolores y molestias sin desahogarse sobre su esposa encontrando torpes e inoportunas sus sugerencias, insuficientes sus desvelos, inútiles sus precauciones. Sólo ponía buena cara a las visitas: la de sus compañeros de trabajo, que empezaron siendo frecuentes y acabaron como las apariciones del cometa. La única constante fue la secretaria (¡pobrecita, tan vieja ya, tan canosa, tan acabada! ¿Cómo era posible que alguien se hubiera cebado en su fama calumniándola?) y traía siempre algún agrado: revistas, frutas que Juan Carlos alababa con tanta insistencia que sus hijas salían disgustadas del cuarto. ¡Muchachas díscolas! En cambio Luisito guardaba la compostura, como bien educado

que era, y por delicadeza, porque no sabía cómo iba a ser recibido por su padre, la primera vez que quiso hacerle un regalo no se lo entregó personalmente sino que encargó a Manolo que lo hiciera.

Fue así como Manolo entró por primera vez en la casa de la señora Justina y supo hacerse indispensable a todos, al grado de que ya a ninguno le importaba que viniera acompañando a Luisito o solo. Sabía poner inyecciones, preparaba platillos de sorpresa después del último programa de televisión y acompañaba a la secretaria de regreso a su casa que, por fortuna, no quedaba muy lejos –unas dos o tres cuadras– y se llegaba fácilmente a pie.

En el velorio de Juan Carlos más parecía Manolo un familiar que un criado y nadie tomó a mal que recibiera el pésame vestido con un traje de casimir negro que Luisito le compró especialmente para esa ocasión.

Tiempos felices. A duras penas se prolongaron durante el novenario pero después la casa volvió a quedar como vacía. La secretaria se fue a vivir a Guanajuato, a las muchachas no les alcanzaba el tiempo repartido entre el trabajo y las diversiones. El único que, por más ocupado que estuviera siempre se hacía un lugar para darle un beso a su “cabecita blanca” –como la llamaba cariñosamente– era Luisito. Y Manolo caía de cuando en cuando con un ramo de flores, más que para halagar a la señora Justina (eso no se le escapaba a ella, ni que fuera tonta) para lucir algún anillo de piedra muy

vistosa, un pisacorbata de oro, un par de mancuernas tan payo que decía a gritos que su dueño nunca antes había tenido dinero y que no sabía cómo gastarlo.

Las muchachas se burlaban de él diciéndole que no fuera malo, que no les hiciera la competencia y anunciándole que si alguna vez conseguían novio no iban a presentárselo para no correr el riesgo de que las plantara y se fuera con su rival. Manolo se reía haciendo unos visajes muy chistosos y cuando Carmela, la mayor, le comunicó a su familia que iba a casarse con un compañero de trabajo y organizaron una fiestecita para formalizar las relaciones, Manolo se comprometió a ayudar en la cocina y a servir la mesa. Así se hizo pero Carmela se olvidó de Manolo a la hora de las presentaciones y Manolo entraba y salía de la sala donde todos estaban platicando como si él no existiera o como si fuera un criado.

Cuando los invitados se despidieron Manolo estaba llorando de sentimiento sobre la estufa salpicada de la grasa de los guisos. Entonces entró Carmela palmoteando de gusto porque le había ganado la apuesta. ¿Ya no se acordaba de que quedaron de que si alguna vez tenía novio no se lo iba a presentar a Manolo? Bueno, pues había mantenido su palabra y ahora exigía que Manolo le cumpliera porque además se lo tenía bien merecido por presuntuoso y coqueto. Manolo lloraba más fuerte y se fue dando un portazo. Pero al día siguiente ya estaba allí, con una caja de chocolates para

Carmela, y dispuesto a entrar en la discusión de los detalles del traje de bodas y los adornos de la Iglesia.

¡Pobre Carmela! ¡Con cuánta ilusión hizo sus preparativos! Y desde el día en que regresó de la luna de miel no tuvo sosiego: un embarazo muy difícil, un parto prematuro a los siete meses exactos como que contribuyeron a alejar al marido, ya desobligado de por sí, que acabó por abandonarla y aceptar un empleo como agente viajero en el que nadie supo ya cómo localizarlo.

Carmela se mantenía sola y le pedía a la señora Justina que la ayudara cuidando a los niños. Pero en cuanto estuvieron en edad de ir a la escuela se fueron distanciando cada vez más y no se reunían más que en los cumpleaños de la señora Justina, en las fiestas de Navidad, en el día de las madres.

A la señora Justina le molestaba que Carmela pareciera tan exagerada para arreglarse y para vestirse y que estuviera siempre tan nerviosa. Por más que gritaba los niños no la obedecían y cuando ella los amenazaba con pegarles ellos la amenazaban, a su vez, con contarle a su tío a qué horas había llegado la noche anterior y con quién.

La señora Justina no alcanzaba a entender por qué Carmela temía tanto a Luisito pues en cuanto sus hijos decían “mi tío” ella les permitía hacer lo que les daba la gana. Temer a Luisito, que era una dama y que ahora andaba de viaje por

los Estados Unidos con Manolo, era absurdo; pero cuando la señora Justina quiso comentarlo con Lupe no tuvo como respuesta más que una carcajada.

Lupe estaba histérica, como era natural, porque nunca se había casado. Como si casarse fuera la vida perdurable. Pocas tenían la suerte de la señora Justina que se encontró un hombre bueno y responsable. ¿No se miraba en el espejo de su hermana que andaba siempre a la cuarta pregunta? Lupe, en cambio, podía echarse encima todo lo que ganaba: ropa, perfumes, alhajas. Podía gastar en paseos y viajes o en repartir limosna entre los necesitados.

Cuando Lupe escuchó esta última frase estalló en improperios: la necesitada era ella, ella que no tenía a nadie que la hubiera querido nunca. Le salían, como espuma por la boca, nombres entremezclados, historias sucias, quejas desafortunadas. No se calmó hasta que Luisito –que regresó de muy mal humor de los Estados Unidos donde se le había perdido Manolo– le plantó un par de bofetadas bien dadas. Lupe lloró y lloró hasta quedarse dormida. Después como si se le hubiera olvidado todo, se quedó tranquila. Pasaba sus horas libres tejiendo y viendo la televisión y no se acostaba sin antes tomar una taza de té a la que añadía el chorrito de una medicina muy buena para... ¿para qué?

¡Qué cabeza! A la señora Justina se le confundía todo y no era como para asombrarse. Estaba vieja, enferma. Le habría gustado que la rodearan los nietos, los hijos, como en

las estampas antiguas. Pero eso era como una especie de sueño y la realidad era que nadie la visitaba y que Lupe, que vivía con ella, le avisaba muy seguido que no iba a comer o que se quedaba a dormir en casa de una amiga.

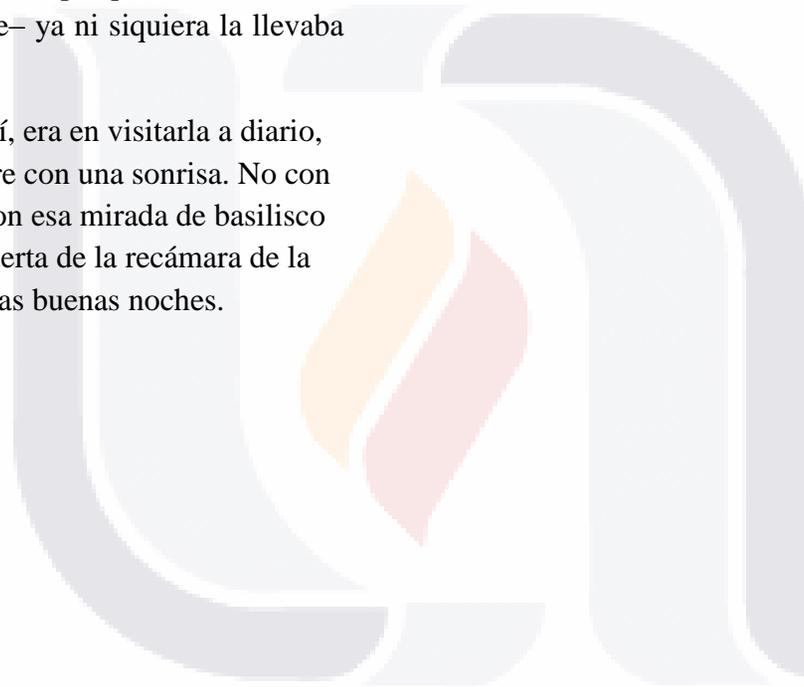
¿Por qué Lupe nunca correspondía a las invitaciones haciendo que sus amigas vinieran a la casa? ¿Por no dar molestias? Pero si no era ninguna molestia, al contrario... Pero Lupe ya no escuchaba el parloteo de su madre, bajando de prisa, de prisa los escalones, abriendo la puerta de la calle.

Cuando Lupe se quedaba, porque no tenía dónde ir, tampoco era posible platicar con ella. Respondía con monosílabos apenas audibles y si la señora Justina la acorralaba para que hablara adoptaba un tono de tal insolencia que más valía no oírla.

La señora Justina se quejaba con Luisito, que era su paño de lágrimas, esperanzada en que él la rescataría de aquel infierno y la llevaría a su departamento, ahora que Manolo ya no vivía allí y no había sirviente que le durara: ladrones unos, igualados los otros, inconstantes todos, lo mataban a cóleras. Pero Luisito no daba su brazo a torcer ni decidiéndose a casarse (que ya era hora, ya se pasaba de tueste) ni volviendo a casa de su madre (que lo hubiera recibido con los brazos abiertos) ni pidiendo una ayuda que la señora Justina le hubiera dado con tanto gusto.

Porque así como se había desentendido de Carmela y como estaba dispuesta a abandonar a Lupe (eran mujeres, al fin y al cabo, podían arreglárselas solas) así no podía sosegar pensando en Luisito que no tenía quien lo atendiera como se merecía y que, para no molestarla –porque con lo de la diabetes se cansaba muy fácilmente– ya ni siquiera la llevaba a su casa.

En lo que no fallaba, eso sí, era en visitarla a diario, siempre con algún regalito, siempre con una sonrisa. No con esa cara de herrero mal pagado, con esa mirada de basilisco con que Lupe se asomaba a la puerta de la recámara de la señora Justina para darle las buenas noches.



El domingo y los otros días

Ethel Krauze

México

Ya sé que estoy grande para globo, ya tengo ocho años. Pero ¿qué otra cosa? No me lo quieren comprar. Mi papá está enojado. Hay mucho tránsito, no le gustan los cláxones. Qué lata, ¡por Dios! No me voy a parar ahora, ya no insistas. No es cierto, está así porque perdió su equipo de fútbol. Tengo que gritar, llorar mucho y patalear, para que mi mamá diga: Alberto, cómprale el globo a esta niña, está nerviosa, ha de ser por el calor. Venimos a ver a la abuela Tere. Le duele la pierna y no puede caminar, ya no la queremos porque ya no la visitamos entre semana. Mi papá estuvo serio, se paseó por toda la sala. Ya se iba enojar, entonces mi mamá dijo: niñas ya vámonos.

Todos los domingos vamos a ver a la abuela Tere, que es la mamá de mi papá. Sólo nos quedamos cinco minutos. No me gusta que me amarren el globo en la mano, ya soy grande. Lo cuido yo sola. Pero llegando a la casa corro al jardín, ¡ay! La fuente, tonta fuente, el escalón tonto de la fuente del jardín, ¡mi rodilla! Me raspé la rodilla y el globo ya se me escapó. Lo veo subir y subir hasta que se hace un punto ya sin color, se me pierde en los ojos y ya no vuelve. Se fue al cielo. Todos los domingos se me escapa el globo. Mi papá se enoja, me da la mano; creo que ya no está enojado. Se rió tantito. Me

siento muy chica, con mucha vergüenza. Se moja la mano dentro de su mano grande y caliente.

Todos los domingos comemos sopa de lata de pollo con fideos o pipirín con pollo, y pollo al horno. Lo malo es el pollo al horno. Solo tiene dos alas. A Betina y a mí nos gustan las alas, odiamos la pierna, la cola y todo lo demás. Pero el pollo viene acostado en la charola, y solo el ala de arriba está doradita, como nos gusta a Betina y a mí. Yo quiero el ala de arriba; no yo, yo; tú cállate, yo pedí primero. Betina es chica y chipil y no sabe hablar bien: ala, ala, yo quiero, con lo negrito. No, yo gané, yo pedí primero. Mírala mamá. ¡Ya esténse en paz, no hay pollos con veinte alas! ¡Pero yo la de arriba! Doy un brinco y la pesco. Todos los domingos a Betina le toca el ala de abajo, tiliche, amarilla y grasosa. Lloro y no quiere comer. Mi papá se va a enojar, aprieta las quijadas. Mi mamá grita a María y a Petra para ver si no hay más alas de arriba.

María y Petra azotan las cazuelas en la cocina, tiran al suelo la tacita de porcelana de mi mamá, se secretan de nosotros. ¡Ay mi tacita! Ella se cayó sola, señora, nosotras no. ¡Qué barbaridad! Gabriel tose y muerde el pollo. Yo como mi ala de arriba y me callo la boca. Betina llora. Mi mamá: ya mijita, el otro domingo te toca el ala de arriba. A Betina le da hipo del berrinche. Mi papá ya está enojado, se levanta, y como todos los domingos, da un puñetazo en la mesa, rompe el vidrio, como todos los domingos grita: me lleva a mí... y sale del comedor dando un portazo. Mi mamá dice todos los

domingos: Alberto, por favor, y clava la cabeza entre las manos.

Como siempre es lo mismo, ya no nos asusta, nos choca. Así que luego del hipo de Betina y yo hacemos batidillo con las jaletinas. María nos regaña, Petra bufa. Mi mamá come y platica con Gabriel. Gabriel ya no tose. Ella ser ríe, se está cayendo de sueño, se despeina con las manos las ruedas castañas que le tapan la frente. Y con el último bocado se va a echar la siesta con mi papá. Porque mi papá, después del portazo, corre a dormir la siesta, como todos los domingos.

Antes, cuando decían siesta, yo creía que se trataba de fiesta, y creía que me querían engañar diciendo s, s de siesta, ¿fiesta? ¿cuándo? ¡yo voy! No, siesta; por eso, tonto se dice fiesta; no con s: ¡tú te quieres reír de mí! Pero ahora ya sé que mientras mis papás toman su siesta, María y Petra nos llevan a jugar al camellón para que no hagamos ruido.

Nunca debemos hacer ruido. Por eso en la mañana Betina y yo nos peleamos sin hacer ruido. Dame el cuento de Chanoc, se va enojar mi papá si te lo ve. Me lo dio Petra. ¡Dámelo, dámelo burra, tú no sabes leer! Pero los monos, los monos si se leerlos. Te ahogo con la almohada. No, no, ¡te lo juro que no! Así no se dice. Mi papá entra en la recamara y regaña a Betina. Betina me tiró mi jugo en la cama, papá. Nos dice que nos callemos y que tenemos que esperar a que mi

mamá se despierte para salir a pasear. Nos peleamos más quedito. Qué aburrido, hasta las doce del día.

Mi mamá tarda una hora en arreglarse. Se pinta, se peina, se pinta más. Betina y yo nos sentamos en el suelo mirándola pintarse. Se pone los aretes, se quita los pasadores, se cambia los aretes. Nunca termina. ¡Apúrate mamá, ya apúrate!

Mi papá nunca sale con nosotras, se prepara una lata de sardinas con rebanadas de jitomate y un vaso de whisky y se sienta a ver la televisión. Mi mamá nos obliga a ponernos los vestidos de domingo. No, esos, no, pican. Si, esos, para eso son, para salir los domingos. No, están tiesos, ¡me raspa el holán! Si no no salen, ya saben, se quedan encerradas, ¿qué no ven que se ven muy bonitas? Betina no se puede mover en su vestido. Nos matan si los ensuciamos. ¡Qué horribles y odiosos vestidos de domingo!

Antes de salir mi mamá le dice a mi papá: ni siquiera un domingo puedes dejar de ver tu futbol, ya no por mí, por tus hijos. Mi papá no le hace caso. Ya viene el partido. Vámonos niñas, me enfermo nada más de oír esa voz del locutor, me da asco, su padre se casó con el futbol, no conmigo, pero yo las sacaré a pasear.

Cruzamos la calle. En la casa de enfrente vive la abuela Tita, que es la mamá de mi mamá. ¡Ay mamá! Ya no sé qué hacer con Alberto, ya le he rogado en todos los tonos.

¡Ay hija! No te desesperes, así son los hombres. Betina y yo nos morimos de calor esperándolas en la puerta. Nos picamos la panza. Mamá, Betina me picó la panza. No, no es cierto: si burra, tú dile que sí a ver si nos hace caso. Mamá, me duele la cabeza, mamá, me quiero quitar el bolearito. Mamá, ya vámonos. Mamá, quiero mi globo...

Por fin nos metemos en el coche. El paseo es ir al café de San Ángel. Media hora de camino. Jugamos a hacer gestos de loca, manos de tarántula y voces de hilo flaco y de hilo gordo, chiquitas y roncas. Pero luego nos duele la cara y nos aburrimos. Betina se golpea cada vez que frena mi mamá. Y yo me ahogo en mi vestido.

En el café venden juguetes. Comemos helado, yo de fresa y Betina de chocolate. El de Betina tiene una cereza en la punta y el mío no. También el otro día a Betina le regalaron el trajecito rosa de angora que tejió la tía Alicia y a mí no. Mamá, a mí no me dieron la cereza. La señora Reséndiz, palabra, no que me importe, pero se lució en la cena, enseñó el cobre. ¿Cuál cobre, mamá? ¡Yo quiero mi cereza! La señora Reséndiz no es más que una gata vestida de seda, y ¿tú crees que se ve bien el tapete color marrón en la sala? Hace juego con el piano. ¿Qué juego? ¡yo juego! ¡mi cereza! Ya madrecita, ya, ahorita la pido. Le doy una patada a Betina en la espinilla, Betina se atraganta, escupe la cereza que venía masticando y se bate toda de lágrimas y mocos. Mi mamá nos manda a ver los juguetes. No la dejamos platicar en paz, el

negro azabache no le cae bien en el pelo por el tipo de la piel, es mejor el cobrizo.

Yo una cara de gato que es bolsita y tiene cierre en la lengua. Betina un pollo que es monedero. Déjenlo en su lugar niñas. ¡Pero sin son chicos y baratos! Ya buscamos y buscamos, son los más chicos y los más baratos. Ya tienen muchos. No les dije que le compraría, sino que se entretuvieran mirándolos. ¡Yo quiero, yo quiero! Betina deja su pollo. Yo le arranco la lengua al gato que es bolsita. ¡Deja eso, niña! Qué lástima, yo quería bolsita nueva... Bueno, aunque sea mi globo sí.

Ya vamos de regreso. Otra vez en el coche. ¿Qué hacemos? Le digo a Betina que les haga señas a los de junto. Dile, dile al señor que se le sale el calzón. No yo no. Dile, mira dile a ése que tiene el pito chueco. ¡No eso no! Betina se sienta encima de mí. Yo me escondo detrás de ella. ¡Dile! Señor, que el pi, el pipi, ¿qué? Chueco, chueco, tonta. No yo ya no. Sí, dile que tiene el calzón roto, dile que está bizco, dile que está feo, dile que tiene un moco pegado. Bizco, feo, moco, caca. ¡No todo junto! No te oye. Ya hijitas, no griten. Tiene patas de cabra y pies de cocodrilo, señora, señorita, pregúntale si quiere una mordidita de torta, yo le doy de la mía. ¿Cuál torta? Yo quiero. La torta de los cachetes Betina, órale, ora sí ahí viene ése, dile ¡dile del pito! No yo ya no. ¡Oh, tú no dejas jugar te voy a acusar! Mamá mira a Betina ¡se me está echando encima! Ya esténse en paz. La abuela

Tita le dice a mi mamá que la crema Segundo Debut es muy buena para cuidar el cutis. A mi me ha dado resultado, mira, voy hacer mi segundo debut, te lo juro. Frena mi mamá y Betina se cae del asiento ya no podemos jugar.

Luego vamos a ver a la abuela Tere. Pero Gabriel no va porque el robó las jaulas de los pájaros a María, para construir unos barcos y jugar en la tina del baño con Manolo. Por eso lo castigaron encerrado toda la mañana. Como el otro día quiso llevarse un foco de la escuela y era de sorpresa porque iba a ponerle luces a la letra i para hacer un letrero el día de las madres porque se lo pidieron en el taller de electricidad. Gabriel ya sabe de electricidad porque va en secundaria. Y mi papá no quiso. Y mi mamá le dijo que para que quería el foco y Gabriel dijo que era sorpresa y mi papá gritó mucho porque no quería que se llevara el foco y dio de puñetazos en las puertas y persiguió a Gabriel por toda la sala. Gabriel tosía mucho y mi mamá lloraba y decía: Alberto, por favor, te lo suplico ¡déjalo que se lleve el foco! ¿Para qué quiere este gandul el foco? También le dijo *güevon* y también *sisi boy* y gritaba mi papá. Y Gabriel ya no podía ni hablar. Deja que se lo lleve, Alberto ¡te lo suplico! Qué es un foco, un foco es un foco nada más, sólo es un foco ¡por favor! Betina y yo nos escondimos en el baño. Petra se metió con nosotras y se persignaba muchas veces. Abrimos tantito la puerta y vimos que mi papá le alzaba los puños a mi mamá. Betina se asustó y se puso a llorar. A mí me daba risa y miedo. Pero no le pegó. Mi mamá se desmayó. María corrió hacia ella con el

trapo en la mano. Se lo puso en la frente. Señora, señora, ay señora, ya no haga corajes señora, obedézcale al señor. Ay María, mi marido me iba a pegar, jamás me había alzado una mano, y todo por un foco, me iba a pegar por un foco ¡por un foco! María, qué dolor María, me iba a pegar mi marido. ¿Por qué le duele si no le pegó? A mí me duelen cuando me pegan, si no, no. Mi papá se enojó mucho, me dio mucho miedo. Se encerró en su cuarto y dio de puñetazos a la pared hasta que sangró la mano. Mi mamá oyó los golpes y se levantó. No Alberto, por favor ¡sangre! Dios mío, María, Dios mío, esto es demasiado. Betina berreaba. Luego ya se pusieron todos contentos, yo no sé cómo. Gabriel se fue corriendo a la escuela con su foco. Pero yo no fui a la escuela ese día porque vomité amarillo, dijo mi papá, y no me dejó ir.

Mi papá casi siempre está enojado con Gabriel. Le dice que se desgarre de una vez. Le dice una dos tres palabritas, una dos tres tosecitas. Gabriel tose mucho yo no sé porqué. Y más cuando está con mi papá. Mi papá es doctor de estómagos y quiere que Gabriel sea doctor, aunque sea de otra cosa. Pero Gabriel no quiere. Él dice que mejor sicología, como mi mamá. No, yo mejor sicóloga. Mi mamá es sicóloga, pero trabaja en casa cuidando el hogar y los hijos. Dice que el hogar y los hijos es un trabajo de mucho cuidado. Cuando sea grande Gabriel no va a tener que cuidar el hogar y los hijos. Si puede estudiar sicología, porque es de pensar, dice mi mamá. Pero a mi papá no le gusta.

Yo no sé que cuida mi mamá. Petra es la que lava y la que plancha, y barre todo y sacude todo, y luego hace la comida. María nos baña. En el baño echamos relajo y jugamos a las sirenitas. Yo soy sirena y Betina es pescado gordo. María nos echa champú en la cabeza. Nos abrocha la falda y el baberito de la escuela, nos pone un huevo en la leche y cree que no la vemos, pero yo me vomito porque yo vi que me puso huevo y no me gusta el huevo. A Betina tampoco, pero como ella no lo vio, no se vomita. Te engañó María, Betina, le puso huevo a la leche. No, no me engañó, porque yo no vi. María nos despacha a la escuela. Petra nunca nos despacha porque es trabajo de María despacharnos a la escuela.

También María nos lleva a clases de baile y pintura. Yo bailo tap y hawaiano. Betina no sabe hacer la rueda de fortuna, es muy chica. Mi mamá dice que las niñas que bailan, después van a tener piernas bonitas. Petra dijo el otro día que quiere tener piernas bonitas para casarse. Mi mamá dice que la pintura es buena para la sensibilidad. Yo odio la pintura. Pero que despierta mucho la sensibilidad... ¿qué es la sensibilidad? También odio las piernas bonitas ¿y si no me caso? No, creo que eso no lo odio. También por eso pusieron a Gabriel a estudiar el piano, porque mi mamá dice que el piano despierta la sensibilidad. ¿No será para que también se pueda casar? Pero él es el hombre, y por eso el maestro va a darle clases a la casa. Porque dice mi mamá que un hombre estudia de verdad. ¿Y Betina y yo estudiamos de mentiras?

Gabriel sí estudia y lo regañan mucho para que estudie más. Yo también estudio y saco estrellita de premio, pero a mí nunca me regañan.

A mis papás yo no sé qué lo que estudiemos Betina y yo, dicen que lo que queramos, que seamos buenas, bonitas e inteligentes, para conseguir maridos honrados que nos tengan bien colocadas. ¿Dónde nos van a colocar? El domingo pasado no salimos de paseo porque mi mamá tenía que colocar las cortinas nuevas, y colocó los cuadros en la pared. La maestra nos dijo que nos iba a colocar un coscorrón en la cabeza si no nos aprendíamos la tabla del dos. A mí no me gustan los maridos, me dan miedo. Tú vas a ser una Petra, Betina, y yo maestra de primaria para ponerles cero a los niños, odio a los maestros: cuando sea grande voy a odiar a los niños. No yo Petra no, yo también maestra, de kínder chico, yo les pongo cero yo también. Pero yo les coloco un coscorrón. Yo les jalo los pelos. Y yo les doy una patada. Y yo también les doy patada. Pero yo les muerdo las orejas y les tiro el refresco en los cuadernos. ¡Yo también refresco! Porque hay que aprender hacer algo en la vida. Dice mi mamá que debemos aprender a hacer algo en la vida, porque si nos tocan malos maridos, qué vamos a hacer, hay que trabajar, eso dice mi mamá. Ella quiere trabajar cuando seamos grandes. ¿Mi papá va a ser mal marido? Váyanse a jugar, caramba, en todo han de andar metiendo las narices.

Los sábados María nos lleva al mercado para que mi mamá la peinen con tubos en el salón de belleza y le pinten las uñas. Sí sale muy bonita. Y los domingos, mientras duerme la siesta, María nos lleva a jugar al camellón. Petra viene también. Le da mucho dinero al organillero para que toque muchas veces *Viva mi desgracia* y se pone a llorar. Le salen puntos blancos junto con las lágrimas. Es muy morena. Ya Petra, ¡vamos a jugar! Ay Petra, ya tú de plano ni qué, dice María, déjenla, no le hagan caso. Es por el novio, por el novio, por el novio, te dejó tu novio el gordito de los bigotes, gordo, gordito bigotón. Petra llora más, sí es por el novio. María se acostó en el pasto, pero Petra sigue llorando. Ya Petra, ya me aburríste de llorar. Se tapa la mano con la cara y da grititos. Betina ya empezó a hacer caras, ya se va a poner a llorar también. Se le salen los mocos. Petra se restriega los ojos con una mano y con la otra saca más dinero de la bolsa de su delantal. Se lo da al organillero. Tocan otra vez *Viva mi desgracia*. Yo vi esa película en la tele una noche que mis papás salieron. Era una película de amor dijo Petra, pero no, era de novios y de charros. Petra se pone a llorar otra vez muy fuerte. Betina se asusta. Ahora sí está llorando. Ay mi globo; yo también voy a llorar. Se fue, y ya no vuelve. ¿Se fue al cielo tu novio, Petra? Petra grita. Las tres lloramos mucho. María se despierta y regaña mucho a Petra. María es más grande y ya sabe, dice que ella ya sufrió. Ella ya sabe, por eso ya no lloramos Betina y yo.

¿Y ahora qué? Falta mucho para la noche. Vamos a patinar sobre la tierra roja del camellón. Yo en un patín y Betina en el otro. Solo hay un par. Y quiero hundirme en el aire, flotar, subir como mi globo. Abro los brazos. ¡Qué rico! Siento los piquetitos del polvo en la cara, los cuchillitos del frío. Se me levanta el vestido, son mis alas, vuela, vuela paloma, vuela. Ah... mi globo, mi globito, mi corazón que se me fue, viva mi desgracia yo también, corro, ya me voy como mi globo hasta allá arriba, en la punta de los edificios, arriba de las casas, me despeinan los árboles. Mi casa se ve chiquita, la fuente es una lagrimita. Petra es un punto negro. Se me ven los calzones, voy volando y el aire me hace cosquillas. El camellón es una tira de chocolate. Las niñas buenas le pican la panza a María, pero María se echó de panza en el pasto y se come una ramita. La estoy mirando. Betina me hace señas allá abajo, no le puede picar la panza a María, se hace bolas con su patín. Estoy volando, allí está con todos sus colores, allí está, ya lo vi... atrapo mi globo. Ya no te veo. Respiro. Respiro. El cielo es grande, grande, grande. Cierro los ojos. Estoy triste y estoy contenta. ¡Zas! Betina se cayó con los brazos abiertos, se hizo chis. Ya me caí del cielo. ¡Zas! Ya me caí, se me desapareció mi globo. Miren nada más, tiznadas y revolcadas, muchachas cochinas, dice María. Nos llevan otra vez a la casa. ¡Todavía no! Qué aburrido... A Petra le quedaron los ojos rojos. Se vino con nosotras suspirando muy fuerte. María no le dijo nada. María sabe.

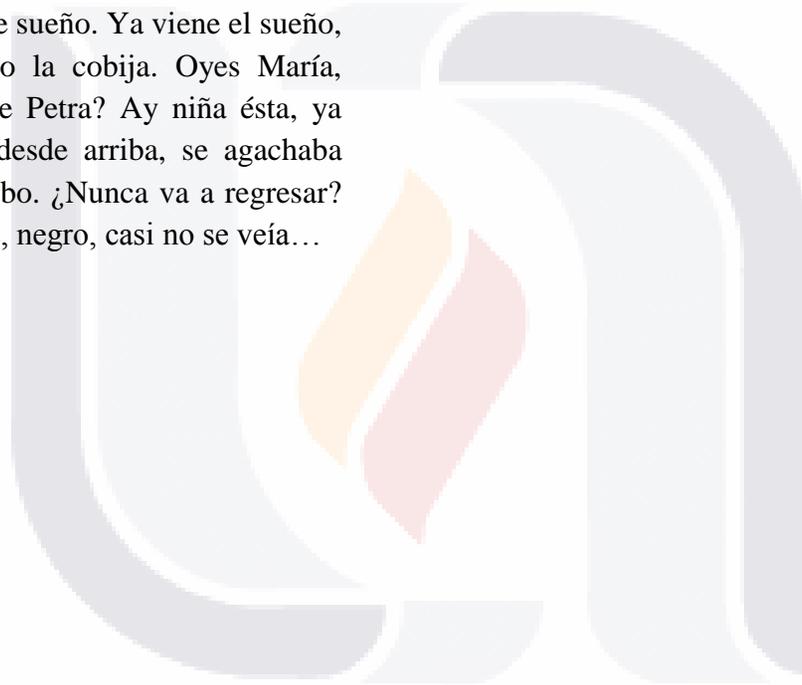
Vamos a ver tele. Gabriel y yo hacemos papelitos para rifar el mejor lugar del sofá. Un domingo me toca a mí y el otro a Gabriel. A Betina nunca le toca. ¡Córranle a la cocina por lo que quedó de pollo! Yo primero, chancla el último. Falta media hora para el programa. Podemos pelearnos por el pollo. Ya no hay ala Betina, comes pellejo. Yo lo doradito de la charola. No, lo lamemos entre las dos. Bueno, llévate tu cuchara para lamer. Gabriel ¿nos vas a dar una mordidita de tu pan francés? Él sabe hacer pan francés. Preparamos malteadas de chocolate, vamos a la tienda de la esquina por papas y refrescos. Ponemos mantel de cuadritos, el de las visitas, en la mesa que está junto al sofá. Ponemos los platos y los cubiertos. A las siete en punto, el programa para los niños. Nadie nos molesta. Ni María nos regaña por haber dejado un asco la cocina.

Sí nos gusta el programa, pero ya me cansó que *el bien* siempre triunfe sobre *el mal*. Dice Cachirulo que así debe ser, que el *bien* es bueno y *el mal* es malo. Sí que gane el bien, pero las princesas son muy idiotas, son buenas y obedientes. ¿Por qué no tiran la sopa? ¿Por qué no patalean? No se jalan los pelos por el ala de arriba. Nunca se vomitan ni lloran. Betina quiere ser princesa. Yo quiero que me compren otro globo. Gabriel hace la voz del malo. Nos espanta con sus caras. El tonto es muy tonto, es el ayudante del malo. Siempre se tarda para preparar los brebajes y las bombas, se le cae la espada, se equivoca en los pasadizos secretos, pierde las joyas robadas. ¡Así no se puede! Dice Cachirulo que esas son

fechorías, pero si no hacen fechorías ¿qué van hacer? Yo también quiero hacer fechorías, pero no tan tontas porque no sirven. Voy a esconder las tortas de los otros niños durante el recreo. Me hago pipí en el vaso del baño donde se lavan los dientes. ¡Fechorías! Si no fuera por el tonto, el malo siempre ganaría. Pero todos los domingos pierde el malo.

Terminando la hora mis papás quieren ver sus programas. Ya descansaron y ya tomaron café. A mi papá le gustan los de guerra, a mí también me gusta que se maten muchas gentes; a mi mamá le encantan los de chistes y canciones, ven un ratito uno y otro. Explícame el chiste, yo no lo entiendo, dicen que las petacas de la señora. ¿Cuáles? Cuáles petacas, dime, anda, no seas malo. Gabriel sí se ríe y no quiere explicarnos. Él es grande. Ya a la cama niñas. Sólo Gabriel puede quedarse un rato más viendo la televisión con ellos. Ya se hizo de noche. Ya no hay nada que hacer. No tengo sueño mamá. Se va a enojar tu papá. ¿Por qué no tengo sueño? Llévate a tu hermana a dormir. Y yo ¿puedo regresar? No, mañana tienen que levantarse temprano para irse a la escuela, mañana es lunes, mañana ya no es día de diversión, ya tuvieron mucho juego por hoy. No es cierto, no nos divertimos nada, no nos compraron nada, mi globo se escapó; no me dieron cereza, nos aburrimos en el coche, no le entendí al chiste... ¡Yo quiero ver la tele! Ahora vienen los programas buenos. ¡Mamá, yo también, yo también tele! Tú cállate Betina, por tu culpa me tengo que ir a dormir contigo. No es justo, sólo Gabriel ¿verdad? No es justo, y yo qué y yo qué y

yo qué... ¿Por qué así todos los domingos? ¿Por qué a mí no? Yo nunca, ay me dan ganas de no se qué. Y ahora qué, me voy a miar en la piyama, del berrinche. María me pone la piyama y yo me hago la muerta. Pongo ojos de pollo tieso. Ya duérmeme, ándale, no te hagas, mañana no te vas a levantar. Cierro los ojos, me pongo chinita de sueño. Ya viene el sueño, esa cosa blanda y calentita como la cobija. Oyes María, ¿mañana va a regresar el novio de Petra? Ay niña ésta, ya duérmeme. Era un puntito negro, desde arriba, se agachaba para llorar. A mí se me fue mi globo. ¿Nunca va a regresar? Petra... Era un puntito, María, lejos, negro, casi no se veía...



Rosario

*Aída Castañeda
Honduras*

Rodeada de una nostalgia permanente y con la certeza de que en la casona de su marido, el general Lorenzo Acuña, ella no era más que una sombra en constante movimiento, un fantasma advertido solamente por su olor a humo, a condimentos, a detergentes y a tantas cosas más, menos a mujer joven todavía. Una mujer con casi todos sus sueños evaporados o destruidos por haber cometido el error de casarse con un hombre mayor.

Se multiplicaba diariamente para cumplir con las obligaciones de la casa, y atender al impertinente marido y a los *niños* como él les llamaba siempre a sus tres hijos de ocho, dieciséis y diecisiete años. Rosario recorría la vieja casona de extremo a extremo, siempre con la mirada baja, con la espalda encorvada, como su moral. Con pasos de heroína cansada, iba de la cocina al comedor, del comedor al lavadero, del lavadero al tendedero, del tendedero al cuarto de planchar y todavía por las noches tenía que frotar con unguento “milagroso” el pecho de mono del General, para evitarle según él, la persistente tos que le ocasionaba el puro.

A Rosario, su marido siempre le había parecido un primate, pero no por el vello abundante de su pecho y

extremidades, sino por aquellos ojillos agitados que la miraban siempre con un brillo afiebrado, quizás por la lascivia que se le despertaba al verla o más bien al maltratarla, porque el General la hería no sólo con la mirada, la hería con su manera grosera de hablarle, de verla siempre como una basurita que se mueve de aquí para allá, impasible ante los pisotones incisivos de todos, incluyendo a sus hijos a los que amó más cuando los tuvo en el vientre o cuando les dio el néctar de su pecho, porque con su glu, glu, glu o con el llanto diurno o nocturno, jamás la ofendieron, mas ahora quizá sin proponérselo, siguen el patrón del comportamiento paterno, austero y mandón. Nunca la llaman mamá, porque al General le cae en gracia que la llamen Chayo; mamá, esa palabra dulce que ella ansía escuchar y que sin duda alguna haría menos penoso su calvario del diario vivir.

Si lograra apartar ese miedo ¡Y exigir! ¡Y mandar! ¡Y gritar!

Si lograra sacudirse ese cansancio que se le pega al cuerpo como un bicho malo, absorbiéndole sus energías.

Si se pudiera retroceder el tiempo y volver a empezar, regresaría a los veinte años y rechazaría rotundamente al General, quien aprovechándose de su orfandad le propusiera matrimonio. Pero no se puede deshacer lo hecho, ni desandar lo andado, su mundo ahora son ellos. Ellos solamente con sus gritos, sus reproches y su falta de respeto. Jamás olvidaría el día de ayer cuando Alicia, una amiga de Samuel, su hijo

mayor, le preguntó a éste, cuando ella entraba a la casa con las compras del mercado, vistiendo un traje pasado de moda: —“¿Quién es esa vieja?”. Porque viejo o vieja les dicen los muchachos a las personas que pasan de los treinta. Ella, Rosario, advirtió que su hijo obviaba la contestación; quizás se avergonzó de sus ropas raídas o de su penetrante olor a humo, a todo menos a mujer. Ya en su cuarto, la ira le hizo romper el vestido que llevaba puesto mientras gritaba como una loca: ¡Soy su mamá! —Mamá, esa palabra dulce y a la vez amarga que no logra hacer brotar como una semilla milagrosa de los labios de sus tres hijos.

En medio de su decepción atendía siempre el reclamo de todos:

“Chayo, ¿compraste los puros que te ordené?”

“Chayo, ¿necesito el uniforme de gimnasia!”

“Chayo, ¿arreglaste el ruedo de mi vestido?”

“Chayo, ¿mi pepe!”

Ella los mira por un momento y se atreve a decirle a su hijo menor: “Te daré leche en el vaso que te compré ayer...” Odia que tome la leche todavía en biberón.

El General levanta los ojillos de mono y la recrimina:

—¡Qué necia! dáselo en el biberón, él solo lo irá dejando... ¡Esta mujer!

En realidad el General es duro solamente con ella, — sus hijos son su gran debilidad—. ¿Por qué la humilla siempre? ¿Por qué la odia? Quizás envidia su fortaleza o su enorme capacidad de “aguante”. Sale hacia la cocina hecha un mar de lágrimas.

Leticia le grita:

—Chayo, ¡no olvides hacer el ruedo de mi vestido y bañar a Peluche!

Y es que hay madres alcahuetas. No saben el daño que le ocasionan a sus hijos sacrificándose siempre por ellos, como lo hacía esta pobre sombra. Esta madre fatigada que tiene la desdicha de no poder escuchar siquiera la palabra más dulce del Universo.

Al escuchar a su hija recordándole que le bañara el perro, Rosario sintió que la cólera se le subía como el alcohol a la cabeza, no obstante con voz débil sugirió entre sollozos:

—¿Por qué no buscas una sirvienta? Yo ya no puedo más... ¡No puedo!

El General explota:

—¿Pero qué diablos se ha creído esta mujer? ¿Sabes cuánto ganan ahora las sirvientas? Estás joven... una joven no se cansa, ¡eso yo... que tengo sesenta y cinco!

—Es cierto, papá, la mamá de María Luisa hace todo en la casa y trabaja en un colegio por las tardes.

—¡Esas son hembras, hija! Lo que pasa es que esta mujer no sirve para nada ¡para nada! ¿Quieres una sirvienta? Bien sabes que no las soporto, pero si quieres una ¡trabaja! Trabaja en la calle y la pagas de tu sueldo. ¿No eres Microbióloga? Te empeñaste en terminar esa carrera antes que vinieran los niños, ahora demuestra que sirves para algo...

Ella abre desmesuradamente los ojos. No puede creer lo que el General dice. Se queda unos minutos pensativa y luego contesta:

—¿De veras? ¿Puedo trabajar?

—Bien sabes que jamás bromeo. ¡Búscate un trabajo! Pero ten cuidado, no vayas a confundirte con los microbios o bacterias que examines, ja... ja... ja...

Siempre la ofensa, la pedrada, mas ahora eso no importa. En este instante su vida quizás comience a rotar. ¡Trabajar! Un sueño inmarcesible, que al fin podrá realizar. Dejará de ser una basurita, un microbio, una bacteria, un fantasma, un mueble más que se mueve por inercia en la casona de su marido.

Seis meses transcurrieron. Seis meses de comprar diariamente todos los periódicos y de leer con avidez uno a

uno los anuncios clasificados. Seis meses de ansiedad y desilusión. Y ahora por fin:

<<Necesito una Microbióloga, con o sin experiencia. Excelente sueldo. Llamar al teléfono... para mayor información. Urgente>>.

El corazón de Rosario palpita fuerte. Se cambia de ropa y sale a la calle con un periódico en las manos. Dos horas después regresa y anuncia:

—Conseguí trabajo. Empezaré mañana.

—¿Quéééé? ¿Y quién nos hará la comida? ¿Quién arreglará nuestra ropa? —preguntaron los *niños*.

El General se rasca la nuca:

—Ujum... ujum... ¿Conque conseguiste trabajo?

A pesar de ser un primate para su mujer, siempre se ha ufano ante los *niños* de ser un hombre de una sola palabra, así que cuando Leticia vuelve a preguntar ¿y quién me bañará a Peluche?, él contesta: [*sic*] si ella quiere trabajar que trabaje y que se las arregle como pueda con los oficios de la casa, ¡soy hombre de una sola palabra!

Esa noche Rosario no puede dormir, cuando al fin el cansancio le cierra los párpados, son las tres de la mañana. Tiene un sueño muy revelador. Su subconsciente hace

remembranza de todo lo sucedido en la entrevista cuando solicitó trabajo:

<<Un hombre vestido de blanco, muy atractivo, la recibe en la puerta de los “Laboratorios Mejía”, con una sonrisa prometedora.

“Siéntese, señorita...”

“Señora”

“¿Cuántos años tiene?”

“Treinta y ocho”

“¿Veintiocho?”

“¡Treinta y ocho!”

“No lo creo... en todo caso es usted una persona muy conservada, tiene una cabellera hermosa, y ¡qué ojos! tan negros como su cabello. Si se soltara el moño se vería más guapa...”

Ella sonrío y se lo suelta.

“El trabajo es suyo señori... señora. En realidad no hay nada más estimulante para un hombre que trabajar con mujeres bellas, pero por favor... la mirada baja solamente cuando trabaje”.

Ella la levanta y despierta>>.

Se ve en el espejo. ¿Soy hermosa? Sí, sí, sí, soy hermosa todavía. Abre el closet y revisa su vestuario ¡pobre vestuario! Apenas unas cuantas blusas y faldas raídas. Bueno, mañana se pondrá un suéter de su hija. Un suéter, unos zapatos y todo lo que necesite. Mañana, pasado, hasta finales de mes. Aunque se enoje, bastante le ha servido durante dieciséis años. Ha estado tan desubicada que hasta hoy se dio cuenta que las faldas se usan una cuarta arriba.

Un mes después:

Rosario entra a la sala con la cabeza alta y la espalda recta. Está guapísima con sus zapatos nuevos muy altos y su falda una cuarta arriba. Despide un delicioso olor a *Gucci*, otea el ambiente, el General ve televisión con una cerveza en una mano y un puro en la otra. Leticia boca arriba en el sofá, saborea un chocolate, Samuel y Carlitos juegan “escondite” detrás de los muebles.

Ella, con una sonrisa de mujer realizada anuncia:

—La sirvienta está en la cocina... Leticia, cuando quieras algo, se lo pides a ella o lo haces tú... Samuel, te busca tu amiga Alicia... no me conocía ¿Por qué no le dices que yo soy tu mamá? Carlitos, ya boté tus biberones, desde hoy si quieres leche, ¡la tomarás en vaso...! —observa al marido— y tú General de cerro, no me mires así... no te odio ¡me das lástima! Y por lástima seguiré aquí para que no

termines de malograr a los *niños*. ¡Ah! Y si me vuelves a decir bacteria o microbio o a verme como tal... ¡¡me iré!!

¡¡¡Mamá!!! Exclamaron por primera vez los *niños* al unísono.



Señorita en la cuadra

*Lety Elvir
Honduras*

“Señorita, a mí me gusta su style”

LOS RABANES

“Alabad la sangre nuestra de cada mes
alabadle con maracas y tambores / con respeto y alegría,
que no os asuste sus colores, sus sabores u olores.
Alabadle mujeres, hombre, naciones todas, alabadle”.

L. E.

Fue el último barrilete que elevé. Era época de los vientos libres. Los niños de la cuadra gustábamos de subir al cerro que estaba frente a nuestras casas para elevar barriletes y hacer competencias de quién lo elevaba más alto. Nuestros hilos enrollados en las palillas de los helados, o en las latas vacías de jugos, eran nuestro más grande tesoro de la temporada, quien tuviera más hilo, más alto podía elevar su mariposa de papel.

Cada uno desarrollaba estrategias para hacerse de más hilos, por ejemplo: robar las monedas mal puestas en la casa, ahorrar el dinero que pudieran regalarnos, atracar el deposito de hilos de las máquinas de coser. Yo, por mi parte, aplicaba el truco de elaborar cometas seductores para vendérselos a los

niños y luego comprar garruchas de hilo más grandes y resistentes, sin descartar las otras opciones, por supuesto.

Recuerdo que fue un lunes de enero de 1978, mientras tarareábamos la canción de “Quincho barrilete” nuestros papalotes comenzaron a escalar por el aire, todos los colores y formas se iban desplegando con el vaivén del viento; a veces se enredaban entre ellos y algunos caían como pájaros rotos en la loma del cerro, otros lograban sobrevivir y continuar el viaje.

El mío era de los sobrevivientes y todavía podía escuchar sus coletazos cuando de repente empezó a elevarse sin parar y me obligó a desenrollar velozmente todo el hilo hasta quedarme con el último círculo de hilo que abrazaba la lata; todo el hilo se había soltado y mi barrilete pedía más y más, me jalaba como cuando un inmenso pez recién cazado tira de la punta del anzuelo desde el fondo del mar. Me imaginé, entonces, que volaba asida del barrilete atravesando la ciudad, me gustó la idea pero mejor desistí, porque supuse que él quería volar solo, sin mí, era como si hubiera adquirido vida propia, vuelo propio, y lo dejé ir.

Con tanto barullo que se armó mientras lo mirábamos perderse en el cielo, ya no sé quién dijo cada cosa pero se nos ocurría pensar que él se había ido hasta la Luna o hasta el Sol, o Marte, o Plutón, “¿y qué tal si rompe el cielo y le ve el rostro a Dios?”; “No, ni quiera Dios, si el cielo se rompe se cae Dios “...

En esas elucubraciones infantiles nos hallábamos cuando sentí que me estaba orinando sin tener deseos; un derrame urinal sin previo aviso ni control amenazaba opacar mi fama de chica prudente, no fuera a sucederme la vergüenza de orinarme en público y todo por culpa del barrilete, así que mejor me retiré en el clímax de la algarabía. Fui a mi casa y sin ninguna gana de orinar me senté en el servicio y... nada, revisé el calzón y descubrí que huellas de sangre oscura humedecían la parte interna de él. Me inundó la alegría, algún tipo de orgullo y la certeza de que algo nuevo y bonito había comenzado a pasarme, corrí en busca de mamá y se lo conté.

Yo esperaba que ella me felicitara, me abrazara, corriera a comprarme toallas sanitarias y me hiciera una comida especial, como en el día de mi cumpleaños. Yo creía que eso era causa de celebración; pero no, para mi madre fue como si una bofetada interna le golpeará sus mejillas blancas hasta ponerlas rojas como la sangre, como el color del calzón que me había puesto ese día. Con cara de enojo, me señaló un lugar del ropero para decirme: ahí hay unos trapos blancos, dóblalos y te los ponés con un gancho, las toallas sanitarias no son seguras, se te pueden caer y todo el mundo sabría que ya sos una señorita. A partir de ahora se terminan los juegos, los brincos con esos mecates de saltar, las gavillas y las pelotas de capear. Si te descubro jugando, te voy a castigar.

A mamá le quedo un gesto de amargura desde ese día y la abuela decía que por eso ella prefería a sus varones, que

“las mujeres son como las perras, ya te llevó el diablo con esa niña que de apenas once años se te hizo mujer. Y vos, muchachita, cuando andés con esa cosa, prohibido comer huevos, leche y aguacate, meterte bajo la lluvia o bañarte durante los tres primeros días, ni caminar sobre las plantas de mi huerta porque se secarán”. Entonces la angustiada era yo: ¿pero qué hice, qué dije?, ¿qué hago con estas dos mujeres que me asustan y me encierran por la menstruación?

Meses después la regla desapareció, mi madre que nunca me llevaba a médicos privados aunque me reventara un dolor de muelas, oídos, garganta o estómago, esa vez corrió a un ginecólogo, “varón porque los médicos varones saben más”; él dijo que era normal, que no se preocupara porque el himen estaba intacto y volvería la menstruación.

A pesar de la garantía dada por el doctor, la abuela se ponía a explicarme didácticamente una y otra vez que las mujeres éramos como un cristal que si se rompía nunca sería igual, “un vaso roto aunque se pegue ya no es lo mismo, mientras que los hombres son diferentes, ellos con sólo bañarse quedan igual”.

Por otro lado, mi madre pretendía adiestrarme en el arte culinario y me llevó a la cocina: como ya sos una señorita tenés que aprender a cocinar, a hacer tortillas bonitas. La tortilla se palmean en las manos y no en bolsas plásticas, ni máquinas, como lo hacen las haraganas; se coloca de este lado sobre el comal, luego se le da vuelta con los dedos y de nuevo

se vuelve a voltear, en ese punto se inflarán y si no, se le presiona con los dedos.

Intenté hacerlo pero mi pánico a quemarme enfureció a mamá que me hundió la mano en la masa caliente de la tortilla, y las yemas de mis dedos se pegaron al comal. La abuela, que había estado observando todo metió mis manos en una paila de agua fría y dijo que mamá estaba loca, que no sabía qué hacer con mi nueva situación, que la entendiera, que yo era su primera hija y no tenía experiencia. Luego, ellas discutieron hasta cansarse mientras yo las odiaba a las dos.

En otra ocasión, mamá me enseñaba a freír frijoles: deben echarse a la freidera cuando la cebolla esté sofrita en aceite bien caliente, luego se machucan y se mueven constantemente para que no se quemen, deben quedar suaves, amalgamados de tal manera que se puedan dar vuelta en el aire como una sola masa; demás está decir el desastre que hice, la cólera de mamá estalló el cucharón de freír en mi cabeza y lanzó un alarido ordenando desaparecer de su vista antes de que me destripara ella misma como a los frijoles, ni corta ni perezosa cumplí los deseos de mi progenitora quien repetía que los hombres me golpearían y estrellarían los platos en mi cara porque no sabía cocinar.

Con mamá jamás ascendí a la categoría de cocinera, me dejó como ayudante, suplicio mayor. La angustia de mi madre fue creciendo hasta perder el control, languideció y

languideció hasta volverse transparente, tan transparente que ya no era mi madre.

Desde aquel día los habitantes de mi casa actuaron raro conmigo y en mi interior nació una curiosidad, se elevó tan alto que meses después comencé a hacer cosas extrañas: una tarde en que los gemelos, mis hermanos, se enfermaron y todos se fueron para donde el pediatra, y que por fin me quedé sola en casa, bajé el único espejo grande que colgaba de la pared, lo coloqué al ras del suelo, me senté abierta frente a él, sin calzón, y empecé a buscar la razón de la ansiedad de las mujeres de mi casa.

Me encontré con algo parecido a un rostro, con nariz, labios, cabellos, ojos, una boca húmeda encarnada y abierta, tres agujeritos que no sabía adonde llevaban pero no me atreví a entrar mis dedos porque por ahí estaba el cristal del que hablaba la abuela y me podría herir, y entonces ellas adivinarían que yo lo había quebrado, o que yo había visto lo prohibido, lo misterioso, lo mío, lo que me era negado, ocultado, a pesar de que estaba en mi cuerpo y por tanto era mío, pero lo cuidaban para alguien más, yo sólo era la depositaria irresponsable que lo podía echar todo a perder.

En el colegio sólo me habían dicho que las mujeres tenían unas trompas de Falopio, ovarios, útero, mostrándome una calavera dibujada y sus cavidades; yo, la del espejo, no era aquella calavera, mi cuerpo era bello, mi vulva tenía

sonrisa y perfume propio y era agradable tocarla, rozarla, abrir y cerrarla.

Frente al espejo me quedó claro que ese lugar era mío. Desde ese día decidí que nadie me mandaría, que si era necesario diría a todo sí y haría lo contrario si a mí me parecía lo correcto. Un poder superior se adueño de mí, con la menstruación me escapaba en las noches a caminar sobre la huerta de la abuela y las plantas no se secaban, daban los mismos frutos: si eran sandías, sandías rojas y dulces crecían; si eran frijoles, frijoles rojos o negros salían, si eran patates, patates frondosos salían, etc., ¡puras patrañas!, pobre la abuela que nunca se atrevió a caminar sobre los sembradíos de las tierras del bisabuelo, ni de su pequeña huerta cuando sangraba; pobre mamá que nunca habría bajado la Luna para sentarse a hablar con ella.

También me bañaba las veces que yo quisiera, la dieta me daba igual, todas las comidas me gustaban. Con los gritos de miedo de mamá y los gritos felices de mi cuerpo, los vecinos se dieron cuenta de que había señorita en la cuadra.

La noticia corrió como pólvora, las recién paridas acudían a mí para que les cargara a sus hijos un ratito para protegérselos o curarlos del mal de ojo; otros venían para que les diera el número de la suerte; y los más tristes, los que habían perdido un amor o padecían de hipo, pedían que les marcara una cruz en la frente con mi saliva para que se sanara su dolor; comenzaron las propuestas de matrimonio, y en las

fiestas de mi casa se llenaban de hombres que nadie sabía de dónde habían salido y la abuela mascullaba: “las mujeres, pobrecitas, son como las perras, vean cuántos hombres... parecen perros detrás de la muchacha”, y la música se acababa

Para salir de tal confusión, volví a las estrategias infantiles, me compré las garruchas de hilo más grandes y resistentes, me hice el más grande papalote y me colgué de él, rompí el cielo y, en efecto, Dios se cayó como un pájaro muerto sobre la loma de aquel cerro y yo tomé las riendas de mi destino.

Mi abuela sigue diciendo que prefiere a los varones y que las mujeres somos como las perras; mamá ya no se acuerda de nada (de lo que me hizo y dijo en aquella temporada), excepto de que me ama; yo nada olvido pero las amo. Hace poco me compré una perra, el animal más fiel, leal, tierno, amoroso, inteligente y libre sexualmente sobre la tierra; ella es mi símbolo sexual, lástima que aún no exista la vacuna contra el VIH.

Mamá ya no teme que algún mequetrefe me tire los platos en la cara, ella ahora entiende que las mujeres (algunas, al menos) hemos cambiado y no aceptamos berrinches de majaderos, ni dependemos de un hombre para ser. Sabe que desde muy temprano aprendí a elevar papalotes y a poner la basura en su lugar.

Anexo 2





Información biográfica y bibliográfica de las autoras.

Irma Prego Ortega

Forma parte de la Asociación Nicaragüense de Escritoras (ANIDE).

Lugar de nacimiento: Granada, Nicaragua, en 1933.

Lugar de fallecimiento: San José, Costa Rica en 2000.

Publicaciones:

Cuento

Mensajes al más allá (Nicaragua, 1986, 1988)

Agonice con elegancia (Costa Rica, 1996)

Piensa en mí (Nicaragua).

Antología

Relatos de mujeres. Antología de narradoras de Costa Rica.

Compiladora Linda Berrón (Costa Rica, 1993).

Incluye el cuento “La muela”.

Cuentistas hispanoamericanas.

Compiladoras Gloria da Cunnha-Giabbai y Anabella Acevedo-Leal (EUA, 1996).

Contiene el cuento “Una mujer llamada Carmela”.

Antología del personaje negro en la cuentística de escritoras centroamericanas.

Compilador Willy O. Muñoz (Guatemala, 2007).

Incluye el cuento “La aristócrata y su mulato”.

Una narrativa flotante. Mujeres cuentistas nicaragüenses.

Compiladores Carlos Midence y Milagros Urbina (Nicaragua, 2007).

Incluye el cuento “Marita culpable”.

Penélope: antología de cuentistas centroamericanas.

Compiladora Consuelo Meza Márquez (para su publicación en F&G Editores,

Guatemala, 2012). Contiene el cuento “Una mujer llamada Carmela”.

Leticia de Oyuela

Nombre: Irma Leticia Silva Rodríguez, toma en la escritura el apellido de su esposo.

Lugar de nacimiento: Tegucigalpa, Honduras, en 1935.

Lugar de fallecimiento: Tegucigalpa, Honduras, en 2008.

Estudios:

Estudió la licenciatura en Derecho en las facultades de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras y la Universidad Nacional Autónoma de México.

Publicaciones:

Cuento

Dos siglos de amor, historias documentadas de la sociedad hondureña en los siglos XVIII y XIX (Honduras, 1997).

De santos y pecadores. Un aporte para el estudio de las mentalidades (1546-1910) (Honduras, 1999).

Las sin remedio: mujeres del siglo XX (Honduras, 2001).

Ángeles rebeldes (Honduras, 2005).

Ensayo

La raíz de la religiosidad en la cultura hondureña (Honduras, 1985).

Un siglo en la hacienda: estancias y haciendas ganaderas en la antigua provincia de Tegucigalpa (1680-1853) (Honduras, 1988).

La batalla pictórica, síntesis de la historia del arte en Honduras (Honduras, 1988).

Notas sobre la evolución histórica de la mujer en Honduras (Honduras, 1989).

Cuatro mujeres hacendadas del siglo XIX (Honduras, 1989).

Historia mínima de Tegucigalpa vista a través de las fiestas del patrono san Miguel (Honduras, 1989).

Fe, riqueza y poder (Honduras, 1992).

Mujer, familia y sociedad (Honduras, 1993)

José Miguel Gómez, pintor criollo (Honduras, 1992).

Ramón Rosa, plenitudes y desengaños (Honduras, 1992).

Confidente de soledad, vida íntima de Teresa Victoria Fortín (Honduras, 1997).

De la corona a la libertad, antología de documentos comentados 1780-1871
(Honduras, 1999).

La Virgen María en la plástica hondureña (Honduras, 2000).

Esplendor y miseria de la minería en Honduras (Honduras, 2002).

La pintura naïf en Honduras (Honduras, 2007).

Antología

Antología de cuentistas hondureñas.

Compilador Willy O. Muñoz (Honduras, 2003).

Incluye el cuento “Lindos platos de China”.

Antología de cuentistas hondureñas.

Compiladora Jessica Sánchez (Guatemala, 2005).

Incluye el cuento “Codicia”.

Penélope: antología de cuentistas centroamericanas.

Compiladora Consuelo Meza Márquez (para su publicación en F&G Editores,
Guatemala, 2012).

Incluye el cuento “La Libertad”.

Obra póstuma:

Constructores artísticos entre siglos (Honduras, 2010).

Edición corregida y aumentada de *La batalla pictórica: síntesis de la historia de la
pintura hondureña.*

Obra inédita:

Ensayo

Las rutas del mestizaje en Honduras.

María Guadalupe Loeza Tovar

Lugar de nacimiento: Ciudad de México, en 1946

Publicaciones:

Las reinas de Polanco (1986)

Primero las damas (1988)

Los grillos y otras grillas(1990)

Sin cuenta (1997)

Manual de la gente bien I (1995)

Manual de la gente bien II(1996)

Compro, luego existo (1992)

El ángel de nuestras nostalgias(1998)

Obsesiones (1994)

Ellas y nosotras (1998)

Miroslava (1992)

Mujeres maravillosas (1997)

Las obsesiones de Sofía (1999)

Detrás del espejo (1999) (entrevistas con grandes intelectuales)

La factura (1999)

Debo, luego sufro (2000)

Los de arriba (2002)

Hombres maravillosos (2003)

Los de abajo (2005)

Siempre estará París (2005)

Terremoto 20 años después (2005)

Las yeguas finas (2006)

Simplemente Martita (2006)

Por medio de la presente (2006)

Confieso que he leído... ¡Hola! (2006).

El ABC de las y los mexicanos (2007)

Parejas (2007) Mi novia la tristeza (2008)

Charlas de café con...Porfirio Díaz (2009)

Las Niñas Bien 25 años después (2010)

La Comedia Electoral (2010)

Infancia es Destino (2013)

Atrevidas: Mujeres que han osado (2014)

La Mariscala (2015).

El arte de ser abuela

El caballero del Titanic.



Rosario Castellanos Figueroa

Lugar de nacimiento: Ciudad de México, en 1925.

Lugar de fallecimiento: Tel Aviv, Israel en 1974

Publicaciones:

Cuento

Ciudad real, Universidad Veracruzana, México, Ficción, 17, 1960

Los convidados de agosto, Era, México, 1974.

Álbum de Familia, Joaquín Mortiz, México, 1971.

Ensayo

La novela mexicana contemporánea y su valor testimonial, Instituto Nacional de la Juventud, Cuadernos de la Juventud, México, 1966.

El uso de la palabra, Excélsior, Serie Crónicas, México, 1974; Editores Mexicanos Unidos, México, 1987.

Mujer que sabe latín..., Secretaría de Educación Pública/Fondo de Cultura Económica, Lecturas Mexicanas, México, 1984.

Novela

Balún-Canán, Fondo de Cultura Económica, Colección popular 92, México, 1957.

Oficio de tinieblas, Joaquín Mortiz, México, 1962.

Poesía

Trayectoria del polvo, El Cristal Fugitivo, México, 1948.

El rescate del mundo, Dirección de Prensa y Turismo del estado de Chiapas, México, 1952

Poemas: 1953-1955, Metáfora, México, 1957.

Al pie de la letra, Universidad Veracruzana, México, 1959.

Salomé y Judith, Jus, Voces Nuevas, 5, México, 1959.

Lívida luz, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1960.

Poesía no eres tú, obra poética 1948-1971, Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, México, 1972.

El eterno femenino, estrenada en 1976; Fondo de Cultura Económica, Letras Mexicanas, México, 1972.

Ethel Kolteniuk Krauze

Lugar de nacimiento: Ciudad de México, en 1954

Estudios:

Estudió lengua y literaturas hispánicas y una maestría en letras mexicanas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Publicaciones:

Novela

Donde las cosas vuelan. México: Océano, 1985.

Infinita. México: Joaquín Mortiz, 1992.

Mujeres en Nueva York. México: Grijalbo / Punto de Lectura, 1992.

El diluvio de un beso. México: Alfaguara, 2005.

La hora de la decisión. Una novela sobre el aborto. México: Jus, 2007.

Todos los hombres. México: Alfaguara, 2012.

El país de las mandrágoras. Ciudad de México: Alfaguara (Literatura Hispánica), 2016.

La otra Ilíada

Cuento

Niñas. México: Delegación Venustiano Carranza, 1982.

Intermedio para mujeres. México: Océano, 1982.

Donde las cosas vuelan. México: Océano, 1985.

El lunes te amaré. México: Océano, 1987.

Relámpagos. México, D. F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes / Instituto Coahuilense de Cultura / Coordinación Nacional de Descentralización (Los Cincuenta), 1995.

El secreto de la infidelidad. México: Alfaguara, 2000.

El instante supremo. México: Alfaguara, 2002.

Aída Castañeda de Sarmiento

Lugar de nacimiento: Gracias, Honduras, en 1940.

Publicaciones:

Novela

Tormenta (Honduras, 1992).

Cuento

Senderos de la infancia. Vol. I (Honduras, 1985).

De la tierra al cielo (México, 1987).

El tío Bernabé y otros cuentos (Honduras, 1990).

Si se pudiera congelar el tiempo (Honduras, 1995).

Senderos de la infancia. Vol. II (Honduras, 2007).

Olor a vida (Honduras, 2007).

Antología

Antología de cuentistas hondureñas.

Compilador Willy O. Muñoz (Honduras, 2003).

Incluye los cuentos “El tío Bernabé” y “Mundo Confuso”.

Antología de cuentistas hondureñas.

Compiladora Jéssica Sánchez (Guatemala, 2005).

Incluye el cuento “Si se pudiera congelar el tiempo”.

Penélope: antología de cuentistas centroamericanas.

Compiladora Consuelo Meza Márquez (para su publicación en F&G Editores, Guatemala, 2012).

Incluye el cuento “Rosario”.

Lety Elvir Lazo

Cofundadora de la Asociación Nacional de Escritoras Hondureñas (ANDEH). También forma parte de la Asociación Costarricense de Escritoras (ACE).

Lugar de nacimiento: San Pedro Sula, Honduras, en 1966.

Estudios:

Realizó estudios de Letras en la Universidad Nacional Autónoma de Honduras (UNAH), con especialidad en Literatura.

Diplomado en Lengua y Literatura Española. Egresada del Doctorado Interdisciplinario en Artes y Letras en América Central de la Universidad Nacional de Costa Rica.

Publicaciones:

Cuento

Sublimes y Perversos (Honduras, 2005).

Poesía

Luna que no cesa (Honduras, 1998).

Mujer entre perro y lobo (Honduras, 2001).

Antología

A bilingual anthology of poetry by contemporary honduran women.

Compiladora Amanda Castro (EUA, 2002).

Honduras: mujer y poesía. Antología de poesía hondureña escrita por mujeres 1865-.1998.

Compiladora Adaluz Pineda de Gálvez (Honduras, 1998).

Antología de cuentistas hondureñas.

Compiladora Jessica Sánchez (Guatemala, 2005).

Incluye el cuento “Diario de guerra: diario de Rebeca”.

Penélope: antología de cuentistas centroamericanas.

Compiladora Consuelo Meza Márquez (para su publicación en F&G Editores, Guatemala, 2012).

Incluye el cuento “*Señorita en la cuadra*” y el ensayo “*Honduras: mujeres que escriben cuentos*”.

Obra inédita:

Poesía

Bajo sospecha.

Debajo de un manzano te desnudé





UNIVERSIDAD DE COLIMA
FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

OFICIO CIRCULAR No. 007/2017.
F.C.P. y S.

C. PAOLA DEL ROCÍO VILLALOBOS CÁRDENAS,
PRESENTE.

Le informamos que su artículo titulado *Estrategia interpretativa para analizar la simbolización cultural de la diferencia sexual en textos literarios*, se encuentra en proceso de dictaminación, para inscribirse en la publicación producto del Coloquio.

Sin otro particular, le envío un cordial

ATENTAMENTE
ESTUDIA*LUC
Colima, , 08 de junio de

D DE
CIENCIAS POLITICAS
Y SOCIALES

c.c.p.- DR. FRANCISCO JAVIER DELGADO AGUILAR.-Coordinador del presente programa educativo.
c.c.p. -Archivo Expediente Posgrado de esta Facultad.
c.c.p.- Minutario.
ACHR/JCMR/tjgc*

Educación con responsabilidad social

Kilómetro 3.2 Carretera Colima-Guadalajara, Colonia El Diezmo • Colima, Col., México • C.P. 28010 • Teléfonos (312) 316 11 07 y 316 10 00, ext 37301, ext/fax. 337302
<http://www.ucol.mx/docencia/facultades/cpolitica/> • fcps@ucol.mx